

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS**

**Colegio de Letras Hispánicas**

**LAS POLÉMICAS EN LA LITERATURA MEXICANA (1788-1978)**

Tesis que para optar por el título de  
Licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas  
presenta:

Ana Karina Morga Martínez

Asesora: Dra. Blanca Estela Treviño



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....	p. 3
INTRODUCCIÓN.....	p. 4
CAPÍTULO I	
PROLEGÓMENOS.....	p. 8
I. 1 Definición y sentido de la polémica.....	p. 8
I. 2 Las polémicas literarias de México.....	p. 15
CAPÍTULO II	
EL SIGLO XVIII.....	p. 20
II. 1. 1 La polémica por la <i>Margileida</i> (1788-1790).....	p. 26
II. 1. 2 Juan María Lacunza y José Joaquín Fernández de Lizardi (1811-1812).....	p. 39
CAPÍTULO III	
EL SIGLO XIX.....	p. 61
III. 1 Ignacio Manuel Altamirano y Francisco Pimentel (1884-1885).....	p. 66
III. 2 La polémica modernista .....	p. 77
III. 2. 1 El debate modernista de 1893.....	p. 78
III. 2. 2 El debate modernista de 1896.....	p. 81
III. 2. 3 El debate modernista de 1897.....	p. 83
III. 2. 4 El debate modernista de 1907.....	p. 86
CAPÍTULO IV	
EL SIGLO XX.....	p. 89
IV. 1 La polémica nacionalista de 1932.....	p. 92
IV. 2 Octavio Paz y Carlos Monsiváis (1977-1978).....	p. 105
CONCLUSIONES .....	p. 116
BIBLIOHEMEROGRAFÍA.....	p. 120

## AGRADECIMIENTOS

Quisiera expresar mi agradecimiento a todas las personas que hicieron posible la realización de este trabajo. En primer lugar, a la doctora Blanca Estela Treviño, quien aceptó dirigir mi proyecto en más de una ocasión a lo largo de varios años y quien me ha brindado su apoyo y su orientación no sólo en lo académico sino también en lo personal.

Agradezco a mis sinodales, al maestro Ricardo Martínez Luna, a la doctora Araceli Campos Moreno, a la maestra Jocelyn Martínez Elizalde y al doctor Daniel Gutiérrez Trápaga, quienes desde sus diversas miradas y experiencias me sugirieron ideas y me señalaron fallas. Estoy segura de que sus acertados comentarios han enriquecido esta investigación.

También agradezco a mis padres por su cuidado y sustento a lo largo de mis años de estudiante, y el que me han brindado posteriormente. A mi madre, especialmente, por cuidar de mi hija en numerosas ocasiones para que yo tuviera el tiempo para concluir esta tesis.

No puedo dejar de mencionar a Daniel Goycoolea por su paciencia, por haberse encargado de la manutención de nuestra familia mientras yo me dedicaba a este trabajo y por cuidar de nuestra hija muchos fines de semana. Y a mi querida María, que pacientemente me ha visto trabajar y con amabilidad ha aceptado privarse de la compañía de su mamá en tantas ocasiones.

A mis amigos, que me animaron en muchas ocasiones, escucharon los avances y las dificultades del proceso y compartieron mi alegría al haber llegado al término.

Finalmente, agradezco a la Universidad; a mis profesoras y profesores especialmente, pero también a las personas que laboran en ella, y que hacen posible la vida en la institución.

## INTRODUCCIÓN

La ardua tarea hemerográfica llevada a cabo en las últimas décadas del siglo XX hasta nuestros días ha permitido una constante reconstrucción de nuestra historia literaria. En la medida en que se realizan más investigaciones exhaustivas sobre las publicaciones periódicas, tenemos noticia de nuevos debates y polémicas, o bien, podemos tener acceso directo a los textos que las animaron gracias a las muchas compilaciones que nuestros estudiosos han elaborado.

Las polémicas literarias de México son muestra de diversos conflictos y tensiones culturales. Su estudio nos acerca a la comprensión de momentos de cambios paradigmáticos para la historia literaria del país. Y en su conjunto, constituyen un *corpus* para la crítica literaria así como una narrativa sobre los conflictos ideológicos que han permeado nuestra literatura.

Para esta investigación, ha sido necesario realizar un largo viaje desde finales del siglo XVIII hasta los años setenta del siglo XX. A mi juicio, el carácter diacrónico de esta investigación, si bien en un sentido limita la profundidad con la que podrían estudiarse las polémicas, en otro sentido, posibilita la deducción de características generales y permite observar la evolución en las ideas y en los fenómenos culturales.

La casualidad que me llevó al estudio de las polémicas no pudo ser más afortunada. Mientras trataba de elaborar un proyecto sobre el ensayo de crítica literaria, me encontré con una polémica, la cual consideré era un perfecto objeto de estudio, sin embargo, mientras me documentaba para lo que pretendía serían sólo antecedentes, me encontré que había avanzado tanto en la investigación, que era posible presentar un trabajo de naturaleza diferente. Fue necesario, entonces, replantear el proyecto, seleccionar algunas polémicas para cada siglo, a fin de poder ahondar más en el estudio de cada una de ellas. En la selección, los criterios más importantes fueron el que existiera una base textual en la discusión, es decir, un intercambio escrito entre dos o más querellantes y que estas polémicas hubieran sido importantes para las letras y la cultura del país, lo que también se relacionaba de forma directa con una mayor extensión en su desarrollo. En vista de la imposibilidad de integrar todas las polémicas literarias que se podían considerar dentro de estos criterios, decidí seleccionar dos ejemplos para cada siglo, a fin de que existiera equilibrio entre ellos. De forma tal que en este trabajo se estudian sólo seis entre todas las polémicas literarias de las que tenemos conocimiento, de las cuales se da una breve noticia en el primer capítulo. Por lo tanto, este trabajo puede ser

de utilidad para el lector que quiera tener un panorama general de la polémica en México y para conocer más a profundidad las que conforman el *corpus* de esta investigación.

Algunas polémicas literarias mexicanas han sido ampliamente estudiadas, tal es el caso de las polémicas en torno al modernismo y al nacionalismo. Sin embargo, existe poca documentación en relación con el panorama anterior al siglo XIX y posterior a la segunda mitad del siglo XX. La obra *Ruptura y continuidad* de Luis Mario Schneider, publicada en 1975 por el Fondo de Cultura Económica, es un antecedente imprescindible del tipo de trabajo que propongo. En él, el investigador recorre cinco etapas de la historia cultural del país a través de sus polémicas. La presente investigación se diferencia de la de Schneider en un criterio más ceñido respecto a lo que consideramos una polémica, la preferencia por el criterio cronológico sobre el de etapa cultural, la extensión cronológica del estudio y el *corpus* textual como base de la polémica.

Como expliqué más arriba, el estudio de estos textos fue para mí una casualidad, sin embargo, no hubiera llegado allí sin haber tenido antes un interés por la crítica literaria, el ensayo, y no sin cierta renuencia a las investigaciones monográficas y especializadas. La razón por la que las polémicas me han resultado tan interesantes es precisamente porque pueden ser estudiadas desde muchas perspectivas: la cultura, la historia de las ideas, la historia literaria y por supuesto, su propia retórica.

La siguiente anécdota me es útil para explicar por qué considero importante estudiar las polémicas: mientras investigaba sobre la crítica literaria en México, me encontré con una frase de Jorge Ruffinelli donde se refería a los prejuicios negativos que sobre la falta de una crítica sistemática pesaban en nuestro acercamiento al tema. El teórico concluía que teníamos que partir de lo existente, sin más prejuicio. Esta exhortación me movió a hacer lo propio con la polémica literaria, pues así como la crítica lidia con el prejuicio de su inexistencia, la polémica enfrenta el prejuicio de que “los mexicanos no sabemos discutir”. Era necesario, entonces, releer los textos que testimonian cómo discutimos para confirmar o refutar tal afirmación. Evidentemente ese “cómo” contiene otras preguntas: ¿quiénes discuten?, ¿por qué? y ¿para qué? También era preciso examinar cómo ha presentado la historiografía estas polémicas.

Solemos decir que el objetivo de una investigación literaria es hacer una relectura. Esto no quiere decir que nuestras interpretaciones sean más originales o mejores que las anteriores, simplemente, que nuestro horizonte es necesariamente otro. Si lo pensamos,

toda lectura es una relectura. Sin embargo, en la naturaleza de las polémicas está el que se tome partido por uno de los discursos en disputa, y que las relecturas sean frecuentemente la reivindicación del discurso que ha marginado el intérprete anterior. Intentamos, por ende —en la medida de lo posible— la ecuanimidad, que implica el ejercicio de la comprensión sobre el de la valoración. También supone considerar que en las polémicas siempre hay condiciones de desigualdad entre los personajes y también entre los discursos, las cuales hemos procurado señalar a lo largo de este trabajo.

Como he mencionado antes, para cada polémica se definió un *corpus*. Para ello fueron de gran utilidad trabajos previos y compilaciones, lo cual ha sido aclarado en la introducción a cada polémica, así como nuestra opinión sobre el criterio utilizado. El análisis de estos documentos fue la base de esta investigación, por eso he insistido en la importancia de esta base textual. Quisiera aclarar que —como se explica más a detalle en el primer capítulo— las polémicas trascienden la palabra escrita, son verdaderos eventos, no obstante, era necesario contar con un objeto de estudio definido. Posteriormente hemos recurrido a la historia, la historiografía y la historia de las ideas con el fin de entender mejor los textos en su contexto.

En el primer capítulo, expongo el concepto de polémica, sus características formales y sus implicaciones sociales y filosóficas. También intento explicar cuál es el objetivo de polemizar y por qué estudiar las polémicas literarias. En el segundo punto de este capítulo, además, hago un resumen del estado en que se encuentra el estudio de las polémicas literarias en México y se da una breve noticia de las que conocemos hasta el momento.

En el segundo capítulo, analizo dos polémicas novohispanas, donde hemos intentado poner de manifiesto un momento de transición en el que conviven dos paradigmas literarios: el barroco y el neoclasicismo. Ha resultado un acierto observar las polémicas entre José Antonio de Alzate y Bruno Francisco Larrañaga y la polémica entre José Joaquín Fernández de Lizardi y Juan María Lacunza en un mismo período, a pesar de que se desarrollan cronológicamente en distintos siglos, pues, además de compartir un contexto cultural, ha permitido comprender mejor el panorama ideológico ecléctico, así como la evolución en las ideas modernas de la Ilustración. Incorporar la polémica entre José Antonio de Alzate y Bruno Francisco Larrañaga es importante porque evidencia que desde finales del siglo XVIII había polémica literaria en la Nueva España, lo que nos obliga a recorrer los orígenes de la crítica literaria.

En el tercer capítulo, estudio dos polémicas de la segunda mitad del siglo XIX; ambas han sido ampliamente comentadas en la historiografía literaria: la polémica entre Ignacio Manuel Altamirano y Francisco Pimentel y la polémica llamada modernista. Respecto de la primera, ha sido necesario la reconstitución de un *corpus*, ya que no existe una memoria del debate oral que se desarrolló en el Liceo Hidalgo. Para ello, retomo los argumentos de los escritores a partir de dos obras, principalmente, el “Prólogo a *Pasionarias*” de Altamirano y fragmentos de la *Historia crítica de la poesía en México* de Pimentel, especialmente, el apartado donde replica al texto de Altamirano antes mencionado. También he recurrido a las crónicas periodísticas de aquellas fechas. Propongo, además, observar esta polémica, más allá de un debate, pues la investigación hemerográfica nos ha permitido percatarnos de que hubo más discusiones que se relacionan con el tema y que podríamos identificar, al igual que en otras polémicas de este trabajo, como varios momentos en la construcción del mismo discurso. En tanto que para la polémica modernista, me sirvo de la antología de Belem Clark y Ana Laura Zavala, publicada en 2002, —*La construcción del modernismo*—, retomando los debates de 1893, 1896, 1897 y 1907.

En el cuarto y último capítulo, me avoco a dos polémicas del siglo XX. La primera, la polémica de 1932, que Guillermo Sheridan llama nacionalista y la segunda, la polémica entre Octavio Paz y Carlos Monsiváis en 1978. En el primer caso, analizo los textos a la luz del contexto histórico, ideológico y cultural, el cual explica la naturaleza de dos posiciones ante la cultura, el cosmopolitismo y el nacionalismo. En el segundo caso, ha sido pertinente observar la polémica entre una serie de eventos políticos que reclaman la apertura a las interpretaciones divergentes, y en el ámbito de las humanidades y el arte, a la expansión del concepto de cultura.



## CAPÍTULO I. PROLEGÓMENOS

### I. 1 Definición y sentido de la polémica

La polémica es un género de la literatura de ideas, también llamados instrumentos paraliterarios. Es decir, textos cuya principal función no es la estética, sino la referencial o la pragmática, y que, no obstante, pueden utilizar recursos literarios para hacer más efectivos sus mensajes. Este tipo de escrito comparte con el ensayo la forma argumentativa y con la epístola la necesidad de interlocutores. Para su desarrollo es imprescindible el intercambio de comunicaciones, las cuales surgen en respuesta a una cuestión controversial. Idealmente se trata de un ejercicio intelectual, una exposición de puntos de vista. Sin olvidar que el terreno de la polémica es la confrontación, y que por ello la mirada crítica se agudiza.<sup>1</sup> Esta característica es primordial para la polémica, a diferencia —por ejemplo— del ensayo. Aunque en ambos géneros predomine la argumentación, en la polémica el hecho de saber que hay un interlocutor esperando una respuesta condiciona al escritor a cuidar en grado extremo sus palabras, pues —a decir de Sheridan— “al contrario de su escritura en tiempos de paz [...] el polemista escribe en la vertiginosa certeza de que se le va a leer [...] con el antejo de una discordia urgida de combustible, y que nunca [...] un lector o grupo de lectores va a estar tan dispuesto a contradecirlo y juzgarlo”.<sup>2</sup> Resta decir que la polémica se circunscribe al tiempo de duración de estos intercambios y a un soporte escrito.

Dadas estas condiciones, la polémica puede ser vista como una situación comunicativa ideal, ya que se cumple a cabalidad lo descrito por Roman Jakobson en el circuito de la comunicación.<sup>3</sup> De lo cual concluye Sheridan una bella afirmación: “la polémica es un ensayo a varias voces”.<sup>4</sup> Y es idealmente cierto, si consideramos la intervención de cada participante como un punto de vista original, argumentado y valioso que va sumando información sobre el hecho que se discute. No obstante, en la polémica también se observa lo que el mismo autor llama “la paradoja del género” que

---

<sup>1</sup> Guillermo Sheridan, *México en 1932: la polémica nacionalista*, p. 10. El presente trabajo debe mucho al ensayo de Sheridan, pues en este excelente texto, el autor condensa una teoría de la polémica, la cual ha sido una guía muy importante en el desarrollo de esta descripción. Todas las citas del ensayo corresponden a la edición de 2004.

<sup>2</sup> *Idem*.

<sup>3</sup> Jakobson describe que en cualquier acto de comunicación verbal entran en juego seis factores: un *hablante* el cual envía un *mensaje* al *oyente*, y para que tal mensaje sea operativo es necesario un *contexto*, un *código* común entre hablante y oyente y un *contacto*, conformado por un canal de transmisión así como de una conexión psicológica que permita a los involucrados entrar y permanecer en comunicación. (*Lingüística y poética*, p. 32).

<sup>4</sup> G. Sheridan, *op. cit.*, p. 10.

consiste en renunciar al diálogo para censurar la postura del otro.<sup>5</sup> Pues en su papel de defensor de un posicionamiento, al polemista le es necesario dejar de lado la concertación y la concesión. O la otorga, en cualquier caso, para reafirmar la propia posición, como estrategia retórica.

Los participantes de una polémica rápidamente adquieren su lugar y su papel en el evento. Se involucran a tal grado los actores en la polémica que participar en ella los cambia, pues ponen en juego su reputación, así como su vida social e intelectual.<sup>6</sup> No es exagerado tal juicio si pensamos en las consecuencias derivadas de algunas de las polémicas que se analizan en este trabajo: condena al olvido de una obra, pérdida del empleo, antipatía de un gremio, amistades terminadas. En el caso extremo, los polemistas se convierten en personajes. Tal transmutación es posible porque en el transcurso de la polémica, éstos se apegan a sus creencias o comienzan a tomar por tales las ideas que defienden. Por otra parte, porque el género así lo exige, es decir: los actores de una polémica cobran la importancia de un líder, pues se responsabilizan como voceros de la escuela, tendencia, ideología o grupo del que se sienten parte. Juegan un papel casi-heroico. Aurelio Asiain menciona que “la polémica es un debate de ideas tanto como un asunto entre personas”, como una de las principales características del género, y que precisamente en estos enfrentamientos, se dejan ver los estilos, las personalidades, las palabras que hacen a quienes se enfrentan públicamente.<sup>7</sup> Al respecto, Sheridan propone dos tipos de polemistas: “polemistas de relieve” y “gesticuladores”:

En un polemista de relieve, la participación polémica es un acto literario en tanto que es “estilo”. Es decir, lo que importa no es sólo lo que dice ni cómo lo dice: el mismo polemista “es lo que dice”, tal y como sucede en la intimidad de la pura creación literaria. Mientras tanto, en el polemista sin relieve lo que hay es “gesticulación”, es decir, facticidad: comunicación que pone el acento en su voluntad de comunicar, no en la verdad de lo que comunica.<sup>8</sup>

El público es imprescindible en la polémica. Por una parte, es el motivo de que la discusión adquiera un carácter “espectacular”, por otra parte, es al público a quien se quiere persuadir. Se trata de una “competencia pública”: “Polemizar es apelar al público, pedir su juicio, reclamar su sentencia, pero el público sólo lo es a condición de

---

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 13.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 11.

<sup>7</sup> Aurelio Asiain, “Polemizar”, en *Vuelta*, p. 20.

<sup>8</sup> G. Sheridan, *op. cit.*, p. 22.

ser mudo”.<sup>9</sup> La relación del polemista con el público modela en gran medida sus argumentos. Dice Asiain que se trata de atacar al enemigo pero apelando a la consideración del público, argumentando su apego a la “verdad social”, dejando ver a éste su cortesía, su moderación y dejándole la última palabra;<sup>10</sup> lo cual tiene consecuencias no sólo retóricas sino filosóficas. Según Moreno Villarreal, en una polémica se pelea la tradición y se pone en juego el futuro. El autor nos hace ver —con relación a la crítica entre Roland Barthes y Raymond Picard—,<sup>11</sup> que en la polémica, los querellantes hacen uso de estrategias como “la vuelta”, es decir, afirmar que lo que se está discutiendo no es distinto a lo que se ha discutido en el pasado, como una forma de apropiación del pasado y como juicio de autoridad. Por otra parte, se apela a la memoria o al olvido del público; se apuesta a la posteridad. El autor explica que la práctica de finalizar una controversia con un llamado al olvido es una estrategia para el rapto de la memoria. Lo que está en juego es la herencia de un pasado.<sup>12</sup>

Otra característica importante de la polémica es su carácter performativo; se trata de un ‘evento’, en el cual tienen lugar varios actos escriturales. Marcelo Dascal explica que al tratarse de una ‘actividad’, la controversia toma un curso impredecible y genera un comportamiento estratégico, pues “resulta esencial la posibilidad y el uso del derecho de contestación al oponente por parte de cada uno de los contendientes. Eso es así porque un oponente vivo, real y activo (es decir, ni muerto, ni imaginario, ni silencioso) es impredecible en sus reacciones”.<sup>13</sup>

La periodicidad con que se generan las respuestas condiciona una retórica singular, de la cual los medios sacan ventaja, pues saben que, como en pocas ocasiones, los lectores esperan ansiosamente la respuesta que vendrá.<sup>14</sup> También es parte de su retórica la espera. Explica Moreno Villarreal: “En la medida en que la escritura aún se extienda, habrá vida; dejar de escribir es morir simbólicamente, es ser sepultado por las palabras. La palabra del adversario debe ser devuelta, se la debe quitar de encima: es palabra lapidaria: losa”.<sup>15</sup>

---

<sup>9</sup> A. Asiain, *op. cit.*, p.21.

<sup>10</sup> *Idem.*

<sup>11</sup> Los teóricos franceses Roland Barthes y Raymond Picard entablaron, en el año de 1965, una polémica con relación a las posibilidades de la “nueva crítica”.

<sup>12</sup> Jaime Moreno Villarreal, “Polémica y posteridad”, en *Vuelta*, pp. 27-37.

<sup>13</sup> Marcelo Dascal, “Epistemología, controversia y pragmática”, en *Isegoría: Revista de filosofía moral y política* [edición electrónica], p. 15.

<sup>14</sup> G. Sheridan, *op. cit.*, p. 11 y Moreno Villarreal, *op. cit.*, p. 29.

<sup>15</sup> J. Moreno Villarreal, *op. cit.*, p. 34.

Es por eso también que la polémica no tiene fin, que se juega a la duración y a la transmisión, en palabras de Moreno Villarreal: “[...] la polémica no muere, va muriendo hasta quedar en la memoria: no hay fulminación, hay aplazamiento, el torneo se juega a la duración; sólo se dará por agotado cuando haya sido transmitido [...] Son las ‘generaciones futuras’, los ‘lectores del mañana’ quienes darán fe de la mejor causa”.<sup>16</sup> Así como la espera juega un papel importante, a la vez, la polémica distribuye el silencio, pues ésta lleva a los contendientes a hablar con cautela y al público a escuchar.<sup>17</sup>

La utilización de preguntas retóricas, la ejemplificación, los juicios de autoridad, hasta “la dosificación de la violencia, humor o cautela” —como dice Sheridan— son recursos que se utilizan en la retórica de la polémica. En términos de construcción y uso del lenguaje, las controversias —dice el filósofo Marcelo Dascal— pertenecen a una “familia de los fenómenos discursivos dialógicos polémicos”.<sup>18</sup> Como práctica dialógica, la controversia implica que: “1) la audiencia esté muy explícitamente definida; 2) los roles hablante/oyente se alternen con gran frecuencia; 3) las ‘exigencias conversacionales’ cambien progresivamente con cada intervención de los participantes.”<sup>19</sup>

A continuación se enumeran seis características esenciales de las controversias según Dascal:

- I. “[...] no quedan confinadas a los problemas iniciales que las motivan, sino que se amplían rápidamente, tanto en extensión como en profundidad”
- II. “En el curso de la expansión de la problemática, los contendientes cuestionan presupuestos básicos de sus adversarios, ya sean éstos fácticos, metodológicos o conceptuales”.
- III. El aspecto hermenéutico. Constantemente se cuestiona la interpretación correcta de los datos.
- IV. ‘Abertura’. Tanto en el desarrollo; las disciplinas a las que puede llegar a extenderse; las divergencias respecto al significado de conceptos y métodos aceptados; apertura para la innovación radical.

---

<sup>16</sup> *Idem.*

<sup>17</sup> *Idem.*

<sup>18</sup> M. Dascal, *op. cit.*, p. 14.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 15.

V. ‘Clausura’. Algunos tipos de clausura son la ‘resolución’ y la ‘disolución’. Existirían otros tipos intermedios (‘la negociación y el ‘consenso’), que son formas de ‘cerrar sin clausurar’. Esto se debe a la característica de la ‘abertura’. Sin embargo, existe la posibilidad de que la controversia termine sin acuerdo.

VI. ‘Abertura’ sin anarquía. Las controversias guardan su abertura sin ser su desarrollo totalmente arbitrario. Encuentra “una forma especial de racionalidad”.<sup>20</sup>

En conclusión, la polémica puede ser entendida al menos desde tres puntos de vista: como un género, como una práctica epistemológica o como una práctica social. Es por esta razón que es más preciso hablar de la polémica como un evento, donde el sentido se construye gradualmente y es principalmente el lector quien es capaz de generar una interpretación.

Tras caracterizar el género de la polémica en todos sus aspectos, cabe preguntarse —por otro lado—*cuál es el objetivo de polemizar*. Es seguro que este acto representa un riesgo. Si de todas formas se lleva a cabo es porque algún beneficio debe tener para los participantes, para la comunidad letrada o para una cultura.

Existe la creencia generalizada de que aquel que pelea no sabe ponerse de acuerdo, de que no es razonable provocar un enfrentamiento. También es común escuchar que “los mexicanos no sabemos discutir”, ya por falta de método,<sup>21</sup> o como si se tratara de un comportamiento cultural que afecta la forma en que nos conducimos al intercambiar y criticar.<sup>22</sup>

Cabe insistir entonces en la suspicacia inicial: si de todas formas se lleva a cabo es porque algún beneficio debe tener. En primer lugar, resulta de utilidad conocer que la idea de la polémica parece tener varias posibilidades. Una podría ser la que llamaríamos positiva, donde se ve a la polémica como un ejercicio principalmente intelectual y como instrumento del desarrollo del conocimiento.

En la ciencia, la polémica sirve como un motor, genera un progreso en los conocimientos, impide que un paradigma se instaure de forma perpetua.<sup>23</sup> Esa idea “positiva” también permea la idea de la polémica para algunos críticos literarios. Como

---

<sup>20</sup> *Ibidem*, pp. 18-20.

<sup>21</sup> Así opinaba Amado Nervo en 1896 respecto a los editoriales que se publicaban en los periódicos de su época. *Vid.* “Las réplicas”, *Fuegos fatuos. Obras completas I*, pp. 225-228.

<sup>22</sup> En la siguiente cita Sheridan habla de un comportamiento cultural negado a la crítica. “Las polémicas literarias son un fenómeno fascinante. Sobre todo en una cultura como la nuestra, proclive al ninguneo, al acriticismo y a un silencio público contrapunteado por el desollamiento privado”. (*Op. cit.*, p. 4.).

<sup>23</sup> M. Dascal, *op. cit.*, pp. 8-43.

en el caso de Nervo, quien defiende en su ensayo “Las réplicas” que en la Antigüedad discutir era sinónimo de búsqueda de la verdad. Esto porque se seguía un método y las conclusiones que de su uso derivaran se consideraban una verdad nueva e indiscutible: “Decíase antiguamente que de la discusión nacía la luz; que la discusión era el crisol en que depuraban las verdades, y acaso tenían razón quienes tal afirmaban. Pero hay que advertir que en aquellos tiempos se discutía con método: el silogismo [...]”.<sup>24</sup>

Evidentemente para Nervo, la discusión tal como se daba en los periódicos de su época no tiene ningún mérito; se trata de un ejercicio vacío que nada aporta a la construcción de conocimientos. Pero ahí donde Nervo no encuentra ningún valor, algunos observan otra posibilidad de la polémica: puede ser que la polémica no sea un acto de intercambio, sino un acto donde la razón se pone al servicio de las pasiones. Llamémosla la visión negativa. Desde esta visión, la polémica cumple una función más bien pragmática. Pone de relieve el acto social, lo que éste pueda significar como enfrentamiento de dos grupos o corrientes, de dos personalidades, de lo que se pone en juego más que de las conclusiones a las que se pueda llegar.

No son pocas las menciones de los críticos que nos recuerdan que en su origen la palabra polémica significa ‘guerra’. Aurelio Asiain en su ensayo “Polemizar” pone énfasis en el hecho de que en la polémica no se busca intercambiar ideas, sino que una idea resulte vencedora. Anota: “[...] la polémica no es un fin en sí misma ni una consecuencia fortuita del discurso intelectual, sino un medio: encarna el espíritu de la guerra y obedece a una política.”<sup>25</sup>

Por otro lado, pone de relieve el hecho de que el sujeto que polemiza tiene, en verdad, una creencia en sus ideas y quiere convencer al resto de ellas: “El que polemiza se siente en cambio comprometido por lo menos personalmente en las cuestiones que pelea, y en el extremo siente comprometida en ella a la humanidad entera.”<sup>26</sup>

En la misma tónica, William Hazlitt insiste en que la controversia difícilmente disuade a los participantes de sus ideas, muy por el contrario, las refuerza: “Lo que deja de ser objeto de discusión deja de ser objeto de interés. ¿Por qué tenemos que lamentar las diversas dificultades y persecuciones de conciencia, cuando no han hecho sino aumentar el apego de los hombres a sus opiniones?”<sup>27</sup>

---

<sup>24</sup> Amado Nervo, *op. cit.*, p. 225.

<sup>25</sup> A. Asiain, *op. cit.*, p. 22.

<sup>26</sup> *Idem.*

<sup>27</sup> William Hazlitt, “Del espíritu de controversia”, en *Vuelta*, p. 24.

Lo más seguro es que toda polémica tenga algo de los dos comportamientos arriba descritos. Pues no podemos olvidar que no se trata de una discusión simple, muy por el contrario, se trata de una discusión refinadísima, donde entra en juego el estilo. Al mismo tiempo que no se pueden dejar de lado las pasiones que en el fondo las suscitan. Al respecto viene a mi mente una reflexión con relación a la actividad de discutir como actividad primordial para el ser humano. Una actividad que recuerda un acto primitivo —en el sentido de primario—. Como parte del desarrollo de las emociones, el hombre tenía que aprender a discutir, hasta el punto de desarrollar una discusión civilizada, culturizada, estilizada. Y así como la discusión parece ser importante para los individuos en particular, también parece serlo en otros niveles de organización social.

Las polémicas literarias son eventos importantes por varios motivos: en primer lugar porque son foros, es decir, lugares públicos de exposición. Pero en su naturaleza está implícito que se den con cierto espaciamiento de tiempo. Guillermo Sheridan lo explica con la atinada metáfora de la “válvula de seguridad de la presión literaria”. Explica: “Una polémica es una discusión en estado de emergencia, una erupción argumental que alivia o por lo menos replantea las tensiones subterráneas de una cultura”.<sup>28</sup> Además de esta función liberadora, las polémicas juegan un papel importante en la transformación cultural y literaria. Una polémica se vuelve trascendente —según el mismo Sheridan— cuando: 1) provoca ideas cuya pertinencia rebasa su tema específico; 2) hace madurar a una cultura con la evidencia benéfica de la pluralidad y la disensión; 3) precisa los contornos de una postura ideológica, estética o moral y 4) la producción literaria subraya su densidad estilística o ideológica.<sup>29</sup> También tienen su trascendencia para las transformaciones y construcciones literarias. Por ejemplo, en la formación de grupos o al germinar propuestas.<sup>30</sup> Además, pueden observarse como el testimonio de una crisis existente y el umbral de un posible cambio de paradigma, como un “embrague histórico”.<sup>31</sup>

El interés por estudiar una polémica en la literatura es amplio. Se intenta, en primer lugar, comprender la retórica particular que genera cada polémica. Para lo cual se analiza el sentido de los textos en busca de una interpretación de todo su conjunto. A la vez que se analiza el lugar que ocupa cada interlocutor así como las estrategias que

---

<sup>28</sup> *Idem.*

<sup>29</sup> *Ibidem*, p. 10.

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 11.

<sup>31</sup> *Idem.*

utiliza para argumentar. Pero el estudio de una polémica puede extenderse a espacios más allá de lo específicamente literario, pues se trata también de un ejercicio para la búsqueda del conocimiento y juega, al mismo tiempo, un papel en la dinámica cultural. El quién, qué y por qué se discute se explica con relación a otras dimensiones de lo social. Por otro lado, resulta de interés el observar las polémicas en diacronía. ¿Qué relato construyen en su conjunto y cómo se relacionan entre sí? En este sentido, la utilización de la hermenéutica analógica como herramienta de la filología es un punto de partida importante para acercarnos a los textos. Por una parte, ello presupone que estamos conscientes de la diferencia entre los textos y nosotros sus lectores contemporáneos. Que la brecha temporal nos aleja en la comprensión porque el lenguaje y la cultura es otro. Al mismo tiempo, estos textos no nos son totalmente ajenos, pues pertenecemos a una tradición, en algo somos capaces de comprenderlos. Y en todo lo que no lo alcanzamos a comprender, hacemos la tarea del traductor.<sup>32</sup>

En las polémicas podemos observar que la tradición no es inamovible, muy por el contrario, lo que muchas veces mueve a la polémica es la reinterpretación, la exigencia de releer y modificar. Por otra parte, la tradición es un concepto que se halla en la base de todo estudio antológico, como el que aquí presentamos. Tenemos una doble tarea: comprender cómo las generaciones anteriores han dialogado con la tradición y establecer nuestro propio diálogo con los textos.

## **I. 2 Las polémicas literarias de México**

La historiografía literaria nos muestra que son numerosos los debates menores y mayores que han tenido lugar en nuestro país, a pesar del recurrente juicio de que “los mexicanos no sabemos discutir”. La literatura de ideas ha nacido en la América hispana como resultado de la relación con el otro, y nuestra condición histórica ha sido determinante respecto a sus temas y objetivos. El discurso, la disertación, el ensayo y la polémica conforman una historia de las ideas en lengua española a partir del encuentro de los hombres europeos con los pueblos originarios. Recordemos que una tarea imprescindible para los españoles fue la de justificar la Conquista. La discusión en la Nueva España, como refiere a continuación María Isabel Terán, ha representado el conflicto entre grupos por intereses económicos, políticos o académicos.

---

<sup>32</sup> Mauricio Beuchot, “Hermenéutica, tradición y alteridad”, en *Inflexiones. Revista de ciencias sociales y humanidades*. [edición electrónica], pp. 31-36.



La Nueva España fue tierra fértil a las disputas tanto públicas como privadas e individuales o colectivas: recordemos para el siglo XVI los pleitos entre Cortés y sus soldados por la repartición del botín dirimidos en pasquines y sátiras anónimas y las discusiones en torno a la racionalidad del indio y la justificación de la conquista en las que participaron los mejores pensadores de la época a través de extensas disertaciones. Para el siglo XVII y ya instalada la Universidad (1553), la escolástica fomentó las disputas escolares que versaron sobre diversos temas. Costumbre que se trasladó a otros ámbitos. En el siglo XVIII e inicios del XIX y debido a la aceptación o rechazo de las ideas ilustradas, no faltaron las disputas entre “modernos” y “misonéistas”, insurgentes y realistas, conservadores y liberales, etcétera. Además, durante la época colonial estuvieron también las discusiones entre el poder civil y el eclesiástico por cuestiones de primacía, entre las diversas órdenes religiosas por la interpretación de la doctrina, o entre éstas y el poder secular, etcétera.<sup>33</sup>

El fragmento anterior describe un buen número de conflictos a lo largo de la época novohispana y adelanta el panorama del siglo XIX.

No se ha escrito aún el texto que dé razón de la historia de la “discusión” en nuestro país, pero en el siglo pasado y en lo que va de éste, se han hecho excelentes estudios y antologías sobre algunas polémicas que han trascendido por su importancia literaria y cultural. Me refiero al estudio de Luis Mario Schneider *Ruptura y continuidad: La literatura mexicana en polémica*, donde el autor analiza debates significativos de cada etapa cultural: la Colonia, el neoclasicismo, el romanticismo, el modernismo y el vanguardismo; la antología *La construcción del modernismo* de Belem Clark y Ana Laura Zavala, donde compilan una serie de debates representativos de las etapas de gestación, desarrollo y culminación del movimiento modernista; el texto *Querrela por la cultura “revolucionaria” (1925)* de Víctor Díaz Arciniega, donde analiza la polémica también conocida como vanguardista; el estudio y antología *México en 1932: la polémica nacionalista* de Guillermo Sheridan; el prolijo trabajo *Orígenes de la crítica literaria en México: La polémica entre Alzate y Larrañaga* de Ma. Isabel Terán donde la autora observa la transición entre los paradigmas barroco y neoclásico, y *El debate literario en el Diario de México (1805-1812)* de Esther Martínez Luna, que analiza y compila las discusiones de los miembros de la Arcadia de México.

La revisión de esta bibliografía ha sido imprescindible para hacer un análisis de la importancia de la polémica en el ámbito de la literatura, pero también para generar una serie de reflexiones con relación a la aportación de estos ejercicios a la historiografía de la literatura mexicana. ¿Dónde comienza y dónde termina una polémica? ¿Qué texto es una polémica y cuál no? ¿Cuál debe ser el parámetro del investigador para su antología? ¿Cuál la validez de una lectura discrecional?

---

<sup>33</sup> María Isabel Terán Elizondo, *Orígenes de la crítica literaria en México: La polémica entre Alzate y Larrañaga*, (nota 1) p. 83.

Estos textos han sido, entonces, invaluable fuentes en sus contenidos, pero también ejemplos de una metodología para la historiografía literaria. Todos ellos divergen en metodología y forma; algunos son más ensayísticos; otros, además, cumplen con la función de ser antologías; unos abundan en el análisis literario, otros en el cultural. La lectura en conjunto de estos documentos, así como de fuentes complementarias, ha servido para enriquecer nuestro horizonte de interpretación. Contamos, además, con el invaluable parámetro de la historia “para juzgar el relativismo de la verdad”.<sup>34</sup>

Es necesario aclarar que no todas las discusiones las consideramos polémicas. Son valiosos registros para una historia de las mentalidades, como dice Luis Mario Schneider con relación a una obra como la *Anteloquia* de Eguiara y Eguren.<sup>35</sup> Sin embargo, los ejercicios que consideramos polémicas deben tratarse de discusiones por escrito donde haya necesariamente una réplica de uno o más participantes.

Una polémica que hemos integrado al análisis, sin cumplir plenamente con la definición, es la que sostuvieron Ignacio Manuel Altamirano y Francisco Pimentel en el Liceo Hidalgo en 1884, que fue un debate oral y de cuya existencia sabemos gracias a la prensa, a la literatura crítica y a los textos en los que ellos mismos se refieren “a la discusión que tuvieron en las veladas del Liceo Hidalgo”. Ya que cada uno consignó en su obra las opiniones que defendieron en aquel momento es posible recobrar sus argumentos.

Otras polémicas de las cuales tenemos noticia, y que no han sido compiladas en este trabajo son la polémica entre Ignacio Ramírez y el publicista español Emilio Castelar en 1865 sobre la independencia política y cultural de España, que dio origen al conocido ensayo de Ramírez —*La despañolización*—;<sup>36</sup> otra polémica protagonizada por Ramírez en 1872 con Francisco Pimentel respecto a una tesis del primero sobre la poesía erótica de los griegos; la polémica suscitada por el texto “Situación de la literatura Mexicana Contemporánea” de José Luis Martínez entre 1948-1949; la

---

<sup>34</sup> Luis Mario Schneider, *Ruptura y continuidad: La literatura mexicana en polémica*, p. 190.

<sup>35</sup> La *Anteloquia* es el prólogo a la *Bibliotheca Mexicana* que Eguiara y Eguren escribió con el fin de desmentir las injustificadas ideas de desprestigio que pesaban sobre el continente americano, tales como la falta de instrucción, capacidad intelectual y desarrollo de la cultura. Schneider la considera como la primera polémica en México, sin embargo, no hubo intercambio de correspondencia (aunque Eguiara dirigiera sus palabras principalmente en respuesta al deán de Alicante Manuel Martí) en razón de lo cual no la consideramos una polémica.

<sup>36</sup> Publicado originalmente en *La Estrella de Occidente de Ures* y posteriormente se reprodujo en el *Semanario Ilustrado* en 1868.

querella de *Los días terrenales* y *El cuadrante de la soledad* de José Revueltas en 1950; la polémica entre José Antonio Alatorre y Evodio Escalante en 1988 sobre la “crítica neo-académica” y el debate entre José Emilio Pacheco y José de la Colina en 1991 en donde se mezclan críticas al ejercicio literario con reclamos personales. Otros eventos polémicos son los suscitados por la publicación de los textos “El diálogo y el ruido” de Octavio Paz en 1984 y “La comedia mexicana de Carlos Fuentes” de Enrique Krauze en 1988. En el primer caso, hay una avalancha de respuestas de escritores y periodistas al ensayo de Paz, sin que haya una réplica del autor. En el segundo caso, otros responden al texto de Krauze, aunque no el principal aludido, Carlos Fuentes.<sup>37</sup> Debido a la gran cantidad de información que conlleva el análisis de las polémicas en un estudio diacrónico, se fijó como límite de esta investigación el siglo XX, por lo cual no inquirimos en las probables polémicas que han podido surgir en el transcurso del siglo XXI.

Las polémicas literarias en México dan cuenta de dos aspectos importantes: los márgenes de la crítica literaria y la vinculación entre el discurso literario y el político.<sup>38</sup> En mi opinión han sido polémicas trascendentes para definir los márgenes de la crítica literaria la polémica novohispana entre José Antonio Alzate y Bruno Francisco Larrañaga (1789), en la que María Isabel Terán rastrea los orígenes de la crítica literaria en México; la polémica entre Juan María Lacunza y José Joaquín Fernández de Lizardi (1811-1812), con relación al “buen gusto” literario; la polémica entre Ignacio Manuel Altamirano y Francisco Pimentel (1884), sobre el carácter de la literatura nacional; las polémicas modernista (1876 a 1907) y nacionalista (1932), donde se discuten ampliamente los valores estéticos esperados en las producciones literarias, y la polémica entre Antonio Alatorre y Evodio Escalante (1988), acerca de los nuevos lenguajes en la crítica literaria.

Por otro lado, se encuentran las polémicas donde los escritores mexicanos han utilizado el lugar que su prestigio literario les confiere para expresar opiniones políticas. Tal es el caso de la polémica de 1972, donde precisamente, se discute el lugar del escritor en la política; la polémica entre Octavio Paz y Carlos Monsiváis (1977-1978) en

---

<sup>37</sup> Gracias al maestro Ricardo Martínez Luna he tenido conocimiento del texto “Me desayuno a mis críticos” en donde el periodista Stephen Talbot da a conocer algunas opiniones de Fuentes sobre las críticas que a lo largo de treinta años ha recibido por parte de los críticos mexicanos. (*Nexos* en línea)

<sup>38</sup> Parafraseo a Jorge Ruffinelli, quien hace estas dos afirmaciones en el excelente ensayo “La crítica literaria en México: ausencias, proyectos y querellas”, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, p. 160.

torno al socialismo real y al sistema político mexicano; la polémica de “El diálogo y el ruido”, en respuesta al discurso de Octavio Paz (1984), donde se expresa sobre el movimiento sandinista; y la polémica provocada por la publicación del ensayo “La comedia mexicana de Carlos Fuentes” de Enrique Krauze (1988).

Las polémicas literarias en México han estado ligadas a los medios de comunicación escritos como gacetas, diarios, suplementos y revistas, relacionados casi siempre con los grupos del poder cultural. Constituyen un *corpus* de la crítica y subsisten como testimonio de lo que al país le ha interesado discutir sobre literatura y de aquellos temas que por encima de la literatura han interesado a los escritores.

## CAPÍTULO II. EL SIGLO XVIII

La decisión de agrupar la polémica por la *Margileida* (1788-1790) y la de Lacunza y Lizardi (1811-1812) en el siglo XVIII se debe, si nos atenemos al criterio, más cultural que temporal, según el cual son los eventos más representativos los que dotan de personalidad a un siglo, el XVIII novohispano se enmarcaría entre 1760 y 1821,<sup>1</sup> quedando ambas polémicas contenidas en este lapso. Precisamente, lo más distintivo del siglo XVIII tiene que ver con los cambios que en lo económico y lo político suscitaron las reformas borbónicas así como en lo ideológico lo hicieron las ideas de la Ilustración. No obstante, es necesario matizar que los cambios en el terreno de las ideas ocurren de forma gradual y no afectan de igual modo a la sociedad entera. Casi siempre, un grupo vanguardista es el encargado de introducirlas. Éstas se difunden paulatinamente hasta volverse conocidas por la mayoría. De tal proceso cabe esperar que en un momento determinado existan posiciones divergentes que generen polémicas, como las que aquí presentamos. También cabe aclarar, que aunque parto del siglo XVIII como medida para organizar este capítulo, hago énfasis en los últimos años de este siglo así como en los primeros del siglo XIX, que es el lapso en el que ocurren las polémicas que estudio en este apartado, además de que representan un período riquísimo en cambios de todos los órdenes sociales.

A manera de introducción, a continuación expongo una serie de tópicos que considero obligados para una caracterización ideológica y cultural de este periodo tales como el criollismo, aunado al espíritu barroco y al nacionalismo, el mencionado influjo modernizador de la Ilustración y los medios e instituciones difusoras de la cultura. Para esta investigación, el tema del criollismo es indispensable ya que los participantes de las polémicas que estudio en este apartado son criollos y formaban parte de la élite ilustrada de la Nueva España. No obstante encarnan posiciones muy distintas, testimonio del flujo constante de ideas que se vivían en las postrimerías del siglo XVIII y los albores del XIX.

En la perspectiva de Jorge Alberto Manrique, el siglo XVII se caracteriza por un “segundo proyecto de vida”<sup>2</sup> para la Nueva España, en donde el criollo tiene un papel

---

<sup>1</sup> Enrique Florescano e Isabel Gil, *1750-1808: La época de las reformas borbónicas y del crecimiento económico*, pp. 1-2.

<sup>2</sup> De acuerdo con Manrique se trata de un segundo proyecto, en vista de que el primero fue la evangelización y la encomienda, el cual estaba ya concluido a principios del siglo XVII. Para toda la

predominante. Para Manrique es en la cultura donde este ser encuentra el espacio que la realidad le niega.<sup>3</sup> El criollismo, aclara, no se limita a una condición de nacimiento ni racial, sino que es criollo el que se siente americano. Definido así, se convierte en un fenómeno de espectro muy amplio, “se refiere a un hecho de cultura, de actitud y de conciencia”.<sup>4</sup> Este criollismo es lo que da identidad a toda una época (el siglo XVII y la mayor parte del XVIII) y da vida a la cultura del barroco.

Un elemento sumamente importante en esta conceptualización de la cultura barroca, basada en las ideas de Edmundo O’Gorman —según explica el mismo Manrique— es la operación que llevaron a cabo los criollos para mitigar un sentimiento de falta a través de la compensación de elementos reales o abstractos, muchas veces exagerada. En el párrafo siguiente habla de la búsqueda del criollo en la cultura:

Se aferró a ciertos modos de ser, costumbres, usos, actitudes que por reconocer ya como propios retuvo porque representaban algo sólido para él, pues su mayor preocupación era el sentirse en el aire. Para afianzarse, en fin, tuvo que sentirse orgulloso de la gente, de la tierra de las obras. Y expresó ese orgullo. Por casi dos siglos la expresión orgullosa es la expresión natural —y necesaria— de la Nueva España.<sup>5</sup>

La apropiación del pasado indígena, la pasión en la descripción de los elementos naturales, la búsqueda de la manifestación divina en esta tierra —que encuentra finalmente en el culto a la virgen de Guadalupe—, responderían a la misma operación. Lo que O’Gorman definió como “el sueño de la Nueva España”. Manrique lo explica de la siguiente manera:

Nueva España sueña lo que quiere ser: de tanto querer serlo, de alguna manera lo es. Proyecto de vida éste, donde lo fáctico trata de alcanzar en desenfadada carrera lo imaginado. La imagen soñada como modelo concreto que se impone a lo real, y lo real distorsionado por esa imagen. La manera normal en que tal actitud se expresa es la *metáfora*, y la metáfora, expresión alterada de lo real, a fuerza de ser dicha y oída, repetida, admitida como moneda corriente, adquiere la categoría de una verdad. En monstruosa y hermosa paradoja la Nueva España, ésta del segundo proyecto de vida, la Nueva España barroca es una inmensa y desdibujada metáfora.<sup>6</sup>

Otro aspecto que caracteriza culturalmente a este período es la incidencia del pensamiento ilustrado. A finales del siglo XVIII muchos procesos de cambio iniciados uno o dos siglos antes habían cristalizado o mostraban más nítidamente su transformación. Desde una reflexión filosófica, observa Luis Villoro, comienza a

---

caracterización cultural de los siglos XVII Y XVIII me baso en el texto de Jorge Alberto Manrique, “Del barroco a la Ilustración”, en varios autores, *Historia general de México* (versión 2000), pp. 433-488.

<sup>3</sup> Recordemos las limitaciones impuestas a los criollos para obtener altos cargos, los cuales estaban destinados a los peninsulares. Sobre todo después de las reformas borbónicas.

<sup>4</sup> J. A. Manrique, *op. cit.*, p. 433.

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 435.

<sup>6</sup> *Idem*. [subrayado en el original]

forjarse una mentalidad nueva a partir del Renacimiento (siglos XV y XVI), que se manifiesta en “una manera de pensar las relaciones del hombre con el mundo, una preferencia por ciertos valores y un estilo general de razonar”.<sup>7</sup> Precisa el autor que si bien el proyecto de racionalidad ilustrado se toma como paradigma de la modernidad del siglo XVIII, sus orígenes se hallan en la ruptura de la imagen del mundo medieval que inicia en el Renacimiento.<sup>8</sup> La racionalidad ilustrada, producto de ese proceso de transformación de mentalidad acaecido durante tres siglos, generó doctrinas como el despotismo ilustrado que inspiró las reformas que buscaron una administración más eficiente de las colonias.

El panorama ideológico del siglo XVIII novohispano es bastante complejo y ha dado pie a controversias interpretativas.<sup>9</sup> Éstas se acrecientan, no solamente por la falta de consenso respecto a la influencia del pensamiento ilustrado en algunas empresas culturales (reformas educativas, filosóficas, investigaciones y publicaciones) de los jesuitas y otros eclesiásticos y laicos, sino porque muchas veces se quiere observar en ellas un temprano nacionalismo.

Para Manrique estos hombres novohispanos<sup>10</sup> fueron esencialmente barrocos. Lo que él observa como la Ilustración mexicana se halla en los comienzos del siglo XIX y consiste en el rompimiento con el mundo barroco:

Lo que puede llamarse “Ilustración mexicana” no está representada por aquellos hombres que defendían las cualidades y valores morales de su patria barroca, ni por los que intentaban una renovación filosófica, ni quizá aún por quienes estaban al día en cuestiones científicas, sino por otros que, haciendo eso o sin hacerlo, dejaron de ver con beneplácito la realidad mexicana y empezaron a criticarla violentamente. No hubo en el México de finales del siglo XVIII ateos, deístas, enemigos de la Iglesia o racionalistas puros (actitudes que califican la Ilustración), pero sí hombres que coinciden en la actitud crítica de la sociedad donde viven. Son los hombres que producen el “despertar” del “sueño de la nueva España”. Ya no creen en los valores propios, sino que se empeñan en destruirlos.<sup>11</sup>

En conclusión, algunas opiniones sobre los influjos de la Ilustración en el siglo XVIII en la Nueva España tienden a negar la existencia de un verdadero movimiento en razón de que no hubo un pensamiento total de ruptura del antiguo régimen (por ejemplo,

---

<sup>7</sup> Luis Villoro, *El pensamiento moderno. Filosofía del Renacimiento*, pp. 10-11.

<sup>8</sup> *Ibidem*, pp. 9-15.

<sup>9</sup> Vid. Jaime Labastida, “La ilustración científica”, en Nancy Vogeley y Manuel Ramos Medina, coords., *Historia de la literatura mexicana 3 Cambios de reglas, mentalidades y recursos retóricos en la Nueva España del siglo XVIII*, pp. 437-447.

<sup>10</sup> La lista es muy larga, comienza con los jesuitas Diego José Abad, Francisco Javier Clavijero, Francisco Javier Alegre, Rafael Campoy, Juan Luis Maneiro, Agustín de Castro, Pedro José Márquez, continúa con otros eclesiásticos como José Antonio de Alzate y Benito Díaz de Gamarra, y los laicos Ignacio Bartolache, José Mariano Mociño, José Velázquez de León y Antonio León y Gama, entre otros.

<sup>11</sup> J. Manrique, *op. cit.*, p. 487.

respecto a la religión o el sistema monárquico). No obstante, tampoco se niega el proceso modernizador que sufrieron las doctrinas y las instituciones, ni las influencias efectivamente ilustradas que particularmente algunos personajes pudieran tener. Habría que matizar entonces al hablar de la Ilustración mexicana y señalar que, “como la española... nunca rompió totalmente con la escolástica y la ortodoxia católica”.<sup>12</sup> También es importante hacer mención de algunos espacios privilegiados para la transmisión de la cultura letrada: la prensa, las instituciones educativas y las agrupaciones literarias.

La prensa nace formalmente en la Nueva España en este período. Primero con su natural propósito de informar pero a lo largo del siglo también se buscó que funcionara como medio de conocimiento. Tanto por mandato del virrey<sup>13</sup> como por interés personal de algunos ilustrados criollos —como Antonio de Alzate y José Ignacio Bartolache— se publicó información de naturaleza que hoy denominamos científica. Es importante señalar que la prensa es sobre todo un instrumento social, y como tal genera un espacio donde la sociedad se proyecta y reproduce sus valores, además de su evidente importancia para el desarrollo de la comunicación real y simbólica.

De especial interés para nuestra investigación son las publicaciones de José Antonio de Alzate ya que innovó en un género de periodismo cuya vocación es la difusión del conocimiento. Para la literatura tienen especial importancia por su labor crítica. Las cuatro obras periódicas que emprendió Alzate son *Diario Literario de México* (1768); *Asuntos Varios sobre Ciencias y Artes* (1772-1773); *Observaciones sobre la Física, Historia Natural y Artes Útiles* (1787-1795) y *Gazeta de Literatura de México* (1788-1795). Cabe señalar que todas ellas fueron cesadas por mandato de la autoridad virreinal.<sup>14</sup>

Con sus publicaciones, Alzate y Bartolache fueron pioneros en la democratización del conocimiento, pues tuvieron la intención de su difusión entre un público más amplio fuera del espacio educativo. De igual forma llevaron a cabo sus investigaciones de

---

<sup>12</sup> Enrique Semo, *México: del antiguo régimen a la modernidad. Reforma y Revolución*, p. 245.

<sup>13</sup> Carmen Castañeda describe que el virrey, conde de Revillagigedo, el 31 de mayo de 1791 envió la “Instrucción” de las tres clases de noticias que los “señores gobernadores, intendentes y demás justicias” deberían enviar a la *Gazeta* del señor Manuel Antonio Valdés. El texto de Carmen Castañeda ha sido la guía para redactar este resumen sobre la prensa dieciochesca. “Periodismo en la Ciudad de México: Siglo XVIII”, en Nancy Vogeley y Manuel Ramos Medina, coords., *op. cit.*, pp. 128-149

<sup>14</sup> *Vid* Roberto Moreno de los Arcos, “Un eclesiástico criollo frente al estado Borbón”, en *José Antonio de Alzate. Memorias y ensayos*, pp. 1-29.



forma independiente, sin el cobijo de la institución educativa ni el patrocinio de la Corona.<sup>15</sup>

En la primera década del siglo XIX aparece el primer periódico diario de la Nueva España, el *Diario de México* (1805-1817). En opinión de Esther Martínez Luna, éste “tiene una significación especial en la historia cultural y social de México” por varias razones: en primer lugar por ser el primero de periodicidad diaria; en segundo lugar por aglutinar temas literarios, sociales, históricos y políticos; en tercer lugar por “haber incorporado, asimilado y transformado varias ideas estéticas y políticas tanto externas como locales”. De particular interés para la literatura y para nuestra investigación es el hecho de haber servido “de palestra y ayudar a aglutinar a la Arcadia, primer grupo de poetas neoclásicos mexicanos”.<sup>16</sup> Un aspecto a resaltar es que el *Diario* fue “una empresa colectiva” a diferencia de las gacetas de Alzate —que a pesar de haber tenido colaboradores fueron el proyecto de un solo hombre. El diario tuvo tres editores,<sup>17</sup> sin embargo el carácter colectivo tiene que ver con la amplia apertura que se dio a los lectores.<sup>18</sup>

A principios del siglo XIX cuando, en un hecho sin precedentes, se establece en las cortes de Cádiz la libertad de imprenta (1812), se abre la posibilidad a la diversificación, sobre todo, en política, en concordancia con el movimiento independentista que vivía el país. Los periódicos, folletos y demás material impreso, que se publicaron en abundancia en aquel momento, fueron muy importantes para explicar las distintas posiciones políticas, así como para informar sobre el desarrollo del movimiento armado. Éstos contribuyeron también a la reflexión sobre la identidad americana al promover la discusión respecto al lugar de la Nueva España con relación al imperio español y el derrotero a seguir.<sup>19</sup>

Respecto a las instituciones educativas me interesa señalar dos aspectos principalmente: el primero, que la educación formal estaba completamente inserta en el

---

<sup>15</sup> Vid. Dorothy Tanck de Estrada, *op. cit.*, pp. 66-68 y R. Moreno de los Arcos, *op. cit.*

<sup>16</sup> Esther Martínez Luna, “Diario de México: «ilustrar a la plebe»”, en B. Clark de Lara y E. Speckman Guerra, eds., *op. cit.*, p. 43.

<sup>17</sup> Carlos María de Bustamante, fundador y editor, Jacobo de Villaurrutia y Wenceslao de la Barquera.

<sup>18</sup> Para que éstos pudieran hacer llegar sus colaboraciones, se instalaron “buzones en 12 estancos de tabaco donde se vendía el Diario con el propósito de recabar cartas, poemas y artículos, [lo cual] permitió expresarse con toda libertad al público lector gracias a la seguridad que daba el anonimato”. (Esther Martínez Luna, *El debate literario en el Diario de México* (1805-1812), p. 21).

<sup>19</sup> Virginia Guedea, “Las publicaciones periódicas durante el proceso de independencia (1808-1821)”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra, eds., *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México Decimonónico*. Vol. II, pp. 29-42.

margen de la institución virreinal, poseyendo la Iglesia el dominio de esta labor.<sup>20</sup> Lo cual garantizaba más o menos una instrucción homogénea entre los grupos que tenían acceso a ella. Lo que nos lleva al segundo aspecto, el que esta base de conocimientos dotaba de un marco de referencias culturales comunes. En primer lugar, el dominio del latín como lengua de instrucción.

Y dentro de esta tradición de la enseñanza latina se hallaba el estudio de los autores, los temas, los géneros, la métrica y las figuras poéticas, es decir la poética y la retórica. Se procuraba conocerlos (muchas veces de memoria) e imitarlos. Los ejercicios de imitación así como los de traducción se consideraban imprescindibles para el dominio de la lengua. Resulta muy interesante reflexionar sobre la utilización del castellano en el proceso de adquisición del latín, y preguntarse como lo hace pertinentemente Enrique González, “si es verdad que toda la formación literaria de los jóvenes criollos se impartía en latín, ¿de qué modo se convertirían en autores en lengua castellana?”<sup>21</sup> Él mismo nota la importancia de la traducción, la cual estaba concebida como creación. Así que traduciendo estaban escribiendo sus primeros poemas en romance. Señala también que el castellano fue ganando terreno en cuanto a la producción literaria. Cabe esperar que fuera del ámbito de las instituciones educativas, el castellano debía ser privilegiado en la comunicación escrita, y que como parte del empuje de la sociedad laica en espacios educativos, el latín comenzara a verse como innecesario.<sup>22</sup>

Tan importantes como los medios escritos y las instituciones educativas fueron las asociaciones literarias para la creación, difusión y discusión de la literatura. En los primeros años del siglo XIX surge en la Nueva España la primera asociación de este estilo, la Arcadia de México,<sup>23</sup> a semejanza de la primera arcadia que se fundó en Roma en 1690 —inspirada a su vez en la Arcadia Clásica de Virgilio— y las que se habían constituido en otros países durante el siglo XVIII. Surgió “de manera espontánea”<sup>24</sup> en

---

<sup>20</sup> Una descripción muy completa del panorama educativo se halla en Enrique González González, “Colegios y universidades. La fábrica de los letrados”, en N. Vogeley y M. Ramos Medina, coords., pp. 104-127.

<sup>21</sup> E. González González, *op. cit.*, 87.

<sup>22</sup> Así lo confirma la opinión de Bartolache, quien “insistía en el uso del español, en vez del latín, en la educación superior asegurando que saber latín no era requisito para saber pensar. Sugería que había mejores científicos entre hombres incultos que supieron observar, medir y experimentar que entre graduados de filosofía”. D. Thank de Estrada, *op. cit.*, p. 67.

<sup>23</sup> Para esta descripción me baso en Jorge Ruedas de la Serna, *La formación de la literatura nacional (1805-1850)* y en Esther Martínez Luna, *El debate literario en el Diario de México (1805-1812)*.

<sup>24</sup> J. Ruedas de la Serna, *op. cit.*, p.73.

1805 a la par del *Diario de México*, de cuyas características e importancia hemos hablado antes.

A pesar de que los miembros de la Arcadia no estaban en contacto físicamente, el *Diario* les ofrecía un lugar para interactuar a través de sus escritos: dar a conocer sus poemas y traducciones, ejercer la crítica, extenderse muestras de camaradería. Su objetivo fue concitar una nueva producción literaria, de retórica neoclásica —sin propugnar una preceptiva única—,<sup>25</sup> así como dar lugar a la crítica con el fin de generar un progreso en la calidad de las obras que se producían en el territorio novohispano.

Las valoraciones negativas, repetidas por los críticos desde el siglo XIX, tildan la literatura de los árcades como “imitación servil del neoclasicismo tardío”<sup>26</sup> o “mero entretenimiento ingenuo y prosaico”.<sup>27</sup> No obstante, sus críticos recientes destacan su importancia. En opinión de Ruedas de la Serna ésta radica en que contribuyó a la gestación de la literatura como institución social, lo cual pudo darse a partir de la formación de un público.<sup>28</sup> Para Esther Martínez Luna, el proyecto de la Arcadia, así como el *Diario de México* simbolizan la imagen de una clase ilustrada que por vez primera empieza a ser autónoma de los poderes virreinales. En el proyecto literario de esta asociación convergen el propósito ilustrado de orden y especialización del conocimiento, un ideal cívico de sociabilidad, así como el objetivo de crear una literatura reivindicadora.

## II. 1 La polémica por la *Margileida* (1788-1790)

En el ensayo “La crítica literaria en Hispanoamérica”, Aníbal González describe la crítica del periodo colonial como “incipiente” y aclara que en aquel momento el término “literatura” comprendía muy diversas materias como la historia natural, la economía, la agricultura y la filosofía. Desde su punto de vista la crítica era escasa. Se puede rastrear a través de las cartas al editor por parte de los lectores. Dice con relación a éstas: “En ellas encontramos comentarios sobre las poesías publicadas en las ediciones anteriores o

---

<sup>25</sup> Esther Martínez Luna expone ampliamente este punto en *op. cit.*, pp.14-15 y *passim*.

<sup>26</sup> J. Ruedas de la Serna, *op.cit.*, p. 54. No es una crítica negativa de Ruedas de la Serna, sino una mención de ella.

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 82. Lo mismo que la nota anterior.

<sup>28</sup> El autor retoma los conceptos de “sistema literario” e “institución literaria” expuestos por el crítico brasileño Antonio Candido.

discusiones sobre asuntos de gusto literario. Estos comentarios son por lo general prescriptivos, e intentan seguir los dictados de la poética neoclásica [...]”.<sup>29</sup>

La descripción hecha por Aníbal González se ajusta con bastante precisión a las publicaciones que José Antonio de Alzate realizó a lo largo del siglo XVIII. Sin embargo, el hallazgo de una polémica en su *Gazeta de Literatura* permitió a María Isabel Terán observar tanto la crítica literaria que se practicaba en el México colonial de finales del siglo XVIII como el surgimiento de un nuevo paradigma literario. Por medio de esta polémica es posible observar que “la discrepancia de opinión en torno a una obra literaria trascendió hasta convertirse en el enfrentamiento entre dos grupos que entendieron como opuestos términos y conceptos en los que antes coincidían”.<sup>30</sup>

### *Los protagonistas de la polémica*

Quienes dan vida a esta polémica son tres personajes novohispanos que tienen en común el pertenecer a la clase criolla, y por lo tanto poseer una instrucción y posición social similares. Lo cual, en principio, los coloca en una situación de simetría. En el caso de José Antonio de Alzate (1737-1799)<sup>31</sup> y de José Mariano Mociño (1757-1803)<sup>32</sup> —uno eclesiástico, el otro médico— el interés por las disciplinas científicas los llevó a emprender investigaciones, obras y publicaciones de forma autónoma, y en ocasiones con el auspicio de la Corona. Estos dos amigos con intereses similares, colaboraron en la redacción de la *Gazeta de Literatura de México* (1788-1795), donde, además de la difusión filantrópica del conocimiento se propusieron realizar una labor crítica, con base en la Razón, y con interés público. Alzate, obsesivo en algunas ideas, sostuvo polémicas no sólo con sus contemporáneos, sino también con la autoridad. Todos sus periódicos fueron suspendidos por decreto de los virreyes en turno, casi siempre porque alguna idea expresada por él chocaba tajantemente con la ideología del Estado. Sin embargo, el también presbítero fue un intelectual reconocido por la

---

<sup>29</sup> Aníbal González, “La crítica literaria en Hispanoamérica”, en Roberto González Echeverría y Enrique Pupo Walker, eds., *Historia de la literatura hispanoamericana II. El siglo XX*, p. 433.

<sup>30</sup> María Isabel Terán Elizondo, *Orígenes de la crítica literaria en México: la polémica entre Alzate y Larrañaga*, p. 24. Es gracias a esta obra que tuve conocimiento de esta polémica, y en ella me baso para gran parte de este análisis.

<sup>31</sup> Retomo de Moreno Roberto Moreno de los Arcos gran parte de los datos de la biografía de Alzate, *op. cit.* pp. 1-29.

<sup>32</sup> Los datos biográficos de Mociño los retomo de M. I. Terán, *op. cit.*, pp. 181-186; J. Labastida, *op. cit.*, pp. 443-446.

comunidad “científica” europea<sup>33</sup> y admirado por la crítica decimonónica. En tanto que el nombre de Mociño ha sido inmortalizado por su participación en la Real Expedición Botánica de la Nueva España, encargada por Carlos III.

En el otro bando, Bruno Francisco Larrañaga (1757-1803), doctor en cánones, fue funcionario de la administración virreinal y hombre de letras. Ganó el tercer premio en el certamen *Cantos de las musas mexicanas...*<sup>34</sup> con su *Poema heroyco...*<sup>35</sup> en celebración de la colocación de la estatua de Carlos IV.

Como mencionamos, entre estos novohispanos cultos había una situación social y educativa similar. Lo que comienza a diferenciarlos son sus intereses. Alzate y Mociño se nutrieron de las novedades de todos los campos (científicas, tecnológicas, literarias, filosóficas) que provenían de Europa. En tanto que Larrañaga se explayaba en la tradición escolástica.

#### *La polémica por la Margileida*

En enero de 1789 se publicó en la *Gazeta de México*<sup>36</sup> el “Prospecto de una Eneida apostólica o Epopeya, que celebra la predicación del V. Apóstol del Occidente P. Fr. Antonio Margil de Jesús: intitulada *Margileida...*”<sup>37</sup> de Bruno Francisco Larrañaga. Como era costumbre en la época, para financiar la publicación de una obra, el autor escribía un prospecto, donde se describía y adelantaba algo de su contenido. Si los lectores estaban interesados podían pagarla por suscripción.

La *Margileida*, a imitación de la *Eneida*, pretendía narrar la epopeya del padre franciscano fray Antonio Margil de Jesús (1657-1726), la cual consistió en su monumental tarea evangelizadora por la Nueva España durante el siglo XVII. La composición poética estaría escrita “con puros versos de Publio Virgilio Maron y

---

<sup>33</sup> Alzate fue socio benemérito de la Real y Primitiva Sociedad Bascongada, del Real Jardín Botánico de Madrid y fue el primero y único socio novohispano de la Real Academia de las Ciencias de París. (M. I. Terán, *op. cit.*, p. 85.

<sup>34</sup> *Cantos de las musas mexicanas con motivo de la colocación de la estatua equestre de bronce de nuestro augusto soberano Carlos IV.* En la *Antología del Centenario*, apud M. I. Terán, p. 119.

<sup>35</sup> *Poema heroyco en celebridad de la colocación de la estatua colosal de bronce de nuestro católico monarca el Sr. D. Carlos Quarto, rey de España y emperador de las Indias.* *Idem.*

<sup>36</sup> *La Gazeta de México, Compendio de Noticias de Nueva España (1784-1809)* de Manuel Antonio Valdés se convirtió en el organismo de difusión oficial del Virreinato.

<sup>37</sup> El nombre completo es “Prospecto de una Eneida Apostólica o Epopeya que celebra la predicación del V. Apóstol del Occidente P. Fr. Antonio Margil de Jesús: Intitulada *Margileida*. Escrita con puros versos de P. Virgilio Maron, y traducida a verso castellano: la que se propone al público de esta América septentrional por suscripción: para que colectados anticipadamente los gastos necesarios, se proceda inmediatamente a su impresión”. En adelante “Prospecto...” Edición facsimilar en M. I. Terán, *op. cit.*, p. 453.

traducida al castellano”.<sup>38</sup> Para el poema latino utilizó la composición llamada *centón*. Consiste en elaborar una obra poética con versos de otro autor u otros autores. Recordemos que la imitación formaba parte de las prácticas retóricas transmitidas en los colegios novohispanos. La traducción castellana está escrita en versos endecasílabos.

Con su obra, Larrañaga llevaba a cabo varias proezas: en primer lugar, elogiar la vida del fraile tan apreciado, en segundo lugar, elaborar una obra poética en latín con versos de Virgilio y en tercer lugar, traducir esa obra al castellano. Uniendo, además, el mundo grecolatino con el católico.

El fragmento de la *Margileida* aparecida en el “Prospecto...” narra el episodio de la revelación divina a fray Antonio Margil de Jesús. A través de un narrador en tercera persona, se cuenta lo que aconteció a “Una Persona en la virtud insigne”,<sup>39</sup> estando de guardia una noche en el convento mientras rezaba, “Se le aparece el mismo Dios, en una / Bellísima presencia figurado”.<sup>40</sup> Enseguida cambia la voz poética a la primera persona, para que sea el propio fraile quien exprese el gozo que tiene ante la presencia de Dios y describa su hermosura. Posteriormente, la presencia divina realiza las tareas de supervisión que el religioso tenía en el convento. El fraile se atreve a preguntarle “¿Qué pretendéis señor o con qué fines?”<sup>41</sup> La voz poética es ahora Dios, quien en respuesta, comienza a describir a un hombre venerable, que cuida y guía a todo su rebaño, fundador de esa casa, quien ha convertido a “millares de Gentiles” quien “Se ha resuelto a morir en este empleo / El tiempo, y modo, para sí, trazando: / A que otro no ha de haver en todo el Mundo; / Que se tome por mí tantos trabajos: / De caminar de noche a las fatigas, / Y padecer por mar, y tierra tanto”.<sup>42</sup> Al terminar su descripción, se dirige a él para ofrecerle hacerse cargo del colegio a fin de que el fraile pueda descansar. El episodio elegido por Larrañaga, además de su atractivo por ser el de la aparición divina al fraile franciscano, sugiere la identificación entre Cristo y Margil de Jesús, pues la vida entera del fraile está dirigida a ayudar o emular a éste, así en la evangelización como en la vigilancia de su congregación.

La vida de fray Antonio era bastante conocida gracias a las obras del cronista franciscano fray Isidro Félix de Espinosa (1679-1755), quien escribió sus crónicas como

---

<sup>38</sup> *Idem*. Para todas las referencias al “Prospecto...” nos basamos en la edición facsimilar de M. I. Terán, *op. cit.*, pp. 453-462.

<sup>39</sup> *Ibidem*, p. 455 [Centón, p. 13, lín. 3]

<sup>40</sup> *Idem*. [Centón, p.13, lins., 13-14]

<sup>41</sup> *Ibidem*, p. 458 [Centón, p. 19, lín., 19 ]

<sup>42</sup> *Ibidem*, p. 460 [Centón, p. 23, lins., 25-30]

parte de una labor panegírica y memorística de su orden durante los siglos XVII y XVIII. La evangelización de los grupos étnicos nómadas del norte o de territorios de difícil acceso como la Lacandonia fueron desafíos que los franciscanos asumieron en un renovado aliento de su labor evangelizadora. De forma estratégica se fundaron los colegios de Propaganda Fide, para poder tener presencia en la zona y preparar las misiones. Fray Margil de Jesús tuvo un papel protagónico en este período de la evangelización franciscana.

La literatura hagiográfica constituyó uno de los géneros más gustados de la Nueva España por su carácter de edificación espiritual y a la vez porque despertaba “una catarsis devocional y estética en los lectores que hacían suyas las aventuras exteriores e interiores de estos personajes”.<sup>43</sup> Por otro lado, para la congregación franciscana, glorificar la vida de uno de los más importantes representantes de la labor evangelizadora del siglo barroco tenía un rol apologético, como explican Antonio Rubial y Patricia Escandón en el siguiente párrafo:

La segunda edad dorada de las misiones franciscanas de los colegios apostólicos (de la que el mismo Espinosa se consideraba partícipe), resultaba ser una prolongación de la primera. Una línea de continuidad hermanaba a la Iglesia novohispana del siglo XVIII con la del XVI, y la hacía heredera, espejo y seguidora fiel de la cristiandad de los tiempos primitivos. Con ella se consumaba una labor iniciada ciento cincuenta años atrás y se coronaba la conquista espiritual franciscana de México. [...] Pero fray Antonio Margil era algo más que un misionero típico de la era barroca. Con la conversión de los idólatras en las regiones de América Central y de Texas —las fronteras del reino— el siervo de Dios era el paladín que, en sus dilatados viajes, consolidaba el territorio novohispano, sembrando la armonía y el perdón en todos los grupos. Representaba al héroe cultural de una nueva era: su veneración a la Virgen de Guadalupe y su inminente beatificación aseguraban a Nueva España seguridad y paz; a mediados del siglo XVIII fray Antonio Margil era el símbolo de la nueva nación que se vislumbraba: una nación criolla segura de sí misma.<sup>44</sup>

Las líneas anteriores evidencian que la labor religiosa tuvo, durante toda la Colonia, la tarea de cohesionar a la sociedad al proporcionarle valores e identidad; que un personaje religioso como fray Antonio Margil de Jesús era considerado un “héroe cultural”, primero por semejarse a Cristo, y en segundo lugar, como sugieren los autores, por “representar una nueva era”.

De todo el contexto anterior podemos deducir que la *Margileida* debía resultar agradable a buena parte de la sociedad dieciochesca novohispana, por las bondades de la

---

<sup>43</sup> María Dolores Bravo Arriaga, “La hagiografía en el siglo XVIII”, en N. Vogetley y M. Ramos, coords., *op. cit.*, p. 311.

<sup>44</sup> A. Rubial y P. Escandón, *op. cit.*, p. 287.

narración hagiográfica: “enseñar, deleitar y conmover”.<sup>45</sup> ¿Es acaso posible que los juicios expresados en la *Gaceta de Literatura* de Alzate pudieran mermar la opinión general? La *Margileida* nunca se publicó por lo que se concluye que, en efecto, la polémica con Alzate sepultó la obra de Larrañaga, lo cual es bastante sorprendente.

### *El desarrollo de la polémica*

Quiero aclarar que al no haber tenido acceso a todos los textos que conforman la polémica, para este apartado me baso en la minuciosa descripción que María Isabel Terán realiza de cada uno.<sup>46</sup> En esta parte hacemos una descripción breve de los textos que conforman la polémica y dedicaremos un apartado posterior al análisis de los temas en conflicto.

El 25 de junio de 1789, Alzate, que en ese momento escribe su *Gazeta de Literatura*, publica un texto anónimo criticando el “Prospecto...”. El escrito titulado “Bando promulgado en el monte Parnaso con ocasión del Prospecto publicado por don Bruno Francisco Larrañaga...”<sup>47</sup> es una parodia que se apropia de la forma de un documento oficial para hacer mofa de la obra de Larrañaga.

El bando habría sido supuestamente expedido por el dios Apolo y en él pedía exenciones y privilegios en recompensa a D. Bruno Francisco Larrañaga por su obra. “Para el fingido Apolo los supuestos méritos de la obra residían en que su autor descubría en las obras de Virgilio cosas que incluso para el mismo mantuano estaban ocultas”.<sup>48</sup> Lo que hace alusión al hecho de que el poema latino estaba escrito con los versos de Virgilio tomados de distintas obras, y que por lo tanto no fueron utilizados con el sentido en que los usa Larrañaga. Otros “privilegios” que le otorgaría serían un asiento en el Parnaso, cerca de Virgilio. Sugiriendo que uno y otro estaban a la misma altura como escritores. Además de pedir a los impresores que publicaran obras semejantes. Y prohibía “bajo las más graves penas”<sup>49</sup> que se censurara la obra.

El texto tiene una finalidad humorística y crítica al mismo tiempo. Forma parte de la tradición satírica, y utiliza la ironía, pues todo lo dicho tiene un sentido inverso. Entre

---

<sup>45</sup> M. D. Bravo Arriaga, *op. cit.*, p. 310.

<sup>46</sup> M. I. Terán, “Segundo Movimiento: La disputa en torno a la *Margileida* (1788-1790)”, *op. cit.*, pp. 125-211.

<sup>47</sup> El título completo es “Bando promulgado en el monte Parnaso con ocasión del Prospecto publicado por don Bruno Francisco Larrañaga y hallado entre varios papeles venidos del otro mundo por el barco de Aqueronte”. En adelante “Bando...”

<sup>48</sup> M. I. Terán, *op. cit.*, p. 135.

<sup>49</sup> “Bando...” apud, M. I. Terán, *ibidem*, p. 136.



los aspectos que se critican están el uso del centón, lo inapropiado de referirse al dios cristiano con nombres y referencias del mundo clásico, por ejemplo llamarle “Rey supremo del Olympo”.<sup>50</sup>

Sin que hubiese una réplica inmediata, tres meses después, apareció en dos números de la *Gazeta de Literatura*<sup>51</sup> un nuevo texto en contra del “Prospecto...”. Éste firmado con el seudónimo José Velázquez. Nuevamente, haciendo uso de recursos temáticos y estilísticos propios de la estética del barroco, tales como la literatura onírica y la sátira, el autor critica el texto de Larrañaga. Nos referiremos a él como “Ergo...”<sup>52</sup>

En el texto, el narrador, José Velázquez, le escribe a un amigo, don Ignacio Zárate lo que le ocurrió después de haber leído el “Prospecto...”. Lo que sucede es que el personaje tiene un sueño en el que se le aparece Virgilio para pedirle que, en su defensa, censure la obra de Larrañaga y otras que sean similares. Los argumentos de Virgilio corresponden a las críticas que el verdadero autor, José Mariano Mociño, hace al texto de Larrañaga. Por otra parte, el personaje-narrador replica en favor del autor del “Prospecto...”, las bondades de éste y su obra. Al final, Virgilio queda tan enojado, que como despedida, le grita un centón y le arroja a la cara un papel que lleva por título “Notas de Aristarco”. Algunas críticas tienen que ver con la tradición cultural del barroco, en general, tales como la construcción de centones, la enseñanza deficiente del latín, la “falsa erudición” y las malas traducciones. Las críticas específicas al texto se relacionan con la descontextualización de los versos virgilianos, lo inadecuado de considerar una epopeya al texto de la *Margileida* y la impropiedad de hablar de cosas sagradas con referencias paganas, además de los errores en el texto en latín.

En respuesta a este texto, Bruno Larrañaga escribe una “Apología por la *Margileida* y su Prospecto...”<sup>53</sup> Por su parte, Alzate la reprodujo en su *Gazeta de Literatura*.<sup>54</sup> A diferencia de los recursos utilizados en los textos anteriores (la parodia, la sátira, la literatura onírica, las máscaras). La “Apología...” utiliza el género epistolar y deja de lado la ficción para centrarse en la defensa. En ésta, Larrañaga responde

---

<sup>50</sup> “Prospecto...”, en M. I. Terán, *op. cit.*, p. 456, [Centón p. 15, lín. 20]

<sup>51</sup> 7 y 22 de septiembre de 1789.

<sup>52</sup> El título completo es “*Ergo hoc exemplo suo utriusque docuerunt, ex omnibus Virgilianis pessimos versus posse componi*. Muret. vol. II, oración XV”. [Así pues, con este ejemplo suyo, ambos enseñaron que podían ser compuestos los peores versos de todos los virgilianos] En adelante “Ergo...” Traducción de M. I. Terán, *op. cit.*, p. 139-140-.

<sup>53</sup> El nombre completo es “Apología por la *Margileida* y su Prospecto y satisfacción a las notas de la *Gazeta de Literatura* núm. 1 de la segunda suscripción”. En adelante “Apología...” publicada en las *Gazetas de México* el 22 de diciembre de 1789.

<sup>54</sup> En tres números: 23 de diciembre de 1789, 10 de enero de 1790 y 21 de enero de 1790.

principalmente a tres de los aspectos criticados en el “Ergo...”: a las críticas sobre la composición de centones, a la utilización del término epopeya para nombrar la *Margileida* y cuestiones del uso del latín.<sup>55</sup>

En su defensa recurrirá a las autoridades: “pues según expone, nunca escribe algo que no haya sido dicho antes del mismo modo, ya por autores famosos (Terencio, Plauto, Tibulo, Lucrecio, Horacio, Ovidio, Cicerón, Aulio Gelio, etc., aunque principalmente Virgilio) o autorizado por los gramáticos y diccionarios (Calepino, «el de Salas», el vocabulario de Nebrija) o por «el uso»”.<sup>56</sup> Además de argumentar a su favor, incide en la crítica a su censor, al cual acusa de actuar de mala fe y buscar el lucimiento personal.<sup>57</sup> Extiende el ataque a Alzate, pues lo califica de “cómplice”, al permitir que se publiquen tales papeles en la *Gazeta* y de paso critica la publicación “que «se dice de literatura» cuando en cambio se hacinan en ella «volcanes, añil, yerbas, metales, dicterios, golondrinas, etc.» y donde se considera «necesario poner la vara censoria sobre todo»”.<sup>58</sup>

Al haber sido señalada su publicación y él mismo, Alzate se ve obligado a responder a Bruno Larrañaga, por supuesto a través de la *Gazeta*.<sup>59</sup> A la crítica sobre tratar muy diversos temas, responde que “debe hablar de todo para no faltar a su fin principal”.<sup>60</sup> Es decir, la “utilidad y el bien público”.<sup>61</sup> Mientras que en su defensa de la crítica que ha aparecido en su publicación, argumenta que ésta es lícita siempre que sea por “amor a la verdad”.<sup>62</sup> Aprovecha para completar su idea de la crítica, la cual debe dirigirse a la obra y no al autor, y puede adaptarse —en estilo y tono— a la obra que se critica. Es decir que aquellas que se consideraran malas, se les podía tratar con menos respeto que aquellas a las que se consideraba buenas.

El texto está firmado por José Muciño de Alzate, pues siguiéndole el juego a Larrañaga, quien sugería en su “Apología...” que conocía la identidad del autor del “Ergo...” dejaba para el público un anagrama IS UNICE MODO, para que lo descubrieran.

---

<sup>55</sup> M. I. Terán, *op. cit.*, p. 159.

<sup>56</sup> *Ibidem*, p. 164.

<sup>57</sup> *Ibidem*, p. 167.

<sup>58</sup> *Ibidem*, p. 170.

<sup>59</sup> No contamos con la fecha.

<sup>60</sup> Alzate, *apud* M. I. Terán, *op. cit.*, p. 176.

<sup>61</sup> M. I. Terán, *op. cit.*, p. 176.

<sup>62</sup> Alzate, *apud* M. I. Terán, *op. cit.*, p. 178.

Con un segundo texto<sup>63</sup> de José Velázquez, el Caballero de la Blanca Luna —seudónimo de José Mariano Mociño—, se da fin a la polémica. Se trata de un texto epistolar<sup>64</sup> dirigido a Larrañaga, donde a manera de introducción, le expresa que sólo tenía la intención de responder que se daba por vencido por la erudición de su apología, sin embargo, algunos amigos suyos lo instaron a que algo respondiera. Como se encontraba muy cansado del paseo que tuvo con éstos, se quedó dormido y en su sueño nuevamente se le apareció Virgilio. Su conversación con éste es el cuerpo del texto. Al despertar, los mismos amigos le esperan en su estudio para discutir los errores en la construcción y la traducción del latín. Finalmente se despide del apologista haciéndole saber que “La persona de V. es para mí muy recomendable: estoy plenamente instruido de la probidad de sus costumbres, de su singular aplicación a las letras, y de su infatigable trabajo en varios ramos de literatura. La empresa de formar un poema épico en forma de centón no puede desacreditar à V. en todo lo demás”.<sup>65</sup> Es decir, que le reitera que no es contra su persona la crítica, sino contra su obra.

Como en su anterior texto, el diálogo con el poeta latino le sirve para realizar una crítica enmascarada, pues las opiniones vertidas por el personaje onírico corresponden a las más duras opiniones del crítico. Los temas sobre los que vuelve son la crítica a los centones y las reglas del género épico. El crítico enmascarado en Virgilio sugiere que sea don Tomás de Iriarte el árbitro de la disputa, lo cual es interesante ya que comúnmente en las polémicas es al público a quien se le concede el lugar de juez y no a un individuo en particular. En este caso, el crítico reconoce a Iriarte como el hombre más versado en el tema.

#### *Los puntos en conflicto*

De paso se han señalado los temas motivo de disputa entre los involucrados. En este apartado los explicitamos a fin de hacerlos más visibles.

---

<sup>63</sup> *Gazeta de Literatura*, 23 de diciembre de 1789 y 10 de enero de 1790.

<sup>64</sup> “Respuesta de D. José Velázquez à la Apología de D. Bruno Francisco Larrañaga sobre la *Margileida* y su prospecto”. En adelante “Respuesta...” Este texto pudimos conocerlo por medio del CD que la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla realizó en 1999, donde se incluyen artículos de la reimpresión de 1831 de las *Gacetas de Literatura* de José Antonio de Alzate. Las citas corresponden al archivo en formato Word, nombrado ALZATE1A, que fue la única forma de leerlo, pues por sus características el CD ya no puede ser visualizado en los equipos de cómputo actuales.

<sup>65</sup> *Ibidem*, p. 16.

### 1. *La idea de la crítica.*

Podemos observar una primera divergencia en el hecho de que para Alzate y Mociño la crítica de carácter institucional, es decir el procedimiento a través del cual un escrito podía salir a la luz pública —el cual requería de licencias, parecer y aprobación— no era suficiente, pues desde su punto de vista, hacía falta el juicio estético para determinar si merecía ser publicado. La censura de las instituciones novohispanas estaba relacionada con el aspecto moral y social de los textos. Es por esto que Ignacio Bartolache había dado la Aprobación del texto de la *Margileida* por considerarla una obra útil, inocente y “fruto de la aplicación a los estudios y de la cristiana piedad del autor”.<sup>66</sup> En tanto que el padre Ramón Fernández Rincón en el Parecer resalta el tema de “una materia tan grata y tan edificante”.<sup>67</sup> La crítica que proponían Alzate y Mociño era una de carácter civil “[...] dedicada a analizar las características formales y estéticas de las piezas y a defender ‘el buen gusto’ de las mismas”.<sup>68</sup> Hay que destacar que los colaboradores de la *Gazeta de Literatura* se tomaron muy en serio el papel de censores, en vista de que, como hemos señalado, la censura institucional no era suficiente, dando como resultado el que se publicaran obras que eran antimodelos del ideal de literatura proclamado por la preceptiva neoclásica. El que no se difundieran era muy importante, en su opinión, porque los extranjeros podían pensar que el mal gusto reinaba en la América Septentrional, pero también porque de forma implícita— el que se publicaran las autorizaba.

Podemos observar una segunda divergencia entre uno y otro bando, la cual consiste en separar obra y autor. Mientras que Larrañaga considera que se está atacando a la persona al mismo tiempo que a su obra, Alzate y Mociño defienden lo contrario, que la crítica se dirige a la obra.

También en el cómo se ha de hacer la crítica los dos grupos expresaron ideas contrarias. Explícita e implícitamente para Alzate y Mociño son válidos los recursos burlescos y la ironía en la crítica, así como utilizar máscaras, todo en aras del amor a la verdad. En tanto que Larrañaga considera que “ésta debe ser ‘justa’, ‘recta’, ‘caritativa’ y atendiendo a la ‘dignidad’ tanto del tema como de autor y su intención creativa”.<sup>69</sup>

---

<sup>66</sup> Ignacio Bartolache “Aprobación” en el “Prospecto...” apud M. I. Terán, *op. cit.*, p. 126.

<sup>67</sup> Ramón Fernández Rincón, “Parecer” en el “Prospecto...” apud M. I. Terán, *op. cit.*, p. 127.

<sup>68</sup> M. I. Terán, *op. cit.*, p. 58.

<sup>69</sup> *Ibidem*, p. 173.

Finalmente, la crítica para los colaboradores de la *Gazeta* debe basarse en una preceptiva, que de acuerdo con las fuentes citadas —Boileau, Luzán, Horacio, Le Bossu, entre otros— es la neoclásica. En tanto que para Larrañaga la crítica debe considerar también el tema y la utilidad de la obra, así como la intención del autor.

## 2. *La idea de utilidad*

Si alguna intención había tenido Alzate con sus publicaciones periódicas, ésta era la de ser útil a la sociedad.<sup>70</sup> Su concepto de utilidad tenía como base la idea racional- ilustrada de bienestar. Es decir, que las mejorías personal y social provenían del uso que del conocimiento se hiciera. Muy lejos de la visión católica donde el bienestar es, en principio, un estado del espíritu. Para Alzate una obra literaria es útil cuando se puede observar en ésta un modelo: cuando sigue la prescriptiva con la que él estaba de acuerdo, la neoclásica. En contraste, Larrañaga considera que su obra es de utilidad porque su tema sirve a la edificación espiritual.

## 3. *La idea de originalidad*

La discusión sobre la creación de centones muestra que para el bando que pugnaba por la modernidad, la originalidad se había convertido en un valor literario, mientras que del otro lado, Larrañaga y los que opinaban como él:

[...] no sólo no les preocupa, son incapaces de entender el sentido y valor que le otorgan sus contrincantes, pues están acostumbrados, en lo que respecta al contenido, a que lo correcto no es seguir la propia opinión sino la de las “autoridades”, y en lo referente a la forma, a apegarse a una larga tradición textual de la que forman orgullosamente parte a través de la imitación.<sup>71</sup>

## 4. *La idea de la literatura*

Podemos observar que a lo largo de la polémica los protagonistas se ven en la necesidad de explicar la idea que sobre la literatura tienen. Para Larrañaga, buscar sus modelos en la tradición, es decir, en un conjunto de referencias culturales que en su contexto eran normativas (la poética y retórica del barroco), le resulta natural, no obstante, se ve en la necesidad de argumentar con el uso de autoridades los señalamientos que sus críticos le hacen (sobre todo los que don José Velázquez le hace). Al observar sus réplicas,

---

<sup>70</sup> Dice Roberto Moreno de los Arcos: “¿A qué fin, pues, quiso Alzate desvelarse en los estudios, ponerse en peligro en observaciones y experimentos, padecer grandes fatigas en excursiones interminables, pelear sin cansancio y agotar hasta el último tomín su no escaso patrimonio? A servir sin desmayo al bien público, a la utilidad común, a la nación, a la patria, según él mismo reiteró hasta la náusea en sus escritos y mostró con abundancia en sus trabajos. Diré, en suma y aunque les revele el final, que la clave de la vida de Alzate está en su amorosa entrega a su sociedad en su tiempo”. (*Op. cit.*, p. 5) Y en María Isabel Terán puede leerse: “La Gaceta —dice— [Alzate] ‘debe hablar de todo para no faltar a su fin principal’, esto es: la utilidad y el bien público, según había expuesto en su prólogo de la obra periódica”. (*Op. cit.*, p. 176)

<sup>71</sup> *Ibidem*, p. 207.

podemos notar que, en efecto, había conceptos que le eran del todo ajenos. Por ejemplo, en la discusión sobre el género épico, queda claro que no comprendía la abstracción de unidad de acción a la que tanto se refería su antagonista. En cambio, ponderaba aspectos a los que sus oponentes se negaban rotundamente, como considerar para su crítica la intención del autor y el tema.

Para el grupo de la *Gazeta*, la idea de la literatura se restringe a la observación de un conjunto de valores: la sobriedad, el orden, la verosimilitud, el respeto de las tres unidades dramáticas aristotélicas, la separación de los géneros, la originalidad, entre otros. Es decir, que se convierten en promotores de una nueva estética (neoclásica). La cual no llamaban por este nombre, sino la poética del buen gusto o de los buenos escritores.

### *Conclusiones*

La polémica por la *Margileida* demuestra que en las últimas décadas del siglo XVIII convivían dos paradigmas literarios entre la élite culta de la Nueva España. Quiero decir que uno no desplazó al otro de forma contundente. En otra parte expresamos la duda sobre si sería posible que los comentarios desfavorables de la *Gazeta de Literatura* pudieran provocar un cambio en la opinión pública. Supongo que no todos estaban convencidos de lo que los críticos habían expresado durante la polémica. Seguramente, muchos hubieran querido deleitarse con las vivencias de Margil de Jesús, tanto si las leían como si sólo las escuchaban. No obstante, el modelo prescriptivo que se presentaba como moderno iba ganando posiciones en los medios intelectuales, en oposición a lo que pudiera ser del gusto popular.

La crítica neoclásica que en Europa llevaba un siglo de existencia —si consideramos como referencia la generación de 1660 en Francia— de este lado del Atlántico había empezado a difundirse a penas a mediados del siglo XVIII, y podemos observar a través de la polémica, que había igual rechazo que aceptación hacia ella. Esta polémica muestra también, que antes de iniciado el siglo XIX, antes que el icónico *Diario de México*, las publicaciones periódicas jugaron un papel importante en el debate literario. Fueron pocos los colaboradores de la *Gaceta de Literatura*, y fueron representantes de un pensamiento muy peculiar, donde se percibe el predominio racional respecto a los métodos pero es bastante respetuoso del régimen y las instituciones.

Podemos observar que los géneros y usos retóricos barrocos se utilizan, sobre todo, para conducir al humor. Y si bien, los críticos los utilizaron a manera de parodia, este uso es prueba de que tales modelos estaban frescos en la memoria colectiva.

Finalmente reitero las conclusiones de María Isabel Terán en la obra que aquí hemos citado constantemente, a través de esta polémica podemos observar los orígenes de la crítica literaria y la transición entre dos paradigmas.

## II. 2 La polémica entre Juan María Lacunza y José Joaquín Fernández de Lizardi (1811-1812)

Si bien en lo cultural el final del siglo XVIII y el principio del siglo XIX forman “un periodo homogéneo”,<sup>72</sup> los acontecimientos políticos señalan diferencias importantes. Mientras que la polémica por la *Margileida* se da en un contexto de relativa estabilidad del orden virreinal, la disputa entre Juan María Lacunza y José Joaquín Fernández de Lizardi sucede en un ambiente de inestabilidad política.<sup>73</sup> Cabe aclarar que estos hechos no se observan de forma directa en la polémica, pero es de esperarse que influyeron en las vidas y en el pensamiento de estos personajes.<sup>74</sup>

Otro aspecto que caracteriza esta polémica es que se desarrolló, casi en su totalidad, a través del *Diario de México*. Hemos descrito antes por qué este periódico fue muy relevante para la vida de los últimos años del régimen colonial, pero repetiremos aquí que al ser un medio público e independiente, así como tener periodicidad diaria, facilitó la participación de un número mayor de lectores, así como el flujo de la información.

La polémica trata, en resumen, de la censura por parte de Lacunza y otros miembros de la Arcadia de México a algunas composiciones poéticas de estilo satírico de Fernández de Lizardi a las cuales calificaron como mala literatura, no sólo por el tema, sino por el lenguaje y la composición formal. Entre quienes han comentado esta polémica se encuentran Luis Mario Schneider, María Rosa Palazón, Jacobo Chencinsky y María Isabel Terán.<sup>75</sup> En los tres primeros observamos una notable inclinación hacia la figura de Fernández de Lizardi. En el caso de Schneider se aprecia una comprensión muy clara del *ethos* lizardiano pero, en cuanto a Lacunza y los árcades, reproduce a la letra los juicios negativos de los que hablamos en la introducción a este capítulo.

---

<sup>72</sup> E. Martínez Luna, *op. cit.*, p. 9.

<sup>73</sup> Baste recordar que en 1808, tras la invasión napoleónica a la península española, comienza un debate en la Nueva España para clarificar cuál sería la situación política y jurídica del territorio ante la ausencia del monarca español. (L. Villoro, “La revolución de Independencia”, en Centro de Estudios Históricos, *Breve Historia de México.*, p. 491-524).

<sup>74</sup> Lizardi, por ejemplo, a principios del año en que comienza la polémica había sufrido el embargo de sus bienes y el encarcelamiento por haber entregado armas y municiones a las tropas insurgentes. (María Esther Guzmán Gutiérrez, “Cronología” en José Joaquín Fernández de Lizardi, *El laberinto de la utopía*, p. 371).

<sup>75</sup> L. M. Schneider, *op.cit.*, pp. 43-70; M. R. Palazón Mayoral, “Introducción sobre un grajo”, en J. J. F. L., *Amigos, enemigos y comentaristas*, pp. XV- LXVI.; Jacobo Chencinsky, “Estudio preliminar”, J. J. F. L., *Obras I-Poesías y fábulas*, pp. 32-39; M. I. Terán Elizondo, “Nuevos contrincantes, los mismos dilemas”, en *op. cit.*, pp. 330-355.



### *Los polemistas*

Irónicamente, al vilipendiado en esta polémica, José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827),<sup>76</sup> la historia literaria le ha concedido un lugar de honor como el iniciador de la novela en México. En tanto que al impugnador, Juan María Lacunza<sup>77</sup> (¿-1820),<sup>78</sup> si acaso, le ha otorgado la mención de miembro de la Arcadia. La historia literaria está llena de ironías como esta, las cuales demuestran, como hemos anotado al inicio de este trabajo, que las polémicas quedan abiertas al futuro, donde otros lectores dirán quién fue el ganador. En este caso, como en la polémica anterior, el veredicto lo dictaminaron los críticos del siglo XIX. Por todo lo anterior, la vida y obra de Lizardi ha sido ampliamente documentada frente a la casi nula información de Lacunza. Tuvieron en común el ser letrados criollos, y nada más. Su condición económica fue distinta, y tal vez por esto su pensamiento político, estético y social también lo fue.

### *Desarrollo de la polémica*<sup>79</sup>

Lizardi publica durante el mes de octubre de 1811 *La verdad pelada*<sup>80</sup> en la imprenta de doña María Fernández de Jáuregui. Un poema satírico escrito en forma de letrilla con versos octosílabos, encadenados por un estribillo que rima con el último verso de la estrofa. Éste parece ser dicho por una *vox populi*, al mismo tiempo que genera un efecto de musicalidad. Echa mano de refranes, voces populares y dobles sentidos.

El poema tiene la finalidad de censurar el comportamiento social. Muestra que las costumbres están de cabeza, pues los hábitos reprobables se alaban, “es la moda” —repite el estribillo al final de la estrofa—, mientras que las buenas acciones se

---

<sup>76</sup> Mis fuentes para los datos biográficos de Lizardi son M. R. Palazón, “Estudio preliminar” en José Joaquín Fernández de Lizardi, *El laberinto de la utopía*, pp. 14-49; M. E. Guzmán Gutiérrez, “Cronología” en *op. cit.*, pp. 352-393.

<sup>77</sup> Las iniciales J. M. L. con las que firmó algunos de los textos aparecidos en el *Diario de México* en ocasiones han sido restituidas como José María Lacunza, provocando la confusión entre el padre y el hijo. Juan María Lacunza es padre de los escritores José María y Juan Nepomuceno Lacunza, miembros fundadores de la Academia de Letrán. He encontrado este error en L. M. Schneider, *op. cit.*, pp. 43-70. No quiero decir que Schneider confundiera al padre y al hijo, sino que la restitución como homónimos crea la confusión en el lector. También en N. Vogeley “La poesía”, en N. Vogeley y M. Ramos, coords, *op. cit.*, p. 198.

<sup>78</sup> Mis fuentes para los datos biográficos de Lacunza son Esther Martínez Luna, “Una amistad arcádica: Juan Manuel Martínez de Navarrete y Juan María Lacunza”, en *Revista de la Universidad de México*, pp. 58-61, y *El debate en el Diario de México*, *passim*.

<sup>79</sup> Gracias a la edición de las obras completas de Fernández de Lizardi, coordinada por María Rosa Palazón, actualmente es posible seguir de forma integral esta polémica. En el último tomo de este proyecto, el cual no se trata ya de la obra de Lizardi, sino de sus “Amigos, enemigos y comentaristas”, es decir de la recepción de su obra, se compilan los textos de los otros autores que completan el debate.

<sup>80</sup> J. J. Fernández de Lizardi, *Obras: I. Poesías y fábulas*, p. 123-128.

censuran, “son vejeces” —alterna el otro estribillo. El comportamiento deseable es una mezcla de valores cristianos, acatamiento de los roles de género y una actuación cívica correcta. Todo esto configura el código moral para la voz poética lizardiana. Los males sociales que se señalan son la preocupación por la apariencia, la ausencia del hogar, la deshonestidad y la injusticia en el trato social, la mala crianza, el despilfarro, la impudicia, la ociosidad, la deshonestidad, la infidelidad, la falsa erudición. Además de señalar en varias ocasiones la frivolidad de las costumbres de la clase acomodada. De paso, esboza a la buena mujer frente a la mala mujer, y a los falsos eruditos que no conocen el significado de la palabra cristiano. La voz lírica se adelanta a la crítica, dice en una estrofa: “que el que la hizo no es instruido,/ porque está muy mal hablada,/ no debe hacer novedad,/ *es verdad*.”<sup>81</sup> Para terminar, se pregunta la voz poética por la utilidad que puede tener el escrito. Concluye que alguno se habrá corregido escuchando un sermón. Es decir, que iguala su provecho al sermón religioso (el momento moralizador por excelencia). Y cierra con el recordatorio de que es nada más que la verdad lo que ofrece el escrito.

#### *El inicio de la polémica*

La crítica al poema de Lizardi, publicada en el *Diario de México*, dará inicio a la polémica la cual se desarrolla entre octubre de 1811 y febrero de 1812 a través de este medio principalmente.

En la misma línea de pensamiento que Alzate y Mociño, los intelectuales ilustrados del *Diario de México* se habían propuesto la tarea de ejercer la crítica para elevar la calidad literaria de los papeles que se publicaban en la Nueva España. En esta tónica, Juan María Lacunza justifica su crítica:

[...] porque me es muy bochornoso que en América, mi patria, donde empezaba ya a brillar el buen gusto en todo género de literatura, corran impunemente algunas producciones que la desacreditan, lo mismo que a sus dueños, y que servirán de motivo de crítica a los extranjeros partidarios Sin querer hacerse cargo de las bellas producciones, que sin número se publican cada día entre nosotros, cuya bondad y mérito no deben caer, por algunas malas que se encuentren, abortadas por poetas bastardos, no cediendo en lo general los ingenios de nuestra tierra a los de otras regiones, cualesquiera que éstas sean y a cualquiera luz que se comparen aquéllos.<sup>82</sup>

Observamos que la principal preocupación del escritor es que la producción literaria sea el medio por el cual los americanos sean reivindicados, y de allí su

---

<sup>81</sup> J. J. Fernández de Lizardi, *op. cit.*, p. 127.

<sup>82</sup> Juan María Lacunza, “Palo de ciego” [*Diario de México*, 31 de octubre de 1811] en María Rosa Palazón et. al., rec., ed., y notas, *Amigos enemigos y comentaristas, T. I (1810-1820)*, pp. 3-6. En adelante *Amigos...*

inquietud por ser juzgados de manera positiva desde el extranjero. Por otro lado, podemos apreciar que muy lejos del ideal de crítica cívica se echa mano del escarnio y el menosprecio al autor y la obra.

No me detendré en hacer análisis de esta obrita, recientemente publicada, por sus defectos tan crasos, que aun los más ignorantes apenas la leen, le dan luego el destino de la estampa (vuestra merced me entiende), se burlan de su autor, y no pueden sufrir su arrogante vanidad en imprimirlo fuera de los papeles públicos que tenemos en México.<sup>83</sup>

Para Lacunza el publicar un papel, o bien es un acto de vanidad, pues se considera muy bueno para darlo a conocer por ese medio, o bien es por necesidad económica, lo cual también es reprobable. La forma adecuada es darlo al *Diario* después de haberlo pulido, pues reconoce que “hay en su obrita uno que otro pensamiento feliz, que bien meditado y puesto en mejor metro, hubiera desde luego gustado al público”.<sup>84</sup>

Podemos observar cuán distinta fue la idea que sobre la escritura tuvieron nuestros polemistas. Mientras que para Lacunza la literatura es parte del tiempo libre de los hombres cultos, para Lizardi fue un modo de vida. Para el árcade, lo que se publica “fuera de los papeles públicos” merece desconfianza. Probablemente muchos de los prejuicios que tuvo el crítico y otros de sus compañeros zagales nacen de este hecho.

Una particularidad de esta polémica, es que al mismo tiempo que transcurre la disputa a través de la epístola o la invectiva, los polemistas escriben otras composiciones poéticas<sup>85</sup> tales como décimas y fábulas. Esto le da un carácter más dinámico, al igual que la prontitud de las respuestas y la intervención de otras voces.

#### *Anastasio de Ochoa se cura en salud*

Como hemos dicho al principio de este trabajo, una característica de las polémicas es su curso inusitado. Además, hemos hablado también de que el contexto en el que se desarrolló facilitó la intervención de otros individuos, que tenían la posibilidad de publicar sus opiniones en el *Diario*.

La intervención de este escritor, también árcade, le otorga autoridad a Lacunza y refrenda las opiniones negativas respecto a la remuneración económica en el ejercicio

---

<sup>83</sup> *Ibidem*, p. 5.

<sup>84</sup> *Ibidem*, p. 6.

<sup>85</sup> Lizardi publicó, antes de responder formalmente a su crítico, el poema *No lo digo por usted lo digo por el señor*, que llevaba el siguiente epigrama, alusión clara al texto de Lacunza: “Que lluevan palos de ciego/ y de zurdos, no te espantes./ ¿Sabes por qué es, Fabio? Porque/ les amargan las verdades”. En *Obras I-Poesías y fábulas*, p. 102.

de la escritura y la existencia de los malos escritores que contribuyen “al descrédito de la literatura de nuestra amada patria”.<sup>86</sup>

Lo que pretende Anastasio de Ochoa es curarse en salud, pues teme que entre los papeles a los que se ha referido el crítico se encuentren unos de su autoría, por eso espera que el crítico le haga saber si es así, y en caso de no conocerlos, los lea y le “diga el juicio que formarse de ellas, notando con individualidad sus defectos, para confesarlos o disculparlos y corregirlos en lo sucesivo [...]”.<sup>87</sup>

Lacunza no deja pasar la oportunidad de lucirse con una respuesta<sup>88</sup> a D. A. O, sabedor de que el comentario lo ha dotado de autoridad. Le agradece que comparta sus pensamientos y que autorice su crítica. Insiste en que fue “el honor de ésta [nuestra común patria amada] [...] lo que únicamente movió mi pluma, para censurar en común todas las indecentes e insulsas producciones”, y en el deber que lo autoriza a hacerlo. Después aclara que a pesar de la generalización que ha hecho, seguramente habrá algunas obras buenas, incluso algunas de don J. F. L. pero que todas las que le conoce son malas. Además, recalca, que hace esta crítica “para empeñarlo no a que deje de ser autor, si éste es su flujo, o de lucrar con sus papeles, si esto lo obliga a imprimirlos, sino a que los lime antes de darlos al público”.<sup>89</sup> Es decir, que aprovechando la respuesta a Ochoa, le vuelve a machacar los defectos a Lizardi. Todavía más, le envía un mensaje disimulado, pues prevé un contrataque de su parte, en razón de lo cual le facilita los nombres con los que ha firmado sus escritos en el *Diario* (El Inglés, El Inglés Canazul y Batilo). Para finalizar, tranquiliza a su interlocutor “con asegurarle que sus *frioleras* no son comprendidas en la generalidad de la censura”, además de hacerlo conocedor de su afección y respeto como miembro de la Arcadia: “bajo las iniciales A. O. descubro a mi antiguo dulce amigo *Anastasio de Achoso* y a mi árcade compañero *Damon*: en cuyo supuesto recibe, amable zagal, los cariñosos abrazos de tu *Batilo*, o J. M. L.”<sup>90</sup>

---

<sup>86</sup> A. O. [Anastasio de Ochoa y Acuña], [*Palabritas al autor de la carta del número 2220*] [*Diario de México*, 11 de noviembre de 1811], en *Amigos...*, p. 8. Este autor fue también miembro de la Arcadia de México donde utilizó el seudónimo Damon.

<sup>87</sup> *Ibidem*, pp. 7-8.

<sup>88</sup> J. M. Lacunza, [*Respuesta a D. A. O.*] [*Diario de México*, 1º de diciembre de 1811], en *Amigos...*, pp. 10-13.

<sup>89</sup> *Ibidem*, p. 11.

<sup>90</sup> *Ibidem*, p. 13.

*Lizardi responde... “en todos lados se cuecen habas”.*

En respuesta a los textos de Lacunza, Lizardi escribe una réplica<sup>91</sup> breve donde, previa manifestación del estilo moderado que seguirá —a pesar de que no le faltarían recursos viles—,<sup>92</sup> contra argumenta el que sus defectos sean “tan crasos, que aun los más ignorantes los conocen”, así como el que sus “versos quiten, por malditos, el crédito a las bellas poesías de los singulares ingenios de América”.

Para demostrarle al zagal el error de su primera acusación compara sus versos con unos de Quevedo y otros de Juan Pérez de Montalván en los que “se ve de a legua el despilfarro e impropiedades de que abundan”, entonces los suyos en definitiva no son los peores. Y a la segunda responde con un refrán “en todas partes se cuecen habas” para explicarle que “en todo el mundo ha habido, hay y habrá siempre talentos sublimes, medios e ínfimos; y muy necio sería el extranjero, que por el papel *La verdad pelada*, u otro de los míos, calificara de iguales todas las producciones de los americanos, especialmente las inimitables del milord Canazul”.<sup>93</sup>

Para finalizar, Lizardi se presenta exagerando en la modestia pero también insinuando una dignidad que no se deja pisotear: “En conclusión: yo no soy árcaide, ni inglés, ni Batilo, ni Bato, sino un pobre criollo, ignorante de la cruz a la cola; pero no tanto que no pueda responder a vuestra merced siempre que me incite con sus críticas.”<sup>94</sup>

#### *Los colados en la polémica*

Además del ya mencionado Anastasio Ochoa, otros lectores se colaron a la discusión, es el caso de Mostaza,<sup>95</sup> también árcaide, de M. G. lector del *Diario*, y Carlos María de Bustamante, el director y fundador del mismo.

El primero publica un texto<sup>96</sup> dirigido al “señor Clérigo Curioso”, para reclamarle el plagio de unos versos suyos. No obstante, aprovecha para meterse a la polémica entre Lizardi y Lacunza: “no quiera vuestra merced [el supuesto plagiario] que lo cuenten entre la fertilísima cosecha que hay en el día de autorcillos ramplones y

---

<sup>91</sup> “Respuesta a los números 2220 y 2251 del Diario” [6 de diciembre, *Diario de México*] en *Obras XIV-Miscelánea...* pp. 147-152.

<sup>92</sup> Lizardi citó unos versos de la fábula de Samaniego *El águila y el escarabajo*.

<sup>93</sup> J. J. F. L., “Respuesta a los números 2220 y 2251 del Diario”, en *Obras XIV-Miscelánea*, pp. 150-151.

<sup>94</sup> J. J. Fernández de Lizardi, “Respuesta a los números 2220 y 2251 del *Diario*”, en *Obras XIV-Miscelánea*, p. 152.

<sup>95</sup> Seudónimo de José Mariano Rodríguez de Castillo.

<sup>96</sup> *En Amigos, enemigos y comentaristas*, pp. 15-16.

miserables, como el de *La verdad pelada*, etcétera, que dejó en el tintero, de donde no debían de haber salido”.<sup>97</sup>

A este comentario responde Lizardi unos días después. Le reclama al autor que no dice nada en realidad sobre los “defectos” de *La verdad pelada*. Le parece “un modo de criticar muy bastardo, y que no sólo arguye poca literatura, sino poca urbanidad, y mucha soberbia”.<sup>98</sup>

Al comentario de Mostaza se une otro firmado con las iniciales M. G. (Fulano de Tal), muy al estilo que el primero publicado por Lacunza. Sus reclamos son los mismos reformulados con mayor desprecio.

Vuestra merced bien sabe que los impresos han sido en todos los tiempos los datos menos equívocos para calcular el grado de ilustración de una nación. ¿Y cuál será el juicio que formarán de la nuestra, cuando lean esa sarta de refranes y dicharachos de bodegón, glosados fríamente por unos despreciabilísimos autorcillos [...] Cuando en los papeles de la culta Europa encontramos a cada página ideas felices, expresiones hermosas y retazos enérgicos [...] ¿México no ha de publicar otra cosa, que asuntos ridículos como *El gato y la monja...*, el *Ya verá vuestra merced...*, el *Para mañana es tarde*, con otros dichos bajísimos que deshonrarían los labios de una fregona?<sup>99</sup>

No asombra el que árcades y otros lectores del *Diario* pudieran tener opiniones similares, lo que es una absoluta sorpresa es que su fundador y editor resultara el apologista de Lizardi.

E. L. B escribe un texto<sup>100</sup> con la finalidad de equilibrar la discusión, después de la racha de críticas a *La verdad pelada*. La defensa destaca varias cualidades de la literatura del escritor. En su recuento, Bustamante cita mezcladas —se entiende que por error— composiciones de Fernández de Lizardi y de Anastasio de Ochoa.<sup>101</sup> Dice que él también se había hecho un prejuicio de estos textos “cuyos títulos nos atruenan los oídos los muchachos vendedores”, pero que se tomó la molestia de leerlos, teniendo por resultado las siguientes apreciaciones:

¡cáspita!, que encontré en no pocos: invención, una crítica oportuna y moderada, fluidez en la poesía, juicio sólido, lenguaje sencillo y perceptible, naturalidad, giros poéticos, rasgos históricos, una copia de instrucción nada vulgar; y encantado de estas prendas, y de su empeño en corregir los vicios públicos, no pude menos de decir: he aquí el Juvenal de nuestros días; he aquí un hombre que reúne lo útil con lo dulce, que ridiculizando reprende y enseña, y

---

<sup>97</sup> *Ibidem*, p. 15.

<sup>98</sup> J. J. Fernández de Lizardi, “Respuesta al número 2262”, [*Diario de México*, 17 de diciembre de 1811], en *Obras XIV-Miscelánea...*, pp. 153-154.

<sup>99</sup> M. G. (Fulano de Tal), “Censura”, [*Diario de México*, 9 de diciembre, 1811], en *Amigos...*, nota 4 de “Aplaudo el mérito y la virtud donde la encuentro”, p. 17.

<sup>100</sup> E. L. B. [El Licenciado Bustamante] [Carlos de Bustamante], “Aplaudo el mérito y la virtud donde la encuentro”, *Amigos, enemigos y comentaristas*, pp. 17-25.

<sup>101</sup> Los que pertenecen a Lizardi son *El sacristán y el muerto*, *Bueno es hacerse el tupé pero no pelarse tanto* y *El testimonio del gato*.

presentando sus producciones al público, bajo el título de un refrán vulgar, o de un dicharacho de bodegón, atrae y engolosina al pueblo bajo, o empeña en su lectura, lo familiariza con las ideas de lo justo y decente, y acaso saca más provecho con sus lecciones que algunos predicadores en el púlpito. Este hombre tiene ciencia de mundo, conoce el corazón humano, le habla en su lenguaje perceptible, y no puede tachársele justamente ni de bufón, ni de petulante, ni de obsceno, vicios en que por lo común incurren muchos escritores: sus producciones son espejos en que mirarnos nuestros defectos [...]<sup>102</sup>

Para continuar con su apología, Bustamante recuerda que en “la culta Europa” han existido y existen los géneros populares, y los autores que haciendo uso de este registro se consideran grandes autores (Quevedo, Cervantes, Iriarte). Y “¡si algún extranjero culto viene a México, se sorprenderá al oír semejante gritería; pero atraído de la curiosidad, leerá estos papeluchos y admirará en ellos (si fuese sabio, que en todas partes se cuecen habas, etcétera) las bondades y excelencias recomendadas”.<sup>103</sup>

En este punto podríamos señalar el fin de la primera parte de la polémica. En ésta se han manifestado las críticas generales y hemos visto el apoyo a uno y otro bando. A partir de ahora, los protagonistas principales, Lacunza y Lizardi, seguirán casi solos la disputa y sus críticas se harán más específicas. También podemos ver una intensificación de los insultos.

#### *Herido su orgullo, responde Lacunza*

Como suele ocurrir en el trascurso de las polémicas, los protagonistas se sienten ofendidos porque la discusión rebasa el objeto criticado y comienza a volverse un “asunto entre personas”, en razón de esto el ataque se intensifica. El largo texto<sup>104</sup> comienza con una fábula de Iriarte<sup>105</sup> —para responder a la de Samaniego que Lizardi citó antes—. El mensaje que le quiere comunicar es que no vale la pena empeñarse en la crítica a los malos escritores como él, pues con ésta se dan importancia.

El zagal le reclama a Lizardi que se ha burlado de él y que hace uso de “la despreciable insultante ironía”. A continuación enuncia una retahíla de insultos. Lo acusa de:

ignorante, sandio, [...] necio, orgulloso y engreído con el aprecio que de sus mamarrachos forman el aguador, la cocinera y el muchacho, quienes por lo común sólo se diferencian de los

---

<sup>102</sup> E. L. B., *op. cit.*, pp. 18-19.

<sup>103</sup> *Ibidem.*, p. 23.

<sup>104</sup> “[Críticas a las poesías de José Joaquín Fernández de Lizardi]”, en *Amigos...*, pp. 26-45.

<sup>105</sup> “Ciertos autores/ de obras inicuas,/ los honra mucho, quien los critica./ No seriamente;/ muy por encima/ deben notarse sus fruslerías,/ que hacer gran caso/ de lagartijas,/ es dar motivo/ que se repitan:/ valemos mucho,/ por más que digan. Tomás de Iriarte, *Fábula 57. El naturalista y las lagartijas*, apud. Juan María Lacunza en *ibidem*, pp. 26-27.

brutos en la cualidad risible, usando de este atributo esencial y distintivo de su alma racional por antojo, por capricho y poquísimas veces con fundamento.<sup>106</sup>

Antes de pasar a la crítica concreta de sus poemas, se detiene en refutarle la comparación que hizo de sus versos con los de Quevedo: “¿Quién le contó a vuestra merced, alma media, que para criticar a un sujeto, es necesario compararlo con otro? La bondad o maldad de una producción está intrínsecamente en ella misma y consiste, entre otras muchas cosas, en la conformidad que tiene, o no, con las reglas del arte a que por su naturaleza se sujeta”.<sup>107</sup> El comentario es interesante porque muestra claramente que para el árcade la única crítica válida es objetual y por medio de una preceptiva.

La crítica específica a sus composiciones se relaciona con aspectos formales, tales como la versificación (métrica, rima), el lenguaje (en varios ejes; clase, moral y gramaticalidad) y la verosimilitud. Recurre a la poética de Boileau para justificarse.

Constantemente, para menospreciar a su oponente, hace notables insinuaciones a una supuesta falta de instrucción a través de expresiones como “(me entiende vuestra merced)” o cuando pregunta si entenderá el francés y el latín.

Para concluir utiliza un recurso frecuente en las polémicas, la petición a no responder y la promesa de no hacerlo. Lacunza le solicita a su impugnado que no responda o tendrá que pedirle a alguno de sus amigos que lo haga porque tiene más serias ocupaciones que entretenerse en “impugnar los mamarrachos con que vuestra merced, a pesar del buen nombre de su país, tiene la bondad de regalarnos cada día, y que honro bastante con mi anterior superficial censura”.<sup>108</sup>

*Las respuestas de Lizardi: “Quien llama al toro sufra la cornada” y agradecimiento a E. L. B.*

El título de la respuesta<sup>109</sup> de Lizardi adelanta que será del mismo tono que “el libelo inflamatorio”<sup>110</sup> de Lacunza.

Igual que en los textos de Larrañaga y Mociño, las palabras del contrincante se refuncionalizan,<sup>111</sup> es decir, que se colocan en el nuevo contexto donde adquieren un

---

<sup>106</sup> J. M. Lacunza, *ibidem*, pp. 27-28.

<sup>107</sup> *Ibidem*, p. 29.

<sup>108</sup> *Ibidem*, p. 45.

<sup>109</sup> J. J. Fernández de Lizardi, *Quien llama al toro sufra la cornada, Folletos*, en UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas. Recuperado de: <http://www.iifilologicas.unam.mx/obralizardi/>

<sup>110</sup> En el subtítulo del texto, *ibidem*.

<sup>111</sup> Este concepto lo retomo de María Isabel Terán, quien lo utiliza para explicar este recurso en la polémica de Alzate, Mociño y Larrañaga, *op. cit.*, *passim*.



tono sarcástico o irónico. Lizardi, entre otras, recurrirá constantemente al “¿si me entenderá usted?” que Lacunza utilizó sobradamente en su crítica.

Llama la atención que su texto está dirigido al “Señor público”. Con este pequeño gesto, el escritor modifica su audiencia pues ya no son los lectores del *Diario de México*, sino una masa inespecífica, la opinión popular.

Líneas arriba señalamos que en el transcurso de la discusión, los participantes se ven obligados a explicar su idea de la crítica. Esta necesidad surge al analizar la práctica del otro y compararla con la propia. Lizardi observa un conjunto de malos hábitos en su censor, e insiste en que si bien le sería fácil hacer lo mismo, no lo hará, porque se considera moralmente superior a su contrincante.<sup>112</sup>

De forma predecible, en su defensa, arguye la participación del caballero E. L. B., que tan generosa apología ha hecho de sus obras. ¿Cómo es posible que sus papeles “sean sólo del gusto “de el aguador, la cocinera y el muchacho” si E. L. B. los ha elogiado?

A continuación argumenta ampliamente en razón de este insulto, que metonímicamente ha hecho Lacunza al pueblo llano, pues los ha igualado a los brutos, que en este contexto quiere decir carentes de razón: “La ignorancia o sabiduría no disminuye ni aumenta la esencia constitutiva del hombre: tan hombre es y tan distinto del bruto el más estúpido salvaje como el más erudito cortesano. La falta de uso de su razón no prueba carencia. ¿Si me entenderá usted?”<sup>113</sup> —le responde Lizardi. La explicación se compone de ideas filosóficas y biológicas, y a fin de cuentas le hace ver que es también antipatriótico hablar así del pueblo: “Pero, ¿es posible que usted, tan celoso por el honor de su patria, haya de igualar a sus paisanos los aguadores, cocineras, etcétera, con los brutos? ¿Qué dirán de esto los extranjeros?”<sup>114</sup>

Respecto a si se avergüenza de ser criollo, pues había escrito en el texto anterior soy “un pobre criollo”, le responde que él no es apóstata, y no quiere pasar por ruso o inglés como él: “¿Tendrán más mérito sus versos porque se ponga: *Inglés Canazul* o *Gran Tamerlán de Persia*?”<sup>115</sup>—le cuestiona Lizardi. Podemos observar que el tema provocaba de inmediato conflicto. Lacunza exhibe un orgullo más en la línea de la tradición ufanista. En tanto que Lizardi, utilizando el epíteto “pobre”, opone a la visión

---

<sup>112</sup> Vid. *Quien llama al toro sufra la cornada*, *ibidem*, parr. 2, 4.

<sup>113</sup> *Ibidem*, parr. 9.

<sup>114</sup> *Ibidem*, parr. 10.

<sup>115</sup> *Ibidem*, parr. 14.

idealista, la realidad de su condición. Me refiero a la sujeción que el régimen colonial establecía para cada grupo social.

Para regresarle la ofensa atrás de la pregunta ¿entiende usted el francés? Le cuestiona la traducción de los versos de Boileau que ha citado en el texto anterior, y entra en controversia sobre el uso del verbo “blesser”, el cual en su opinión (y la de otros traductores) está usado en sentido metafórico.

¿Pero qué hay detrás de esta impugnación del lenguaje? De forma general se trata de apropiarse de la autoridad, la cual está asociada a la demostración de la verdad. En Lizardi, el uso lingüístico que hace la mayoría inviste de autoridad. No obstante, tampoco renuncia a “apadrinar” algunas de sus prácticas con el ejemplo de las autoridades: “Sepa que quien le dio licencia a Quevedo, Cervantes, etcétera, etcétera, para usar en sus versos los dicharachos vulgares de su tiempo, me lo dio a mí... *Vates ususque docebunt*. ¿Si me entenderá usted?”<sup>116</sup> En éste como en otros momentos, el apologista establece una relación con los escritores españoles del Siglo de Oro, a quienes considera autoridades y con quienes se siente identificado en su literatura. En tanto que, con relación al latín y al francés, como lenguas de prestigio, hay que probar quién tiene mejor dominio.

En la despedida, el escritor le pide a Lacunza que no use epítetos falsos como “atento” o “amigo”. Es interesante reflexionar sobre este asunto, pues, comprendemos que estos usos son retóricos, no obstante, para Lizardi es impropio usarlos únicamente de esta forma. Al parecer, esta alusión hace eco en la última respuesta de Lacunza, que comentaremos más adelante. Por otro lado, la mención de buscar “padrino que defienda sus yerros” tiene como antecedente el texto elogioso que E. L. B. le ha dirigido, por lo que Lizardi se sentía perceptiblemente orgulloso del apoyo que le brindó este personaje.

Por no dejar de faltar a la verdad, lo hace usted hasta en su último renglón donde firma. Borre usted el *atento* y el *amigo*, que esos epítetos en usted son falsos. Sepa que el *Cardillo* me ha contado que si usted no responde ésta es porque no tiene qué, y si busca padrino que defienda sus yerros, no se encargará de la comisión ningún sensato. Es de usted lo que usted mismo quisiere J[osé] J[oaquín] F[ernández] de L[izardi].<sup>117</sup>

La otra respuesta<sup>118</sup> de Lizardi es en agradecimiento al generoso E. L. B. por la apología a sus producciones: “¿qué son éstos sino unos destellos de la bondad de su

---

<sup>116</sup> *Ibidem*, parr. 22

<sup>117</sup> *Ibidem*, parr. 35.

<sup>118</sup> “*Qualia dixeris, talia audies*”, [*Diario de México*, domingo 29 de diciembre de 1811], en *Obras XIV-Miscelánea*, pp. 153-159.

alma, y una delicada prueba de su justicia y sensibilidad?”<sup>119</sup> Y se despide prometiendo continuar su producción, pasándole por alto las palabras de los críticos M. G. y Mostaza.<sup>120</sup>

Queda claro que la defensa que Carlos de Bustamante hizo de sus obras le otorga aprobación y respeto, todavía más al ser éste uno de los editores del *Diario*.

Transcurrido el momento más álgido de la polémica, ambos escritores se ven en la necesidad de dirigirse una larga respuesta, que sirva como conclusión. Como suele suceder, en esta parte la polémica se vuelve reiterativa; los polemistas se dicen cansados de volver a explicar lo ya tratado y prometen no volver a responder.

#### *Lacunza no podía quedarse callado*

Antes de contestar formalmente, publica una décima “producción original de un zángano”,<sup>121</sup> dice que eso es lo que “alguno” ha hecho creer al público “que yo no aprecio los talentos de los americanos mis paisanos”.<sup>122</sup> Esta es la génesis del epíteto, que más adelante Lizardi retomará para escribir una fábula.

En su “Contestación...”,<sup>123</sup> Lacunza juega a lo largo del texto con la frase “me dijo el cardillo” —que Lizardi utilizó en su anterior documento— que es equivalente al actual “me lo dijo un pajarito”. Lo mismo hace con “señor público”. Ahora le toca a Lacunza refuncionalizar el estilo y las palabras del otro. Dice que no se arrepiente de haber utilizado “el estilo acre” “en digno castigo de quien me provocó, y se burló de mí”. En este caso aprueba la crítica sardónica. Se precia de que él también usa refranes y de su “castellanito”, el cual no se compara a la “jerigonza” que le reclama usar a su antagonista.

Responde puntualmente a cada una de las críticas que le hizo. Entre otras la utilización del seudónimo *Inglés*, a lo que responde “en eso no he seguido más de la costumbre de todos, o los más poetas del Diario”, es decir a sus compañeros árcades. El error de una “n” al final de palabra latina que debe ser “m”, dice que es impensable que él, que cursó ocho años de Universidad y Colegio y que utilizó el latín de forma tan

---

<sup>119</sup> *Ibidem*, p. 156

<sup>120</sup> “Aunque M. G. y Mostaza/ en mis escritos/ muerdan, no lloraré:/ ¿pues qué, soy niño?// Vayan mordiendo, / que según E.L.B./ yo iré escribiendo”. *Ibidem*, pp. 158-159.

<sup>121</sup> J. M. Lacunza, [*Décima. Producción de un zángano*] [*Diario de México*, lunes 20 de enero de 1812], en *Amigos...*, pp. 46-47.

<sup>122</sup> *Ibidem*, p. 46.

<sup>123</sup> J. M. Lacunza, [*Contestación a Quien llama el toro sufra la cornada*] [*Diario de México*, miércoles 22 de enero de 1812], en *Amigos...*, pp. 48-58.

familiar como el castellano, pudiera cometer un error así, que es obvio que se trata de error del impresor o del escribiente. Si bien en este texto el crítico se modera en el escarnio, sigue recurriendo a comentarios como este para probar su superioridad.

Le hace una serie de preguntas —que citaremos más adelante junto con las respuestas de Lacunza— todas encaminadas a demostrar que la realidad no puede justificar el ideal, tan caro a la mentalidad neoclásica. Éstas expresan preocupaciones muy representativas del pensamiento ilustrado de Lacunza que evidencian los valores de intemporalidad, el apego a las normas, la corrección y la idea de progreso del conocimiento.

Para terminar, el árcade le reitera que:

tiene pensamientos muy buenos, y que es una lástima que con las disposiciones de usted para la poesía, no ponga más cuidado en la pureza y dignidad del lenguaje, y en la lima de sus versos: por lo demás, el cardillo que habló a usted tan mentiroso, cuando le dijo que yo no contestaría, *porque no tendría qué*, le habrá dicho también (y esto es con verdad) que deseo sinceramente la amistad de usted: que siento infinito que mi actual deplorable situación, me imposibilite los medios de buscarla personalmente; que si yo he enristrado mi pluma contra sus poesías es por haberme provocado a ello [...]<sup>124</sup>

Observamos cómo el crítico trata de suavizar el tono utilizado en el texto anterior. Parece que también los comentarios de Lizardi sobre lo inapropiado de dirigirse a él como “amigo” han tenido eco en esta despedida. Queda la duda de si se trata sólo de un recurso retórico, aunque me parece que es sincero. Además de matizar también sus opiniones, como veremos a continuación.

Tres meses después de iniciada la polémica, Lacunza envía al *Diario* la última de sus colaboraciones: una fábula titulada *El piojo y las hormigas*,<sup>125</sup> en ella “un piojo arbitrista” le vende “mil chucherías” a las hormigas, “paja y sandeces/ tal vez mal dichas”. La fabulita contiene la explicación al final “¡Cuántos impresos/ hoy se publican/ que al vulgo halagan/ con fruslerías;/ mas que en el fondo/ son sacaliñas,/ y nuestra patria/ descreditan”. Luego, el escritor hace una nota en donde aclara que son muy pocos los textos a los que hace referencia el mensaje de la fábula, pues “sin embarazo” confiesa que “el papel de don J. J. F. de L. *Hacen las cosas tan claras, que hasta los ciegos las ven*, publicado recientemente, es uno de los menos malos de este

---

<sup>124</sup>*Ibidem*, p. 58.

<sup>125</sup> J. M. Lacunza, [*Fábula. El piojo y las hormigas*], [*Diario de México*, 31 de enero, 1812], en *Amigos, enemigos y comentaristas*, pp. 65-67.

autor; y aun estoy por decir que, quitando uno que otro escrupulillo, es bueno en su clase”.<sup>126</sup>

### *La última palabra*

Lizardi le reclama a su impugnador el que ha querido “dorar [...] los crasos yerros en que incurrió en su despilfarrado y grosero libelo [...] pero es muy tarde, y el modo insulso: no sólo carece de solidez y verdad, sino que le hace aplastarse de nuevo en sus errores”.<sup>127</sup> Continúa su censura a la forma de hacer crítica, donde le reclama que la “crítica sardónica” no es ningún caso lícita.

A continuación citamos las preguntas que Lacunza hizo en su texto anterior, a las cuales responde Lizardi. Éstas muestran la diferencia entre sus pensamientos respecto a temas como el lenguaje y las autoridades, y por esta razón las comentaremos ampliamente.

1. ¿Si *porque* nuestros mayores se hubieran tirado de una azotea abajo, *deberíamos imitarlos [por aquello del vates ususque docebunt, que don J.J.F.L me cita de no sé dónde]*? No, señor, ni he dicho tal: el *vates ususque docebunt* quiere decir que los antiguos, y el uso, han sido nuestro maestros, a quienes debemos seguir en lo justo.<sup>128</sup>

Desde la polémica por la *Margileida* observamos que el seguir a las autoridades era cuestionado por Mociño, en tanto que para Larrañaga no existía un pensamiento original, toda argumentación debía construirse con las palabras de una autoridad. Me interesa mostrar que la noción de autoridad está presente en ambos polemistas con un significado distinto. En el caso de Lizardi, su pensamiento ecléctico lo lleva a matizar cuando dice que hay que seguir “en lo justo” a los poetas mayores, pero luego es definitivo cuando habla de que no existe nada superior a Horacio y su época. Encontramos el recurrente argumento “*vates ususque docebunt* [Y los poetas enseñaron los usos]”,<sup>129</sup> para hablar de autoridades literarias pero también en el sentido de la norma dictada por el uso. Su pensamiento fue una combinación de “ideología cristiana, algo escolástica y liberal”<sup>130</sup> y “sus autoridades fueron ilustrados, escritores españoles,

---

<sup>126</sup> *Ibidem*, p. 67.

<sup>127</sup> J. J. Fernández de Lizardi, [Respuesta a Juan María Lacunza], en *Obras XIV-Miscelánea*, pp.163-164.

<sup>128</sup> J. J. Fernández de Lizardi, “Finaliza la respuesta de d[on] J[uan] M[aría] L[acunza]”, [Diario de México, domingo 16 de febrero de 1812], en *Obras XIV-Miscelánea...*, p. 171.

<sup>129</sup> Traducido en nota 41 de [Respuesta a *Quien llama al toro sufra la cornada*], en *Amigos...* p. 56.

<sup>130</sup> M. R. Palazón Mayoral, “Una bella persona utópica” [Estudio preliminar] en José Joaquín Fernández de Lizardi. *El laberinto de la utopía. Una antología general*, p. 16.

reformistas y pensadores a la galicana”.<sup>131</sup> El eclecticismo lizardiano nos impone el problema de ubicarlo en una sola tradición o paradigma.

Respecto a Lacunza, notamos que cuestiona el que se tenga que seguir a las autoridades. Esta duda es un rasgo del pensamiento moderno, que cuestiona el que las ideas sean aceptadas sin someterse al examen de la razón. Podemos notar que es la razón misma la que se vuelve autoridad, también se busca seguir un modelo pero no en su dimensión real, sino ideal.

En este fragmento de Ruedas de la Serna se explica por qué en la mentalidad neoclásica se prescinde de los textos antiguos. Explica que el ideal arcádico pretende:

restaurar en la imaginación poética un paraíso perdido, tutelado por modelos imperecibles. Estos modelos inmutables el poeta los llevaba impresos en su alma. No tenía, por tanto, que buscarlos en otra parte, si bien eventualmente podía verlos con mayor claridad en el alma de otro gran poeta, como si fuera el caso, Keats podía haberlos visto en Teócrito. Ese sentido de la belleza era para los árcades un patrimonio universal de todos los hombres, una especie de bien natural, como “la razón” o “el buen sentido” para Descartes, que permite a los hombres separar lo bueno de lo malo. Era este un principio universalmente válido que se oponía a la fuerza de la tradición, y que, por tanto, dispensaba al hombre de la necesidad de instruirse en los textos antiguos<sup>132</sup>

Hay que notar que la mentalidad ilustrada neoclásica se libera de la noción de autoridad en el sentido escolástico, otorga libertad al individuo a través de la razón, el sentido común y la capacidad de reconocer belleza como una cualidad de su alma. Es una libertad contenida. Hay que reconocer también que en la recurrencia a las normas y preceptivas, que al mismo tiempo se observan como autoritarias, subyace la idea de poder crear, poder opinar, otra cosa que lo consagrado por la tradición.

2. *¿Si algunos (aun ilustrados) se quedan en ayunas de algunas de las poesías de Quevedo, [Góngora y otros de aquel tiempo]? No señor, y en prueba de ello, envíe usted a mi muchacho el medio de carita que prometió para quien le descifrara este verso de Quevedo: Virginitad jacerinal/ mostraba por cejijunta,/ cosa para dar cuidado/ a dos azagayas turcas. Pues dice el muchacho que jacerina es cota hecha de mallas de acero, y azagayas son dardos moriscos: el dardo punza, y la cota resiste. ¿Lo quiere usted más claro? El verso es muy deshonesto, y no se debe explicar más.*<sup>133</sup>

Para Lacunza lo vulgar es ininteligible, lo que le permite rechazarlo sin explicar el sentido. Para Lizardi, en cambio, explicarlo es un punto a su favor, pues lo acerca al autor; los hace copartícipes de un código y el consenso del vulgo.

La censura que hace Lacunza del lenguaje de Lizardi a lo largo de la polémica se puede apreciar en varios ejes: social, gramatical y moral. En lo social se refiere a la

---

<sup>131</sup> *Idem.*

<sup>132</sup> *Op. cit.*, p. 60.

<sup>133</sup> *Ibidem*, pp- 171-172.

identificación de ciertos usos con un estamento y su estigmatización. En este caso con el pueblo llano. Estos juicios se basan en apreciaciones muy subjetivas como el “ataimado” que Lacunza le critica a Lizardi, es un uso arcaico, al igual que las palabras del dialecto *castellanito* (*dó, necedá, etc.*),<sup>134</sup> del que dice estar orgulloso el zagal. Esto sucede porque, aunque antiguo, está asociado a un uso peninsular, por lo cual el crítico lo reivindica en contraste con la “jerigonza” que supuestamente utiliza Lizardi. Contradictoriamente, “ataimado” se considera vulgar porque está asociado al habla popular. En otro ejemplo, Lacunza califica como “oscuro” el uso que hace Lizardi de la palabra “cangilones” y la expresión “algo ataje”. El argumento es que él no lo comprende y que no aparece en sus diccionarios. La acepción de cuernos para cangilones, a la que se llega por extensión semántica, como explica Lizardi, puede no aparecer en los diccionarios pero “todos, todos, todos saben qué quiere decir *cangilones* en mi versito, menos usted” —le reclama. La regla está dada por el uso. Lo mismo argumenta con respecto al “porque algo ataje”: “Dios libre a usted de saberlo si es casado, pero tenga usted la satisfacción de que sólo usted ignora el sentido de la frasecilla, ni escueza a usted mucho el *algo ataje*, refrancillo vulgar de nuestros días”.<sup>135</sup> Podemos observar entonces que la valoración como agramatical se extiende a vulgaridad y en última instancia a inmoralidad, pues “Dios libre a usted de saberlo si es casado”.

3. *¿Si no se hubiera evitado esta obscuridad con una nota de la significación de los dicharachos y refranes? Según hubieran sido los lectores, el vivo hubiera penetrado la significación sin notas, y el rudo se hubiera quedado en ayunas con ellas.*<sup>136</sup>

La principal preocupación de Lacunza en esta pregunta es, nuevamente, la obscuridad del sentido por contraste con la claridad. Para Lizardi la inteligibilidad no está sólo en el texto, sino en el lector, que puede ser más o menos capaz de descifrarlo.

Esto nos lleva a la idea que cada autor tenía del público. Lo más obvio es pensar que para Lacunza su público está definido entre los lectores ilustrados del *Diario de México* y en el espacio simbólico de la Arcadia, donde un autor reconoce en otro su espíritu sensible, y en cuestión de ideas son capaces de discutir porque comparten códigos comunes.

---

<sup>134</sup> Lo utiliza Lacunza en una décima satírica que escribe para mostrar el error de truncar la expresión que le censura a Lizardi. Después Lizardi le criticará hacer uso de ese castellanito que “parece al que usó el cochero que riñó con Don Quijote.”

<sup>135</sup> J.J. Fernández de Lizardi, *Quien llama al toro sufra la cornada*, op. cit., parr. 26.

<sup>136</sup> *Ibidem*, p. 172.

Luis Mario Schneider explica que en la defensa que hace Lizardi del pueblo está teorizando sobre la funcionalidad de su literatura:

Comprometerse misioneramente a reformar y no a deleitar significa proponer la literatura como un medio pedagógico, como un fin educativo, lo cual implica necesariamente conocer, otorgar dignidad, confiar plenamente en el grupo que a través de ella se pretende modificar. El desprecio a los valores populares manifiesta ausencia de fe en el proceso del cambio buscado.<sup>137</sup>

Me parece muy acertada esta reflexión de Schneider a la cual sólo rebatiría el que diga que Lizardi no pretendía deleitar. Lo pretendía aunque con otros recursos.

4. *¿Si los autores que escriben en la época presente, no deben cuidar de que sus obras sean inteligibles a las que le sigan?* Sí, señor, ¿y quién ha dicho lo contrario?, la palabra *cangilones* es, y creo será en el reino, siempre conocida por *cuernos*.<sup>138</sup>

Esta pregunta tiene el mismo sentido que las dos anteriores. Nuevamente es la inteligibilidad por oposición a oscuridad, y en el argumento de Lizardi, es el uso lo que autoriza el significado de la palabra.

5. *¿Si porque los criollos pronunciamos mal, o bien con una mismo dialecto c, s, z, ll, e i, es consonante para todos el sonido de ellas?* No, señor; pero en esta falta incurren todas las naciones. El castellano no pronuncia como el andaluz; el parisiense como el de Bayona, el mexicano como el costeño, etcétera, ¿y qué hemos de hacer?, yo voy con el señor editor, y digo que era bueno pronunciáramos el castellano como se escribe; ¿y lo hacemos así, aunque lo sepamos?, ¿no se hace ridículo el criollo que habla como gachupín?, ¿por qué?, porque no le es natural esta pronunciación; y aquí vuelve a encajar el *vates ususque ducebunt*.<sup>139</sup>

Este tema fue ampliamente discutido en otras polémicas en el *Diario de México*.<sup>140</sup> El mismo Juan María Lacunza lo menciona en nota al pie, cuando hace esta pregunta, y especifica: “yo estoy por los que defienden la pronunciación arreglada a la gramática castellana”. La discusión testimonia que ambos polemistas están conscientes de las diferencias dialectales que caracterizaban al español en la Nueva España. La forma en que cada uno lo resuelve expresa su particular interpretación de la norma. Para Lizardi en este, como en otros aspectos, la norma se asimila al uso. Implícitamente valoriza el dialecto novohispano. En tanto que para Lacunza hay que seguir la pronunciación “arreglada a la gramática castellana”. No sabemos si buscaba que el español de México se siguiera pareciendo al de España por un principio racional de orden y practicidad, por un apego a la corona española o porque responde a una mentalidad colonizada.<sup>141</sup>

---

<sup>137</sup> L. M. Schneider, *op. cit.*, p. 60.

<sup>138</sup> *Idem*.

<sup>139</sup> *Ibidem*, p. 172-173.

<sup>140</sup> *Vid.* E. Martínez Luna, *El debate...* p. 37-38.

<sup>141</sup> Para M. R. Palazón es a causa de esta última: “En prueba de su poca o nula autoestima, los mismos árcades, con alguna honrosa excepción, eludieron el lenguaje aldeano, el habla de México”



El tema, como observamos, es bastante complejo porque aunque los polemistas están discutiendo los usos lingüísticos respecto a lo estético y lo gramatical principalmente, al final se extienden también a lo social y lo político, a veces sin ser conscientes.

Para Schneider ninguna de las acusaciones que se hicieron mutuamente los polemistas “tienen en apariencia significado por sí mismas”, sino que “lo que se debatía en el fondo era la aceptación o el rechazo de un tipo de lenguaje, es decir la clásica disputa entre el academismo y la innovación, entre el purista y el renovador”.<sup>142</sup> Habría que preguntarnos ¿la principal censura de Lacunza era academista? ¿Estaba siendo innovador Lizardi con su propuesta del lenguaje? En cuanto a Lacunza, en efecto, el principal argumento es academista, pero no podemos dejar de lado que encubre su desprecio a lo popular y Lizardi estaba utilizando un lenguaje “nuevo” pero no por un expreso deseo de renovación, como sucederá más adelante en el siglo, sino por la convicción de utilizar un lenguaje que le era natural a él y a sus lectores. Por otro lado, no es que rechazara el academismo, pues hace uso de éste si es necesario; simplemente no le concede mayor importancia que al sentido común.

Varias circunstancias provocan la descalificación a los papeles de Lizardi. El lenguaje en primera instancia, pero también la poca valía con la que sus censores miran al pueblo llano, pues evidentemente la valoración del lenguaje está directamente relacionada con quien lo habla.

6. *¿Si porque autores célebres cometen algunos defectos e impropiedades, nos es lícito seguirlos impunemente?* No nos será lícito imitarlos a sabiendas; pero si incurrimos en algunos defectos *ligeros*, y un *aliquando*, nos puede favorecer la autoridad.<sup>143</sup>

En su razonamiento, Lizardi le muestra a Lacunza que incluso cuando perseguimos el ideal, no estamos exentos de errores, en esto nos parecemos a nuestros antecesores. Antes hemos dicho que uno y otro hablan de autoridad pero la entienden de distinta forma. Para Lacunza, más que seguir un autor, hay que perseguir un modelo. Es decir, que es una idealización.

7. *Por último, ¿si la ilustración y buen gusto de los siglos de Horacio, de Quevedo y otros, no están más ilustrados en el nuestro?* (Entre paréntesis, ilustración, ilustrada, ¡qué pleonasma tan gordo!). Respondo: que en cuanto al de Quevedo, está la duda en veremos;

---

(“Introducción sobre un grajo”, en *Amigos, enemigos y comentaristas*, p. XLVII). No obstante, los árcades buscaron otras estrategias lingüísticas donde se pudiera reconocer el mundo novohispano (*Vid.* Ruedas de la Serna, *La formación de la literatura nacional (1805-1850)*, p. 54.)

<sup>142</sup> L. M. Schneider, *op. cit.*, p. 64.

<sup>143</sup> J. J. Fernández de Lizardi, “Finaliza...”, *Obras XIV-Miscelánea*, p. 173.

en cuanto al de Horacio, es vergüenza que un crítico tan literato como usted lo cuestione; pues hasta los escolapios saben que el siglo de Augusto fue el siglo de oro en la literatura: en él florecieron los Virgilio, los Horacios, los Ovidios, etcétera, etcétera, a quienes hoy no hay quien exceda, pero ni quien imite. ¡Qué vergüenza me diera insistir en probar cosa tan clara!<sup>144</sup>

Este cuestionamiento muestra con claridad que para el árcade la acumulación de conocimiento constituye el progreso. Su época es más ilustrada que la de Horacio. Para Lizardi es incuestionable que Virgilio, Horacio u Ovidio son los escritores más logrados y el ejemplo a seguir, en este aspecto el *Pensador* era escolástico.

En la despedida, Lizardi, en tono reconciliador y para poner punto final, le expresa la posibilidad de su amistad: “añadiendo con las debidas gracias a sus finas expresiones (que creo sinceras), que mi corazón no es susceptible a rencillas, y por tanto, estoy dispuesto a perdonarle sus injurias (si ya no están perdonadas) y a ser su eterno amigo.”<sup>145</sup>

Junto con la primera parte de la respuesta, el *Diario* publicó la fábula *La abeja y el zángano*, con la que Lizardi le responde al autor “del *piojo y las hormigas*”. En ella el “zángano envidioso”, critica a la laboriosa abeja, pues su tarea no es apreciada, a lo que le responde “—Insecto necio, mira:/ con que saco por cuenta/ mis panales admita/ de ti y tus semejantes/ despreciaré la risa”.<sup>146</sup> En consecuencia, como ha manifestado antes, ignorará estas críticas pues tiene el respaldo de un público que lo comprende y gusta de sus obras.

La polémica termina de forma un tanto inusual, con la sugerencia de la reconciliación, aunque por otro lado, cada uno insiste en sus ideas.

### *Conclusiones*

Tanto en la polémica por la *Margileida* como la de Lizardi y Lacunza, observamos la repetición de un discurso en donde los representantes de la innovación estética (que detentan el papel de críticos) reclaman a sus interlocutores el descrédito que sus obras hacen a la literatura americana. Los juicios repetidos en Mociño, Lacunza y otros otorgan una importancia exagerada a la opinión extranjera, supuestamente siempre interesada en juzgar (con mala fe) la producción americana. Antes hemos señalado cómo la puesta en relación entre el mundo europeo y el americano es una constante,

---

<sup>144</sup> *Idem.*

<sup>145</sup> *Ibidem*, p. 174.

<sup>146</sup> J. J. Fernández de Lizardi, *La abeja y el zángano*, [*Diario de México*, viernes 14 de febrero de 1812], en *Obras I-Poesías y fábulas*, p. 283.

tanto en la literatura como en las hipótesis que la explican. En las polémicas de los últimos años del período colonial, esa relación sirve como justificación para censurar un tipo de literatura alejado del modelo neoclásico. La interpretación que de esta mentalidad han hecho algunos estudiosos del período se puede dividir en dos corrientes: la que la explica como una mentalidad colonizada<sup>147</sup> y aristocratizante<sup>148</sup> y la que la entiende como parte de una evolución de la clase ilustrada atenta a las novedades teóricas europeas, sobre todo las españolas, y que busca en la poesía “reivindicar literaria y humanamente la propia tierra”.<sup>149</sup>

En mi opinión una explicación no excluye a la otra, si bien son de naturaleza distinta. Me atrevo a hacer algunas consideraciones sobre esta actitud que otorga especial importancia al juicio extranjero.

En un estado ideal de equilibrio entre el desarrollo propio de una comunidad y su relación con otras, la actitud natural sería que cada comunidad se sintiera segura de su lengua y en general de sus rasgos culturales. Sin embargo, en la realidad, las relaciones con el exterior no son equilibradas, todavía menos en el caso de las comunidades colonizadas donde existe una valoración negativa sistemática que le viene del exterior, que fomenta un conflicto de identidad permanente, dando origen a una mentalidad colonizada, donde los integrantes de esa comunidad introyectan los juicios autodenigratorios. Al mismo tiempo, hay que considerar que una característica del pensamiento moderno tiene que ver con la pérdida del centro. Es decir, que se vuelve impensable dejar de mirar al exterior, el orden ya no es local sino “universal”. Es decir que Alzate, Mociño y Lacunza eran llevados por una actitud moderna de búsqueda hacia el exterior, y en otra perspectiva colonizada.

Esta polémica se ubica en un momento sumamente interesante en la formación del sistema literario en la Nueva España pues confluyen una serie de influencias ideológicas

---

<sup>147</sup> Me refiero a Palazón, en “Introducción sobre un grajo” en *Amigos enemigos y comentaristas*, pp. XV-LXVI. Cito un párrafo donde explica en qué consiste dicha mentalidad: “[...] otros críticas adversas a El Pensador reflejan las angustias del oprimido que, después de trescientos años de vejación, amparada idiosincráticamente en el “proceso civilizatorio” de los “atrasados” históricamente, o alejados del vanguardista “Espíritu”, razón universal y “Verdad” científica y religiosa —neofitazgo que en América parecía inacabable—, reproducían defensivamente, contra otro débil y en una hipotética manumisión de sí mismos, las ideas colonizadoras con el afán de librarse personalmente, o en pequeños grupos, de continuar siendo blanco de los juicios denigratorios que padecen las poblaciones oprimidas, y que, para su desgracia, ellas mismas han aceptado como reales o verídicos. (p. XLVI).

<sup>148</sup> Schneider en la obra de *Ruptura y continuidad*, pp. 43-70.

<sup>149</sup> J. Ruedas de la Serna, *La formación de la literatura nacional (1805-1850)*, p. 54. Me refiero en general a este autor en su forma de explicar la mentalidad de los árcades y a E. Martínez Luna en “El debate literario en el *Diario de México* (1805-1812).

y se diversifican los medios de comunicación escrita. “Es entonces cuando, por vez primera, los escritores empiezan a cobrar conciencia de que aquí en su propia tierra está el público capaz de entender el sentido inmanente de su obra [...]”<sup>150</sup>

Su lectura nos ha llevado a repensar cómo y por qué la historiografía ha ubicado como radicales antagonistas a sus participantes y qué lugar les ha otorgado en la tradición literaria. En nuestra lectura, hecha a la luz de miradas críticas diversas, encontramos algunos giros interpretativos de la polémica.

En primer lugar, señalo mi divergencia con la interpretación de Schneider, que opone la visión “conservadora” de los árcades a la “moderna” de Lizardi.<sup>151</sup> Este análisis presenta algunos problemas, como el hecho de que —con base en lo que aquí hemos planteado— el pensamiento de Lacunza estaba influido por un paradigma estético moderno. Observemos el siguiente comentario de Schneider: “Cualquier oportunidad es buena para que el círculo de los zagales mexicanos aprieten filas y contra viento y marea traten de introducir sus anacrónicos gustos literarios y rechacen una poética que fatalmente se iba imponiendo”.<sup>152</sup> Estos gustos, como hemos dicho, representaban la modernidad (ilustrada-neoclásica) frente al paradigma barroco, por lo tanto no se pueden considerar anacrónicos. A menos que Schneider esté adelantando el romanticismo como paradigma estético, lo que quiere decir que ubica a Lizardi como protorromántico. En nuestro análisis, hemos señalado que el pensamiento y el gusto literario del *Pensador Mexicano* fueron eclécticos y que incorporó tanto influencias escolásticas barrocas como neoclásicas ilustradas. Schneider interpreta, me parece, como rasgos románticos, la defensa de los usos locales en la lengua, así como la defensa que hace del pueblo. Acaso a esto se refiere con la “poética que fatalmente se iba imponiendo”.

La comparación entre las dos polémicas que analizamos en este capítulo nos permite matizar, además, respecto al “imperio de la mentalidad ilustrada”. Pues observamos que existía un complejo sistema de influencias en el pensamiento de la época. La base de referencias culturales que había alimentado al pasado siglo, no desapareció, lógicamente, de un momento a otro. Aunque sí observamos en el bando de los críticos una insistencia por volver normativa su idea de la literatura. Algunas continuidades entre los discursos de éstos (Alzate, Mociño y Lacunza) se hallan en la

---

<sup>150</sup> J. Ruedas de la Serna, *op. cit.*, pp. 24-25.

<sup>151</sup> Esta divergencia también la señala M. I. Terán, *op. cit.*, pp. 330-355.

<sup>152</sup> L. M. Schneider, *op. cit.*, p. 52.

permanencia de un discurso civilizador, según el cual la literatura es prueba de la ilustración de un pueblo, y que otorga especial importancia a la opinión extranjera; así como en la apropiación que hacen de la tarea crítica, no sin cierto dejo de superioridad intelectual, y en la utilización de la categoría “buen gusto” y referencias a la poética clasicista y neoclasicista. Algunas semejanzas entre apologistas se observan en la defensa de su obra con base en la utilidad social; el carácter popular de su literatura; la mediación de los valores cristianos en su trato con los otros, incluida la crítica; y el respeto a las autoridades literarias.

Para concluir quiero hacer una reflexión respecto a lo que veo como una ironía. Schneider observa que constantemente las polémicas nos ofrecen un marginador y un marginado;<sup>153</sup> es decir, que ponen de manifiesto las relaciones de opresión y autoritarismo. No obstante, la crítica posterior construye relatos que trastocan esas relaciones. Para el investigador, Lacunza fue un marginador de Lizardi. No sólo él, sino todo un grupo, que se arrogaba la tarea de la difusión y la crítica literarias. Pero ¿no era acaso esta tarea también modernizadora? ¿Un intento de regulación y de especialización? De hecho lo era, no obstante la crítica posterior en este caso observó un carácter conservador y autoritario. En tanto que en el caso de Alzate puso de relieve precisamente el carácter moderno de su crítica.

---

<sup>153</sup> *Ibid.*, p. 61.

### CAPÍTULO III. EL SIGLO XIX

Nuestro siglo XIX, enmarcado entre dos revoluciones, nos muestra la laboriosa tarea de darle forma a un país en un complicado contexto político. Es admirable observar cómo aquellos mexicanos decimonónicos se sobrepusieron, tropiezo tras tropiezo, y cómo después del triunfo definitivo de la República en 1867, liberales y conservadores trabajaron en un ambiente de tolerancia dando origen a empresas culturales y, en amplio sentido, al nuevo proyecto de nación.

Los gobiernos de la primera etapa de vida independiente se enfrentaron no sólo a las dificultades inmediatas de organización, sino a una sociedad escindida ideológicamente. La independencia de España no significó el fin de las instituciones coloniales, lo cual motivó un constante ambiente de inestabilidad. El gobierno se desgastaba en conseguir legitimidad, y apenas alguna de sus acciones contradecía a la institución religiosa, ésta reaccionaba apoyándose en los grupos conservadores. Parece lógico que lo más arraigado en el individuo, y en consecuencia en la sociedad, son las ideas que conforman su visión del mundo. En consecuencia, los principios de la democracia y la laicidad debieron esperar una maduración de casi medio siglo. En opinión del historiador Enrique Semo, la publicística ecléctica de los primeros liberales está “copiosamente sazonada por concesiones tácticas a la religiosidad y al monarquismo, profundamente enraizados en la conciencia popular”.<sup>1</sup>

La Iglesia representaba un obstáculo para el fortalecimiento del Estado, por lo que era necesario limitar el poder económico y político que ejercía, así como acotar sus funciones a las cosas de la religión. La secularización de las tareas que el antiguo régimen le había delegado, tales como la educación,<sup>2</sup> los hospitales y la beneficencia se postergó hasta el triunfo de la Reforma. El pensamiento de los intelectuales decimonónicos era en su mayoría ilustrado y católico sin importar la facción a la que pertenecieran. No hubo un sentimiento anti religioso en los liberales, por el contrario, defendieron la libertad de culto como derecho de los ciudadanos, y más de uno pensaba, como Francisco Zarco, que el ateísmo de

---

<sup>1</sup> *México: del antiguo régimen a la modernidad*, p. 255.

<sup>2</sup> Anne Staples anota que durante la primera mitad del siglo XIX las escuelas, desde las primarias hasta las universidades seguían instruyendo en la religión pues “las devociones particulares seguían siendo factor de primerísima importancia en la formación moral de los jóvenes y de la sociedad en general”, “Panorama educativo al comienzo de la vida independiente”, en *Ensayos sobre historia de la educación en México*, p. 151.

la Ilustración Francesa había sido un exceso.<sup>3</sup> En resumen, las condiciones que imponía la realidad llevaban a que a pesar de tener plena conciencia de los cambios que eran indispensables, ni el gobierno tenía la capacidad para afrontarlos ni era posible un cambio ideológico radical. El término eclecticismo aparece en no pocos ámbitos, de hecho caracteriza desde mi punto de vista el pensamiento transitorio desde el final del siglo XVIII hasta bien avanzado el siglo XIX.

La gran cantidad de acontecimientos suscitados en esta etapa de nuestra historia nos obliga a repasar con frecuencia el relato histórico en paralelo al literario, a fin de comprender mejor la relación que entre éstos se establece. Los movimientos independentistas vinieron acompañados de una “efervescencia intelectual”,<sup>4</sup> testimoniada en una gran cantidad de documentos impresos donde se discutían las nuevas ideas que correspondían a una ciudadanía. Los escritores de este periodo, que tuvieron un alto ideal de su misión, fueron protagonistas activos “lo mismo en el campo de batalla que en la tribuna pública y las páginas de los periódicos”,<sup>5</sup> y, por supuesto, concibieron la literatura como un medio de transformación social.

¿Acaso paradoja o consecuencia lógica? A una difícil realidad los escritores decimonónicos opusieron una producción intelectual remarcable. En el mismo tenor plantea Pablo Mora la siguiente pregunta:

¿hasta qué punto esta preocupación por reconocer los productos literarios, la escritura de la historia literaria de México y la persistencia de proyectos editoriales —frustrados o no de libros y revistas— a lo largo de varios años (1826-1867) no significaron *la posibilidad de mantener viva una imagen cultural* —y en este sentido un proyecto de nación— que se verá consumada en los años de la República Restaurada?<sup>6</sup>

Y es que sin importar la facción, los intelectuales mexicanos enarbolaron el ideal de construir una sociedad ilustrada, formada tanto moral como intelectualmente. Una coincidencia entre las publicaciones periódicas —bastante diversificadas— de este siglo es que se dirigen a un público en específico a quien convidan, además de recrearse, a una participación social. Así las hubo dirigidas a los niños, a las mujeres, a las familias, a los

---

<sup>3</sup> Vid. Francisco Zarco, “Discurso sobre el objeto de la literatura”, en *La misión del escritor*, Jorge Ruedas de la Serna, coord., p. 166, 170-171.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 252.

<sup>5</sup> David Huerta, “Prólogo” a *Cuentos Románticos*, p. VII.

<sup>6</sup> Introducción a “Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura mexicana”, en J. Ruedas de la Serna, *op. cit.*, p. 107. [Subrayado nuestro].

católicos, a los liberales y a los obreros. Las producciones literarias estuvieron presentes en los periódicos y revistas, casi siempre de contenido misceláneo. Registramos algunas del periodo anterior a la República Restaurada, en donde la presencia literaria fue notable: el *Iris* (1826), el *Recreo de las familias* (1837-1838), el *Mosaico Mexicano* (1836-1837 y 1840-1842), el *Ateneo Mexicano* (1844), la *Revista Científica y Literaria* (1845-1846) y de forma destacable, el *Año Nuevo* (1837-1840), que compendia los textos de los escritores de la Academia de Letrán.

Una anotación que no se puede dejar de lado, el conflicto entre las ideologías liberal y conservadora, promueve un movimiento pendular en la cultura decimonónica. Desde la primera etapa de vida independiente, algunas publicaciones nacían con el propósito deliberado de contestar a otras. Los dos principales periódicos liberales *El Siglo XIX* (1841-1896) y el *Monitor Republicano* (1844-1896) tuvieron a sus antagonistas *El Tiempo* (1883-1912) y *El Universal* (1848-1855), quienes se propusieron “desmontar el discurso liberal de la época, corroer críticamente sus cimientos y revelar una serie de aporías inherentes a él”.<sup>7</sup>

Cabe preguntarnos si en algo explican estas definiciones políticas las obras literarias escritas durante el siglo XIX. Para José Luis Martínez la respuesta es afirmativa: “La filiación política de los escritores —dice— no se limitó a los textos doctrinarios y de combate. También la historia y la filosofía, los estudios eruditos y la crítica, la poesía y la novela, eran fatalmente liberales o conservadores”.<sup>8</sup> En tanto que para David Huerta estas filiaciones no necesariamente se corresponden: “varios conservadores recalcitrantes son audaces e innovadores, mientras que algunos liberales se ciñen rigurosamente a los cánones académicos de la preceptiva tradicional”.<sup>9</sup> Sin poder realizar un juicio totalizador, es posible observar que en este siglo, marcado por la discusión, los escritores tuvieron que ir definiendo personal y colectivamente los valores literarios que mejor se ajustaban a sus propósitos. Esta tarea, la cual hoy podemos observar gracias a los muchos textos donde trataron de explicarlo, se fraguó a lo largo del siglo y dio forma, como dice Ruedas de la Serna, “a un programa doctrinario, perfectamente asimilado y, podríamos decir,

---

<sup>7</sup> Elías Palti, *La política del disenso*, apud Erika Pani, “Para difundir las doctrinas ortodoxas...” en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman (edas.), *La República de las letras...* Vol. II

<sup>8</sup> J. L. Martínez, *La expresión nacional*, p. 31.

<sup>9</sup> D. Huerta, *op. cit.*, p. 5.



«sistematizado», por Ignacio Manuel Altamirano”.<sup>10</sup> De igual forma explica que: “es posible ver que la doctrina del gran maestro no es otra cosa que, en parte, la aceptación y, en parte también la negación, de un conjunto de ideas articuladas dialectalmente en torno a la literatura mexicana, y que por ello mismo engendraron su propia superación”.<sup>11</sup> Muchos temas literarios se abordaron políticamente porque la literatura misma era vista como una herramienta política.

La dinámica cultural cambia a partir del triunfo definitivo de los liberales, “que impusieron a la época su propio sello y aun determinaron la tolerancia y la concordia para los vencidos”.<sup>12</sup> En esta etapa el Liceo Hidalgo y la revista *El Renacimiento* (1869) tuvieron una marcada importancia para la promoción literaria, como en la primera mitad del siglo la tuvo la Academia de Letrán. Alicia Perales Ojeda explica que, por una parte, estas asociaciones tuvieron un papel democratizador, pues no se trató ya de grupos de élite, sino que asistieron miembros de las distintas clases y facciones. Reunieron a los mejores escritores de la época al mismo tiempo que sus veladas permitieron acercarse a un amplio público. Por otra parte, generaron un espacio para el conocimiento literario, la creación y la crítica, en donde además, al establecer principios, dieron forma a la literatura de carácter nacional, y socialmente significaron espacios de fraternidad. También jugaron el papel de las instituciones de enseñanza superior en literatura pues “las reuniones literarias tuvieron como fin principal el de presentar composiciones que se sujetaban liberalmente al juicio y a las luces de los asistentes a dichas reuniones. Estas discusiones fueron verdaderas cátedras de donde recibieron lo mejor de su formación muchos escritores mexicanos”.<sup>13</sup>

Algunas de las constantes que se pueden apreciar en los ensayos literarios<sup>14</sup> de la época son la necesidad de establecer un momento en la cronología para el origen de la literatura mexicana (de forma recurrente se ubicaba su inicio en la Independencia); hacer un repaso histórico de la literatura en el país, el cual evidenciaba el poco conocimiento que de la literatura novohispana se tenía así como la subsecuente condena a la estética culterana; la relación con las literaturas clásicas y modernas; el estado de la literatura nacional; la

---

<sup>10</sup> J. Ruedas de la Serna, “Presentación” a *La misión del escritor*, p.15.

<sup>11</sup> *Idem*.

<sup>12</sup> J. L. Martínez, *op. cit.*, p. 31.

<sup>13</sup> Alicia Perales Ojeda, *Las asociaciones mexicanas en el siglo XIX*, pp. 29-41.

<sup>14</sup> Para estas apreciaciones me baso en muchos de los ensayos recopilados en *La misión del escritor*.

función social y moral de la literatura; la profesionalización del ejercicio literario y la crítica; la necesidad de leer profusamente y hacerse de una cultura cosmopolita, entre otras.

Lo que resulta muy interesante para los estudios literarios es observar cómo se abre la perspectiva en la crítica a partir del nacionalismo, pues se considera que ésta debe incentivar al escritor joven, y no solamente señalar sus errores prosódicos.

Durante la segunda mitad del siglo, la consolidación del sistema republicano, democrático y liberal transita paradójicamente hacia una dictadura. La desamortización de los bienes eclesiásticos benefició a la clase media<sup>15</sup> y a la burguesía, dando origen a una nueva oligarquía.<sup>16</sup> Ésta junto con los terratenientes, adoptaron una política liberal en lo económico y conservadora en lo social. México vivía los efectos de una segunda Revolución Industrial. El capital extranjero había hecho posible el desarrollo de la infraestructura ferroviaria y de la industria de importación. A este auge de bienestar económico para una minoría se oponían las malas condiciones de la clase trabajadora. El gobierno de Díaz, como el de Juárez, adoptó para proseguir el ideal civilizatorio, el positivismo, y fue esta doctrina el pilar filosófico que renovarían el sistema educativo, con Gabino Barreda a la cabeza de la Escuela Nacional Preparatoria. Se buscaba dotar a las nuevas generaciones de una herramienta racional para acercarse al mundo, la cual le permitiría no sólo observarlo desde “un puerto seguro” también actuar para ser útil a la sociedad.

Culturalmente, la época porfiriana se caracterizó por su fe en la modernidad y el cosmopolitismo, con especial énfasis en la cultura francesa. El ambiente literario no fue la excepción. La partida de Altamirano al Viejo Continente como diplomático en 1889 significó simbólicamente la retirada de un proyecto de literatura nacional que, a pesar de sus detractores, había marcado profundamente el espíritu de las letras mexicanas

---

<sup>15</sup> Semo utiliza el término y la describe en las siguientes líneas: “En los primeros 50 años de vida independiente, México tenía su clase media reducida y dispersa, pero bastante identificable. Como cualquier otra clase decimonónica era extraordinariamente variada en sus ocupaciones y sus condiciones de vida. Entre los más modestos, las diferencias con la mayoría miserable eran ínfimas, pero suficientes para colocarlos, igual que ahora, en otro mundo. En cambio, con respecto a los estratos más desahogados, las diferencias eran enormes. A ella pertenecían los militares con grados, los maestros, los artesanos, los comerciantes medianos y pequeños de todo tipo, los capataces y los obreros calificados de las nuevas industrias. Los profesionistas... médicos, abogados y maestros, por un lado, cocheros dueños de sus carrozas, costureras, barberos y escribanos, por el otro... Entre la clase media hay que ubicar también a la mayor parte de los clérigos”. (*Op. cit.*, p. 397).

<sup>16</sup> E. Semo, *op. cit.*, pp. 465-473.

decimonónicas. El paradigma romántico nacionalista había perdido sentido para una generación que creció, ciertamente, en condiciones muy distintas a las de sus predecesores.

Manuel Gutiérrez Nájera es la figura señera de esta nueva sensibilidad estética, y es quien primero lo expresa teóricamente en sus ensayos “El arte y el materialismo”, “Literatura propia y literatura nacional” —éste en el contexto de la polémica entre Altamirano y Pimentel— y “El cruzamiento en literatura”. La obra de Gutiérrez Nájera enlaza, en mi opinión, dos épocas literarias; encabeza la sensibilidad modernista al tiempo que conserva valores románticos.

En la antesala del nuevo siglo nacen las dos piedras preciosas del modernismo, la *Revista Azul* (1894-1896) de Gutiérrez Nájera y Díaz Dufoo y la *Revista Moderna*<sup>17</sup> (1898-1911) de Jesús E. Valenzuela. Ambas publicaciones materializaron la teoría del cruzamiento.

### **III. 1 La polémica entre Ignacio Manuel Altamirano y Francisco Pimentel (1884-1885)**

Durante la tercera etapa del Liceo Hidalgo, entre 1884 y 1888, Altamirano y Pimentel sostuvieron una polémica que ha adquirido un carácter legendario, pues al no haberse asentado en documentos que testifiquen la fecha, así como los argumentos exactos de los querellantes, la historia de la polémica ha sido objeto de una reconstrucción a partir de menciones en distintos lugares, algunas crónicas de la prensa y las anotaciones que los mismos polemistas hicieron de ella.

Quienes originalmente dieron noticia de ésta fueron Alicia Perales y José Luis Martínez.<sup>18</sup> Ambos toman como referencia a José López Portillo y Rojas, quien en el prólogo a su novela *La parcela*, habría escrito que en una de las sesiones del Liceo Hidalgo se discutió “si México debería tener o no una literatura especial”, y que Altamirano habría defendido “una literatura netamente nacional” y Pimentel “la continuación de la hispana”.<sup>19</sup>

De acuerdo con lo hallado en algunas crónicas periodísticas, me inclino a pensar que se trata de dos debates, uno en 1884 respecto al lenguaje y otro en 1885 sobre la literatura

---

<sup>17</sup> *Revista Moderna. Arte y Ciencia* (1898-1903), posteriormente *Revista Moderna de México* (1903-1911)

<sup>18</sup> A. Perales Ojeda, “El Liceo Hidalgo”, en *Enciclopedia de la Literatura Mexicana* [en línea]. La primera publicación del texto es de 1957. J. L. Martínez, *op. cit.*, pp. 72-74 y *passim*. El texto está firmado por Martínez en 1972.

<sup>19</sup> José López Portillo y Rojas, “Prólogo” a *La Parcela*, *apud* José Luis Martínez, *op. cit.*, p. 72.

nacional.<sup>20</sup> La falta de una memoria escrita se debió, por una parte, a que estos debates fueron orales, y por otra, a que el órgano informativo creado por el Liceo Hidalgo en esta etapa tuvo muy corta vida y para noviembre de 1884 había sido suspendido.<sup>21</sup>

En el imaginario, esta discusión representa la clásica disputa decimonónica entre liberales y conservadores, ejemplo de las dos tendencias estéticas que coexistían en el panorama de la crítica en México durante la mayor parte del siglo XIX. Mientras que Pimentel representa la tendencia conservadora arraigada en las academias; la crítica neoclásica de tendencia prescriptiva y gramatical, Altamirano representa la tendencia social que tiene sus bases en la historiografía e ideología románticas alemanas.<sup>22</sup> En consecuencia, nos encontramos con una polémica altamente estereotipada, a la cual, no obstante, queda todavía preguntas por hacer.

### *Los polemistas*

Como sucede en otras polémicas, no fueron únicamente los dos personajes recordados quienes discutieron en estas sesiones, sabemos que intervinieron, al menos, Manterola, Riva Palacio, Fuentes y Betancourt, y que Gutiérrez Nájera sumó su opinión a través de la prensa.

Antes hemos hablado de la asimetría entre polemistas y en este caso es sumamente notable. Varias circunstancias se suman para generar tal disparidad, por una parte, el paradigma romántico nacionalista tuvo una gran aceptación en la crítica y la historia literarias frente al paradigma neoclásico que ya en su momento era considerado conservador y autoritario. Por otra parte, tenemos a la enorme figura de Altamirano, reconocida, con justicia, por su liderazgo en el proyecto de conformación de una literatura de carácter nacional, mientras que Pimentel ha sufrido una marginación resultado del dogmatismo literario que lo caracterizó,<sup>23</sup> aunado a su postura política. Sepultado también

---

<sup>20</sup> Alicia Perales sugiere la fecha de 1884 con base en una reseña en *El siglo Diez y Nueve* del 19 de noviembre de 1884, en “Liceo Hidalgo”, *Enciclopedia de la literatura en México* [en línea] y José Luis Martínez anota el año de 1886, en *op. cit.*, p. 35.

<sup>21</sup> Llevó el mismo nombre que la asociación y se publicó semanalmente del 16 de septiembre de 1884 al 22 de octubre del mismo año. (A. Perales, “El Liceo Hidalgo”, *Enciclopedia de la Literatura en México* [en línea])

<sup>22</sup>*Ibid.*, p. 44.

<sup>23</sup>Pimentel asumió cargos y honores durante el gobierno de Maximiliano. Beatriz Garza Cuarón, “Francisco Pimentel, precursor de las historias de la literatura mexicana”, en *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* [edición electrónica], p. 618. [Consulta: 10 de julio, 2016.]

como crítico literario por José Luis Martínez, quien afirma en relación con la polémica que no cree que Altamirano le prestara demasiada atención a una doctrina como la de Pimentel, y por otra parte, él mismo, no le concede suficiente valor: al comparar la polémica protagonizada en Chile por Sarmiento y Bello afirma que “la doctrina de Altamirano y su misma acción intelectual tienen la altura de las de Sarmiento, su paralelo argentino; pero no podría decirse otro tanto de las ideas de Pimentel, que carecía de la madurez y de la riqueza del espíritu de Bello”.<sup>24</sup>

Y más tarde, al comentar su *Historia crítica de la poesía en México* afirma de éste:

Llevó su imparcialidad y su desprecio por los elogios hasta convertirse en una especie de enemigo, en principio, de la literatura del país, y al fin fue más un inquisidor que un iluminador de la poesía mexicana. Llegó a ser incuestionablemente un erudito de las letras mexicanas, pero no llegó a poseer nunca un verdadero espíritu crítico e histórico. No tenía el sentido de las síntesis ni de las concepciones arquitectónicas y le faltaba, sobre todo, esa norma interna del hombre de gusto y ese amor profundo por la materia que estudiaba...<sup>25</sup>

Cierto es que estos personajes no podían ser más disímiles; su origen, formación, ideales políticos y sus ocupaciones fueron radicalmente distintas.<sup>26</sup> Sin embargo, fue posible que convivieran en el espacio del Liceo Hidalgo porque ambos tenían un denodado interés por la literatura y la cultura en general.

Entre los muchos aspectos interesantes de la vida de Altamirano me parece importante para la polémica que tratamos, resaltar el trabajo constante de promoción de la literatura mexicana, y su llamado a la reconciliación social a través de ésta, pues ello permitió un diálogo con aquellos que, como Pimentel, diferían del proyecto de la literatura nacional. Por otro lado, la figura de Pimentel no deja de ser un caso curioso de un hombre con una concepción aristócrata de la cultura, quien, a pesar de ser un conservador en muchos aspectos, a los ojos de un espíritu crítico como Gutiérrez Nájera fue un liberal<sup>27</sup> y en su *Historia crítica de la poesía* toma como uno de sus principales interlocutores a Altamirano.

---

<sup>24</sup> J. L. Martínez, *op. cit.*, p. 74.

<sup>25</sup> J. L. Martínez, *op. cit.*, p. 500.

<sup>26</sup> Me baso en los datos biográficos recogidos por Nicole Girón, “Ignacio Manuel Altamirano”, en *La República de las letras...* Tomo III, p. 363-377, J. L. Martínez, “El maestro Altamirano”, *op. cit.*, pp. 165-169, y E. Semo, “El pensamiento económico: Francisco Pimentel”, *op. cit.*, pp. 479-493.

<sup>27</sup> En su serie de artículos sobre la Academia Mexicana Gutiérrez Nájera describe a Pimentel como un católico y liberal. En “La Academia Mexicana, II”, p. 49 y “La Academia Mexicana, III”, p. 64, en Clark de Lara y Zavala, *op. cit.*

### *Desarrollo de la polémica*

En la crónica de la sesión del 17 de noviembre de 1884, *El Siglo Diez y Nueve* consigna que “Los señores Altamirano, Pimentel y Manterola<sup>28</sup> hablaron bien acerca del lenguaje y de las palabras que en su concepto pueden emplearse en los escritos sin que sea por ello necesario que hayan recibido la sanción de la Academia Española, a la cual hemos tenido aún en México por legislador en todo lo relativo al idioma”.<sup>29</sup>

Inferimos que el tema que se discutía era el de la variación lingüística y la norma, el cual había estado presente en las discusiones literarias desde finales del siglo XVIII, como vimos en la polémica entre Lacunza y Lizardi. A diferencia de ésta, en este caso no es tan relevante la estigmatización de clase, sino que se compara lo más puro con lo menos puro. Es importante observar que en esta dicotomía, el dialecto comparado es necesariamente supeditado a otro que se considera puro o castizo. Si la discusión fuera únicamente gramatical, se observaría el funcionamiento de la lengua con base en las reglas del mismo sistema. Tanto Altamirano como Lizardi expresaron con claridad que los dialectos cobran forma en la realidad de los hablantes. Sin embargo, Lizardi reivindicó el dialecto novohispano sin necesidad de un argumento político, a diferencia de Altamirano cuya visión política lo lleva a pensar que la variabilidad lingüística puede ser controlada por un afán de independencia, e incluso elevarse a un deber, como lo expresa en el siguiente fragmento de su “Prólogo a *Pasionarias* de Manuel M. Flores”.

Si meditaran un poco, comprenderían que los poetas sudamericanos han roto adrede las ligaduras de las reglas para crearse una lengua propia en qué expresar sus pensamientos, en qué dar nombre y cabida a los objetos de su país; la lengua debe reflejar la naturaleza, el espíritu y las costumbres de los pueblos americanos. Desde temprano la mezcla de razas, el contagio de las lenguas y la necesidad o el hábito, dieron un carácter peculiar al idioma de estas naciones mezcladas, y en materia de lenguaje, ya se sabe que los pueblos no aguardan nunca el fallo de las Academias. Ellos son sus propios legisladores y oráculos.<sup>30</sup>

En diversos momentos de la discusión podemos observar que los temas lingüísticos, literarios y políticos aparecen entreverados sin que podamos realmente tratarlos por separado, incluso es imposible distinguir entre lenguaje literario y coloquial. No es por

---

<sup>28</sup> Ramón Manterola (1848-1901) Educador, periodista, ensayista y dramaturgo. (*Enciclopedia de la Literatura en México*, [en línea] [Consulta: 3 de julio, 2019] )

<sup>29</sup> *El Siglo Diez y Nueve*, 19 de noviembre de 1884, en *Hemeroteca Nacional Digital de México* [en línea]. [Consulta: 24 de junio, 2019]

<sup>30</sup> *Idem*.

tanto sorprendente que estos debates se recuerden como una sola discusión, y todavía más, como afirma Schneider, que no fue una discusión entre personas, pues con razón, el crítico literario prefirió caracterizar el romanticismo mexicano como un episodio polémico “un campo de batalla donde pelearon un puñado de hombres contra ideas”.<sup>31</sup>

Si nos atenemos a la crónica de *El Siglo Diez y Nueve*, en la sesión del 17 de noviembre, los tres intelectuales habrían estado de acuerdo con respecto a utilizar los usos dialectales mexicanos sin atender a la Academia Española. Las academias entrañan un doble papel en la cultura, son progresistas y marginadoras al mismo tiempo; responden a necesidades reales, pero también políticas. Pensemos que antes de esta etapa de institucionalización, había una variación escritural enorme, el propósito de “fijar” no era pues descabellado. Por iniciativa de la Academia Española en la década de 1870 se crea la Academia Mexicana Correspondiente de la Española.<sup>32</sup>

La relación colonial permeó la ideología lingüística en la Nueva España y posteriormente en el México Independiente. Se reconocen progresivamente las diferencias lingüísticas, no obstante prevalece el carácter preceptivo. Dice Schneider que la educación que se impartía en los colegios “preconizaba la pureza de dicción” por lo cual coexistían dos lenguajes “el castizo y el vulgar”. Y que éste segundo no era utilizado por muchos escritores “por un inexacto prejuicio de no aparecer como ignorantes”.<sup>33</sup>

Unos meses antes, un artículo de Manuel Gutiérrez Nájera respecto a la Academia Mexicana<sup>34</sup> había causado controversia, dando origen a réplicas de Victoriano Agüeros y de Justo Sierra. Para Gutiérrez Nájera, la Academia estaba constituida “por personas adictas al trono y al altar; de hombres temerosos de Dios y de la gramática”.<sup>35</sup> La asociación entre conservadurismo político y lingüístico había sido una constante, que no dejaba de estorbar a la crítica. En esta serie de artículos, Gutiérrez Nájera reclamaba el carácter reaccionario y la deficiente composición de la Academia. En otras palabras, que no formaran parte de ella los escritores más importantes del bando liberal: Altamirano y Prieto. Esta reclama deja ver

---

<sup>31</sup> L. M. Schneider, *Ruptura y continuidad. La literatura mexicana en polémica*, p. 72.

<sup>32</sup> “Esbozo histórico de la Academia de la Lengua”, Academia Mexicana de la Lengua [en línea] [Consulta: 24 de octubre, 2019]

<sup>33</sup> *Ibidem*, p. 99.

<sup>34</sup> “La Academia Mexicana”, [*La Libertad*, 29 de julio de 1884], en Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala, antólas, *La construcción del modernismo*, pp. 37-47.

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 38.

que para Nájera se trata de una disputa por la literatura, pues como conclusión propone a su replicante Justo Sierra: “fundemos digo, un Ateneo en donde quepa toda noble inspiración, ora venga del sur, ora del norte. El tiempo dirá cuál de ambas asociaciones ha sido más beneficiosa para el desplegamiento del progreso”.<sup>36</sup> Tal vez fue a causa de esta controversia, iniciada por el Duque Job, que dos meses después el Liceo Hidalgo dedicó un mes de sesiones a temas lingüísticos. Cerramos este paréntesis para continuar nuestra explicación respecto a cómo la racionalidad decimonónica explica los hechos lingüísticos.

La mentalidad de la época privilegia la validación a través de la historia y la ciencia. Cuando nuestros polemistas reflexionan sobre la lengua deducen de la observación de hechos históricos que es inevitable el cambio, no obstante idealizan un supuesto estado de perfeccionamiento al que han llegado las lenguas castizas. Tanto Altamirano como Pimentel construyen sus argumentos con conceptos bien arraigados en su época, tales como la idea de progreso y la de civilización. En el primero, podemos ver un pensamiento en construcción, que a veces se contradice, el del segundo es más recto. En ambos, el elemento político moldea sus opiniones. Con base en esta mentalidad, juzgaban pues el proceso inminente de conservación y cambio que sufre la lengua. La introducción de indigenismos había sido valorada positivamente por los intelectuales desde el siglo XVIII. No obstante, Pimentel considera innecesaria su utilización. Entre su enumeración de “faltas contra el bien hablar que se comenten en México” escribe: “Palabras de las lenguas indígenas de México, que no se necesitan en castellano, como *chichihua* por *nodriza*.”<sup>37</sup> En este aspecto, Pimentel enarbola un casticismo poco común, pues como mencioné, las voces indígenas habían sido acogidas en la lengua popular y culta con cierto orgullo. Para Altamirano son testimonio de la identidad de nuestra lengua nacional, sin embargo, su opinión respecto a la utilización de las lenguas indígenas era negativa, pues las consideraba un impedimento para que esta población se acoplara al proyecto civilizador.<sup>38</sup>

El tema de la introducción de extranjerismos fue recurrente. Altamirano como otros, veían con cierto recelo su introducción, pues lo interpretaban como una intromisión

---

<sup>36</sup> M. Gutiérrez Nájera, “La Academia Mexicana, III”, [*La libertad*, 14 y 15 de agosto de 1884], en Clark de Lara y Zavala, antólas, *op. cit.*, p. 80.

<sup>37</sup> Francisco Pimentel, *Historia crítica de la poesía en México*, Notas al capítulo XIX, [edición facsimilar] p. 841. [Consulta: 30 de agosto, 2019]

<sup>38</sup> Se puede leer su opinión al respecto en el texto “Generalización del idioma castellano”, en *Obras completas-XV. Escritos sobre educación*. Tomo I., pp. 207-212.



cultural, y por ello debían limitarse a lo estrictamente necesario.<sup>39</sup> Al parecer, en la cumbre de su teoría nacionalista, Altamirano habría matizado su opinión al respecto y desechado la idea de la superioridad del dialecto castellano:

Los pueblos americanos tuvieron su lengua, después tuvieron sus libertades y sus instituciones políticas, luego tuvieron su literatura. Asumieron su derecho en materia de nacionalidad y pudieron asumirla en materia de idioma. No ha procedido de otro modo España, después de que se ha ido emancipando de la dominación de los cartagineses, de los romanos, de los bárbaros y de los árabes. No seguirá procediendo de otro modo al aceptar la invasión de modismos científicos de la lengua alemana o de la lengua griega, de los modismos artísticos y literarios de la lengua francesa y de los modismos industriales de la lengua inglesa. Las lenguas castizas son estatuas modeladas en diferentes barros: ¿por qué no ha de formarse una en cada nación de la América latina?<sup>40</sup>

Pimentel responde en su *Historia crítica* que “de adoptar, como modo de escribir las variaciones de idioma que hay en México, respecto de España, lo que resultaría es una jerga de gitanos, un dialecto bárbaro, formado de toda clase de incorrecciones, de locuciones viciosas, cosa que no puede admitir el buen sentido, llamado *buen gusto*.”<sup>41</sup>

El casticismo de Pimentel, como el de sus antecesores en la defensa del buen gusto — Alzate, Mociño y Lacunza— está conformado por argumentos gramaticales, políticos y de clase. Es interesante observar que algunos de sus comentarios se replican a lo largo del tiempo, exhibiendo la arrogancia que inviste a una parte de la intelectualidad mexicana:

Es de advertir que Altamirano, en el Liceo Hidalgo, dijo una vez discutiendo con nosotros: «Que así como en México había habido un Hidalgo el cual en lo político nos hizo independientes de España, debía haber otro Hidalgo respecto al lenguaje.» Le contestamos: «Que no sólo un Hidalgo de esos, sino varios, se hallaban en el portal de Santo Domingo en México, y que eran los escribientes públicos, bárbaros e ignorantes, a quienes nuestro pueblo llama *Evangelistas*, los cuales en toda su plenitud usan la jerigonza recomendada por D. Ignacio.»<sup>42</sup>

Por otro lado, la discusión sobre las literaturas nacionales se habría desarrollado en una serie de debates en el mes de julio de 1885, de acuerdo con la crónica del *Partido Liberal*.<sup>43</sup> En la sesión del Liceo Hidalgo del 13 de julio, Riva Palacio y Pimentel discutieron sus conceptos de “nación”, lo cual era lógicamente una primera dificultad teórica al hablar de

---

<sup>39</sup> Altamirano opina sobre el uso de locuciones extranjeras, sobre todo del francés, que “no debemos ser tan rigoristas que deseemos conservar el idioma estacionario y cerrar sus puertas a todas las locuciones que puedan enriquecerle, aunque vengan de extrañas lenguas, sí debemos velar porque se mantenga incorruptible su carácter [...]”. (I. M., Altamirano, “Revistas literarias de México” en *La literatura nacional*, t. I, pp. 70-71.)

<sup>40</sup> I. M. Altamirano, “Prólogos” [Prólogo a *Pasionarias* de Manuel M. Flores], en *op. cit.*, t. III, pp. 87-88.

<sup>41</sup> F. Pimentel, *Historia crítica de la poesía en México*, Notas al capítulo XIX, [edición facsimilar] [en línea] p. 841. [Consulta: 30 de agosto, 2019]

<sup>42</sup> *Idem*.

<sup>43</sup> “El Liceo Hidalgo”, *El Partido Liberal*, Tomo I, núm. 120, jueves 16 de julio de 1885. *Hemeroteca Nacional Digital de México*. [Consulta: 18 de junio, 2019]

una literatura nacional. Para Riva Palacio se trataba de “un conjunto de individuos de la misma idiosincrasia”, y para Pimentel de “un conjunto de individuos regidos por las mismas leyes”, poniendo como ejemplo el caso de los Estados Unidos formados “por multitud de razas, que tienen diversos caracteres antropológicos, diversas religiones y diversas costumbres”. La definición de Pimentel se acercaba más a la noción moderna de nación, no obstante, cuando trata de explicar qué entiende por una obra literaria nacional, deja completamente de lado este concepto, avocándose a los aspectos formales de las obras, sin importar la nacionalidad, incluso, la lengua en la que están escritas. Dice, por ejemplo, que las tragedias de Racine no pueden considerarse francesas sino griegas. Afirma que en México tenemos algunas obras nacionales, como los romances históricos, algunos dramas y muchísimos versos descriptivos.

La respuesta de Altamirano se anunciaba para la próxima sesión, que por desgracia no fue reseñada por el mismo diario. No obstante, gracias a las diversas anotaciones del escritor respecto a su propuesta de literatura nacional es posible enumerar una serie de características que eran imprescindibles: la literatura mexicana debería ser original y nacional, instruir a la sociedad, inspirarse en lo local, en las costumbres, los motivos históricos y el paisaje, así como hacer uso sin discreción de los usos lingüísticos propios.

El diálogo entre los polemistas también puede reconstruirse a través del “Prólogo a *Pasionarias* de Manuel M. Flores” que Altamirano había escrito previamente a la discusión, en 1882, y la réplica que hace de éste Pimentel en su *Historia crítica...* La literatura sudamericana era observada por Altamirano como ejemplo de una literatura emancipada, sobre todo, de la tradición hispánica, y veía en ella un modelo a seguir. Reclama que: “Los hablistas, los castizos, los gramáticos empeñados a toda costa en emparentar a los poetas sudamericanos con los poetas españoles [...] encuentran sendos defectos de lenguaje en estos cantos de una poesía virgen y exuberante de juventud”.<sup>44</sup>

Pimentel escribe en su libro que está de acuerdo con Altamirano cuando dice que “la poesía americana no debe ser una imitación del arte europeo” pero difiere en que los poetas americanos no se emparenten con los españoles.<sup>45</sup> Altamirano había escrito en su prólogo: “El nacimiento de la poesía sudamericana ha sido un verdadero Génesis, y no la

---

<sup>44</sup> Ignacio Manuel Altamirano, “Prólogo a *Pasionarias* de Manuel M. Flores”, *op. cit.*, p. 87.

<sup>45</sup> F. Pimentel, *op. cit.*, pp. 883-884. [Consulta: 10 de julio, 2019]

reproducción del arte antiguo implantado en el Nuevo Mundo [...] Es fiera y original esa poesía sudamericana, y para estimarla en su justo valor es preciso considerarla como poesía primitiva, por más que su forma tenga algo de común con la poesía moderna”.<sup>46</sup>

Bello y Olmedo se hallan entre los poetas que Altamirano comenta. A Pimentel le parecen ejemplos contraproducentes, pues encuentra al primero relacionado con los poetas clásicos, así como con los españoles de diferentes épocas, y al segundo con la escuela de Quintana.<sup>47</sup>

Alcanzar una literatura original significaba para Altamirano una prueba de madurez y también un deseo de independencia, sin embargo, era positivamente difícil de argumentar. Habría que decir también que al relacionar a los poetas sudamericanos con la tradición hispánica no siempre se pretendía evidenciar “defectos del lenguaje”, las críticas eran también halagüeñas, no obstante, observadas con un marco distinto.

Por otro lado, el análisis de Pimentel no dejaba de ser a su vez ideológico. Observaba en la tradición española un origen.

Es cosa digna de notarse que los más grandes poetas de la América española, en vez de entregarse a una independencia salvaje, han conservado las tradiciones de su raza, han sido miembros de la gran familia castellana. Y esto no les ha hecho perder nada de su carácter nacional, pues el respetuoso amor a la madre Patria, se aúna perfectamente con una espíritu de americanismo bien entendido.<sup>48</sup>

Le parecía sin sentido y pernicioso buscar una emancipación literaria. En su perspectiva, el problema se reducía a una cuestión del lenguaje: “el día en que los poetas americanos olvidaran por completo la tradición española, escribirían en una jerga ininteligible, inadecuada para la creación artística, y su influencia quedaría muy localizada, al paso que escribiendo en castellano y conservando el aire de familia, pueden ser entendidos y bien apreciados en todo el mundo español.”<sup>49</sup>

Pimentel anteponía el deseo de seguir perteneciendo a la tradición española, sin avizorar que la literatura y la lengua mexicanas inevitablemente sufrirían sus propios procesos. Para Altamirano, la literatura mexicana nació en 1810, a la par de la Guerra de Independencia, en tanto que para Pimentel era imposible negar su origen hispánico: “El

---

<sup>46</sup> I. M. Altamirano, “Prólogo a *Pasionarias...*”, *op. cit.*, p. 84.

<sup>47</sup> F. Pimentel, *op. cit.*, pp. 884-885.

<sup>48</sup> *Ibidem*, p. 885.

<sup>49</sup> *Ibidem*, p. 885-886.

señor Altamirano quiere que la poesía americana sea primitiva, y este es un deseo imposible. La poesía primitiva es propia de los pueblos que están en su infancia, que poseen una civilización rudimentaria; y en este caso no nos hallamos nosotros, que descendemos de los españoles y hemos recibido de ellos su civilización”.<sup>50</sup>

Otro ensayista contemporáneo a los polemistas, José María Vigil, había intentado responder a las cuestiones polémicas de la doctrina nacionalista, manifestando que era necesario analizar qué había en este pensamiento de realizable, “sacándolo de la esfera de la bella teoría”. Para el teórico, la originalidad es prácticamente imposible en la civilización moderna cuyo espíritu es “eminente cosmopolita”, al igual que aspirar a una literatura “exclusivamente nuestra”, pues: “La misma lengua que hablamos nos liga invenciblemente a una literatura cuyo íntimo parentesco nos es imposible renunciar.”<sup>51</sup>

En su “Crónica del domingo”,<sup>52</sup> Gutiérrez Nájera se suma a la polémica y desarrolla su propia explicación. Dice que lo que interesa saber es “si poseemos una literatura nacional, o si contamos con elementos suficientes para formarla”; en su opinión, los querellantes hacen escaramuzas pero no explican lo esencial. Comienza por afirmar que no cree que el Liceo deba entrar en controversia respecto al concepto de nación. Dice que no está conforme con el nombre “literatura nacional” y en su lugar propone utilizar la palabra “propia”. “La literatura propia no presupone, por fuerza, la existencia de una nación independiente” pone como ejemplo la literatura gallega de España. “Por literatura nacional se entiende la destinada a revivir, conservar o enaltecer en los ánimos los sentimientos patrióticos, ya narrando las proezas de los héroes antiguos, ya haciendo más poética y más bella la imagen de la patria, por medio de artísticas descripciones de su naturaleza o su historia.”<sup>53</sup> Es decir, que la literatura nacional sería sólo un fragmento de la literatura propia. Como réplica a lo expresado por Pimentel, explica que no es el tema ni la lengua lo que le da identidad a la obra, pues dice que él ha escrito en francés y no son esas obras francesas. Es la nacionalidad del autor lo que la determina.

---

<sup>50</sup> *Ibidem*, p. 886.

<sup>51</sup> José María Vigil, “Algunas consideraciones sobre la literatura mexicana”, en J. Ruedas de la Serna, coord., *La misión del escritor*, p. 278.

<sup>52</sup> El Duque Job [M. Gutiérrez Nájera], “Crónica del Domingo”, en *El Partido Liberal*, 2 de agosto de 1885, en *Hemeroteca Nacional Digital de México*. [Consulta: 30 de junio, 2019].

<sup>53</sup> *Idem*.

Al exponer con claridad su idea de la literatura propia, Gutiérrez Nájera muestra su divergencia con la doctrina de Altamirano. “Las literaturas no se forman al antojo de nadie”, expresa. Para constituir una literatura propia no era necesario seguir un programa sino el talento individual: “Una literatura propia no es, en resumen, más que la suma de muchas poderosas individualidades. Poco importa que éstas hayan contribuido al fondo común de la literatura con obras en que se pinten otros países o se canten proezas de héroes extraños.”<sup>54</sup> Por otro lado, era necesario que los escritores tuvieran libertad creativa y se nutrieran de las más diversas fuentes: “Hoy no puede pedirse al literato que sólo describa los lugares de su patria y solo cante las hazañas de sus héroes nacionales. El literato viaja, el literato está en comunicación íntima con las civilizaciones antiguas y con todo el mundo moderno.”<sup>55</sup> En conclusión, para Gutiérrez Nájera no se puede negar la existencia de una literatura mexicana.

### *Conclusiones*

La polémica entre Ignacio Manuel Altamirano y Francisco Pimentel condensa una serie de problemas literarios que habían sido discutidos a lo largo del siglo. Como hemos afirmado con relación a las polémicas anteriores, el tema lingüístico era sólo la superficie de un conflicto que en esencia era ideológico. Para Altamirano, política, lengua y literatura son tres elementos que, en parte orgánicamente, pero también conscientemente, se moldean en pos de una identidad nacional. Para Pimentel, la lengua y la cultura hispánicas constituyen una herencia inalienable.

Escritores como José María Vigil y Manuel Gutiérrez Nájera, habiendo conocido las dos perspectivas, dieron un paso adelante en la discusión, discerniendo entre los motivos ideológicos y las manifestaciones concretas. Ambos apreciaron el valor de la teoría nacionalista de Altamirano al tiempo que expresaron sus desacuerdos. Con base en la investigación bibliohemerográfica, concluyo que esta polémica no se constituye de un debate único, sino de varios y que es posible reconstruir el discurso nacionalista de Altamirano y el casticista de Pimentel, principalmente, a través del diálogo entre dos obras,

---

<sup>54</sup> *Idem.*

<sup>55</sup> *Idem.*

el *Prólogo a Pasionarias* del primero y su réplica en la *Historia crítica de la poesía mexicana*.

### III. 2 La polémica modernista

Algunos comentarios sobre la perspectiva metodológica me parecen necesarios antes de entrar en materia, pues hemos denominado como “polémica modernista” lo que en realidad son varios debates. La historiografía había dado con frecuencia este nombre sólo a un debate, el de 1897, generado a partir de la publicación del poemario *Oro y negro* de Francisco Modesto de Olaguíbel. No obstante, a partir del rescate documental realizado por Belem Clark y Ana Laura Zavala —*La construcción del modernismo*— es posible observar con más claridad que el modernismo tuvo un desarrollo a lo largo de tres décadas, durante las cuales cobraron vida siete debates entre 1876 y 1907 que fueron de particular relevancia para su definición, ya que a través de éstos sus defensores tuvieron la oportunidad de dar forma a sus planteamientos teóricos.

Es por tanto lógico que esta polémica se diferencie de las anteriores en su extensión y en un mayor número de participantes. Por otro lado, hay que considerar que existen razones para que la polémica se haya mantenido con vida: hubo una “causa” qué defender —la libertad artística— y una militancia que no se apagó, si acaso, se transformó. Finalmente, podemos decir que el interés por debatir fue real. Lo cual se debió a la visión irruptora de la literatura modernista al margen del proyecto de literatura nacional.

Los debates en los que hemos decidido enfocarnos son los de 1893, que podríamos considerar como la manifestación pública del movimiento; el de 1896 respecto al estado de la literatura nacional y la relación entre el pueblo y la literatura; el debate de 1897 mencionado líneas arriba y el de 1907 sobre la reaparición de la revista *Azul*.

La polémica modernista, a través de uno o varios debates, ha sido privilegiada en nuestra historiografía. Parece lógico que al ser el modernismo el movimiento con el que la literatura americana había tomado posesión del mundo,<sup>56</sup> suscitó gran interés en algunos críticos casi contemporáneos como Max Henríquez Ureña, y en nuestros críticos a lo largo del siglo XX: José Luis Martínez, José Emilio Pacheco, Luis Mario, Schneider —entre otros—y más recientemente Belem Clark y Ana Laura Zavala.

---

<sup>56</sup> Parafraseo a José Luis Martínez, *La expresión nacional*, p. 79.

Hablar de quiénes son los polemistas en este caso, resulta complicado debido a la poca información con la que contamos sobre algunos críticos: Primitivo Rivera Fuentes, Aurelio Horta, José Monroy. Sin embargo, podemos decir, a grandes trazos, que estos debates fueron protagonizados por uno o más escritores modernistas —Tablada y Nervo los principales— y por los críticos, periodistas apegados a la poética romántica nacionalista.

### III. 2. 1 El debate de 1893

Esta querrela es el umbral de una serie de discusiones sobre la nueva estética, que todavía no se denomina modernista. Tras la publicación del poema *Misa negra* (8 de enero de 1893) que le cuesta a Tablada el despido como director de la sección literaria del diario *El País*, el autor se ve obligado a explicar su posicionamiento. En el artículo titulado “Cuestión Literaria. Decadentismo”, dirigido “a los señores Balbino Dávalos, Jesús Urueta, José Peón del Valle, Alberto Leduc y Francisco de Olaguíbel”, anuncia la próxima aparición de la *Revista Moderna*, donde tendrán cabida las expresiones de una renovada estética.<sup>57</sup> El escrito pone de manifiesto la unión fraterna de este grupo de artistas a quienes hermana una “idoneidad psíquica”. Para el autor es importante explicar cuál es la razón que los ha unido, cuál es el espíritu que atraviesa su época y la ruptura que este grupo significa para una sociedad que califica como burguesa a la que causan “indignaciones y furores”.

Sin embargo, la primera reacción al texto de Tablada proviene de uno de sus cofrades, Jesús Urueta. Podemos calificar este acto como sintomático, pues anuncia una inconformidad fundamental tanto de los postulantes como de sus críticos. En el texto “Hostia. A José Juan Tablada”, Urueta critica el término “decadentismo” y realiza un minucioso análisis. Tablada hablaba en su primera carta de un decadentismo literario y otro moral, que, sin embargo, se suceden. El decadentismo moral se explica como un estado de ánimo, “la fisonomía de las almas”, que resulta del ambiente de la vida moderna. En tanto que el decadentismo literario lo define el mismo Tablada de la siguiente forma:

[...] consiste en el refinamiento de un espíritu que huye de los lugares comunes y erige Dios de sus altares a un ideal estético, que la multitud no percibe, pero que él distingue con una videncia moral, con un poder para sentir, lo *suprasensible*, que no por ser raro deja de ser un hecho casi fisiológico en ciertas idiosincrasias nerviosas, en ciertos temperamentos hiperestesiados.<sup>58</sup>

---

<sup>57</sup> José Juan Tablada, “Cuestión literaria. Decadentismo”, en B. Clark de Lara y L. Zavala Díaz, antólas., *La construcción del modernismo*, pp. 107-125.

<sup>58</sup> *Ibidem*, 108-109. [subrayado en el original]

En su análisis, Urueta señala, en primer lugar, que el término decadentismo implica decaer, ya sea en la escala moral o literaria y que si el decadentismo literario supone “el refinamiento de un espíritu que huye de los lugares comunes”, “la videncia moral”, “la hiperestesia del temperamento”, todos conceptos que remiten a la elevación más que al descenso, está faltando a la lógica, se le está dando al término un significado que no tiene.<sup>59</sup>

La discusión por la terminología no era superficial, significaba la forma en que se miraban a sí mismos y cómo querían ser vistos. Como decadentes se les asociaba a la escuela francesa de Baudelaire, a la trasgresión moral, tanto en los motivos de su literatura como en el propio estilo de vida. Como decadentes estaban condenados, malditos.

En segundo lugar, Urueta le rebate a Tablada que en la fórmula utilizada para definir el decadentismo podría estar comprendido el arte entero, y que atendiendo a la ley de la producción de Taine, “la notación literaria de los estados morales constituye las diferentes formas del arte, las diferentes escuelas estéticas”. Es decir, que existen tantas escuelas literarias como estados morales. Y que el decadentismo es una escuela más. Finalmente, Urueta, convencido de que “no hay dogmas estéticos”, le pide a Tablada “que la *Revista Moderna* no sea el portavoz de una *secta literaria* exclusivista y fanática”.<sup>60</sup>

Este debate es testimonio de que decadentismo y modernismo no fueron sinónimos y que el deseo de fundar la *Revista Moderna* nació tempranamente, antes incluso de que la *Revista Azul* de Gutiérrez Nájera y Díaz Duffo viera la luz.

En respuesta al texto de Urueta, José Primitivo Rivera Fuentes, bajo el seudónimo Pílates, hace una elaborada crítica a los postulados de Tablada. Al igual que Urueta, Primitivo Rivera recurre a la filosofía de Taine, y argumenta que “Los decadentistas, si así puede llamárseles, no encarnan la manera de ser literaria de un pueblo, de una época o de un siglo”.<sup>61</sup> Para él no existe sino una escuela “la del talento”. Defiende, además, —como Urueta—, la universalidad del arte por encima de las manifestaciones que en cada época surgen como resultado del medio. En su opinión, el romanticismo fracasó “porque no correspondía con el estado de las conciencias”. Y el mismo destino encuentra para el decadentismo. Dice de esta literatura: “Habla a los enfermos, pero no toda la humanidad

---

<sup>59</sup> Jesús Urueta, “Hostia. A José Juan Tablada”, en B. Clark de Lara y L. Zavala, antólas., *op. cit.*, p. 111.

<sup>60</sup> *Ibidem*, p. 118. [subrayado en el original]

<sup>61</sup> Pílates [José Primitivo Rivera Fuentes], “Borriones, I. Decadentismo”, en B. Clark de Lara y L. Zavala antólas., *op. cit.*, p. 120.



padece, [...] sube al cerebro y despierta al delirio o a las alucinaciones, pero no toda la humanidad es neurópata”.<sup>62</sup> Califica los textos decadentistas como “desequilibrios”, “aberraciones patológicas”, “majaderías de poseídos” —calificativos que se repetirán con frecuencia en voz de críticas menos serias. Su conclusión es que la definición que hace Tablada del decadentismo literario corresponde a una definición ampliada del genio, o como dice Urueta del arte literario.

Como se puede apreciar, la asociación del movimiento decadentista con conceptos irruptores tanto en lo estético como en lo moral fue una de las principales críticas tanto de detractores como de seguidores. La segunda preocupación fue la crítica al reduccionismo planteado por el movimiento. Los comentarios de Urueta como los de Primitivo Rivera evidencian un error fundamental en reducir el fenómeno artístico a una estética particular.

Un aspecto ideológico interesante a lo largo de la discusión es la utilización de las teorías positivistas por los críticos, quienes a través de éstas “sistematizaron los juicios antes burlones e irónicos”.<sup>63</sup>

Otro tema de discusión recurrente durante la polémica fue el lenguaje, el cual no fue sólo criticado sino totalmente incomprendido; se le calificó como ininteligible, rebuscado o sin contenido.

Para comprender la propuesta modernista de renovación del lenguaje es importante observar —como dice Aníbal González— que se sustenta en una visión del lenguaje “como artefacto humano, [...] con su propia profundidad histórica, y con una materialidad casi palpable”.<sup>64</sup> Esta noción condujo a la visión del lenguaje como objeto de lujo y a la cultura como artificio.<sup>65</sup>

Otras acusaciones dirigidas al movimiento decadentista tienen relación con la inmoralidad de sus temas, personajes y escenarios. Por ejemplo, Primitivo Rivera califica de “majaderías de poseídos”<sup>66</sup> sus creaciones, y de buscar en “lo demente, en lo sucio, en

---

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 123.

<sup>63</sup> B. Clark de Lara y L. Zavala, “Introducción” a *La construcción del modernismo*, p. XXXVI.

<sup>64</sup> Aníbal González, “La crítica literaria en Hispanoamérica”, en Roberto González Echeverría y Enrique Pupo Walker, eds., *Historia de la literatura hispanoamericana II. El siglo XX*. p. 442.

<sup>65</sup> *Idem.*

<sup>66</sup> Pilades [J. P. Rivera], *op. cit.*, p. 120.

lo lascivo” su inspiración. Otro crítico —Indolente— juzga que sus temas “nacen de espasmos libidinosos”.<sup>67</sup>

Las motivaciones de la polémica modernista, como vemos, no fueron únicamente estéticas, hubo también una inconformidad moral e incluso un reclamo hacia la actitud de los escritores. En mi opinión, molestó por igual la actitud del artista vidente que la trasgresión literaria. Sin embargo, desde la perspectiva modernista, esa actitud no es un simple elitismo, sino una verdadera voluntad de trascender las formas y valores que les presenta la realidad y la historia; son “el sentimiento y la imaginación” buscando las formas para manifestarse, y es el resultado del “estado actual de las creencias y la ciencia”, como escribe Jeanbernat en defensa del decadentismo.<sup>68</sup>

### III. 2. 2 El debate de 1896

Amado Nervo sostiene un nuevo debate en la prensa respecto al estado de la literatura nacional y la relación entre el pueblo y la literatura. Éste responde a una crítica publicada unos días antes en un diario de la capital, donde se afirmaba que la literatura contemporánea era una literatura enferma que “no llegaba hasta el pueblo que era quien más necesidad tenía de ella, y que, por lo tanto, era inútil”.<sup>69</sup> A lo que el poeta replica que “puesto que los literatos en México no escribían por obtener gloria y dineros, ya que no creían en la primera y los segundos no se obtenían en México escribiendo literatura, justo era que se les dejase escribir por y para el arte.”<sup>70</sup> Además, sostiene que el pueblo no comprende a los escritores, ni a los decadentistas ni a los que se dice escribieron para el pueblo, como Payno, Cuéllar o Guillermo Prieto.

Ante tales afirmaciones, Aurelio Horta recrimina a Nervo su “desdén por la gente del pueblo” y su “olímpica aristocracia”; argumenta que el pueblo “ama la música y la poesía y sabe acogerla con amor” y defiende que el público no guste de la literatura decadentista, pues “con esos versos decadentistas que parecen escritos en casa de orates y que el pueblo con su buen sentido, rechaza y ridiculiza, porque con *efebos* y *glaucos* y *azulinas* y demás

---

<sup>67</sup> Indolente, *op. cit.*, p. 137.

<sup>68</sup> El texto “Decadentismo”, firmado por Jeanbernat, hace la apología más cercana al modernismo en este primer debate de 1893, en B. Clark de Lara y L. Zavala, antólas., *op. cit.*, pp. 151-157.

<sup>69</sup> Rip-Rip [Amado Nervo], “Fuegos fatuos. Nuestra literatura”, en B. Clark de Lara y L. Zavala, antólas., *op. cit.*, p. 163.

<sup>70</sup> *Idem.*

palabrejas bombásticas, no puede expresar sus amores y sus quejas”; e invita al periódico *El Nacional* a que sea más justo con el pueblo y a que “contribuya a la buena obra de escribir para él lo que lo instruya y lo conmueva”.<sup>71</sup> Por su parte, el doctor P.P. (Ch.) [José Monroy] enlista obras literarias que considera del gusto del pueblo y con valor literario.<sup>72</sup>

Nervo responde ambas réplicas y argumenta que no existe tal desprecio por el pueblo, ni es culpa del pueblo su ignorancia, pero que no se puede negar que la haya. Respecto a la literatura que ha de escribirse, defiende que debe seguir evolucionando y por lo tanto no puede detenerse, por ejemplo, en el romanticismo, a la que considera ya una escuela vieja; por otro lado, argumenta que la literatura “para obrar, para ejercer su poderosa fuerza, requiere y presupone cierta instrucción; que no es su misión amamantar inteligencias, sino enderezarlas al buen camino, vigorizarlas, enseñarles el secreto de lo bello y de lo bueno”. Toca tangencialmente las causas que mantienen al pueblo en la ignorancia; la responsabilidad del Gobierno de instruir al pueblo; de “ver las manifestaciones del arte y la literatura con buenos ojos, y dar al libro y a la obra artística las franquicias que les conceden todos los gobiernos cultos”. Y denuncia también que “en nuestro país se reputa aún al arte y a la literatura como cosas de adorno, inútiles por completo”.<sup>73</sup>

La disputa entre Nervo y sus opositores Aurelio Horta y José Monroy puso sobre la mesa una proclama que se reconoce como genuinamente modernista: la autonomía del arte y el reconocimiento del escritor como profesionista. También expone el rezago educativo en el que se encontraba el país, no únicamente por la incapacidad del Estado para proporcionar educación al pueblo, sino porque el programa cultural de la época porfiriana era de orientación elitista.<sup>74</sup> Es claro el contraste con el programa cultural posrevolucionario que intentará masificar la educación, y que, como deseaba Nervo, subsidiará tanto las producciones artísticas como a los autores. Lo cual no fue en todos los casos benéfico, pues el mecenazgo gubernamental pone en una posición incómoda al artista que se ve condicionado ideológicamente. Finalmente, la discusión sobre la relación del

---

<sup>71</sup> Aurelio Horta, “Literatura para el pueblo”, en B. Clark de Lara y L. Zavala, antólas., *op. cit.*, p. 171.

<sup>72</sup> Doctor P.P. (Ch.) [José Monroy], “A Rip-Rip. Nuestra literatura”, en B. Clark de Lara y L. Zavala, antólas., *op. cit.*, pp. 167-170.

<sup>73</sup> Rip-Rip [Amado Nervo], “Fuegos fatuos. La literatura y el pueblo”, en B. Clark de Lara y L. Zavala, antólas., *op. cit.*, pp. 175-179.

<sup>74</sup> *Vid.* Jorge Ruffinelli, “La crítica literaria en México: ausencias, proyectos y querellas”, en *Revista de crítica literaria latinoamericana*. p. 153.

pueblo con la literatura parece estar hoy tan vigente como ayer, no obstante haber transcurrido el siglo de las reformas sociales. La sociedad mexicana es una sociedad que lee poco y menos literatura.

Los argumentos aludidos por los personajes en disputa dan cuenta de dos visiones divergentes del fenómeno estético; para Nervo el arte dice “presupone cierta instrucción”, es decir que se acerca a la visión moderna, donde el objeto estético es interpretado a partir de un lenguaje particular, evidentemente no al alcance de todos. En tanto que para sus opositores el arte debe conmover e instruir, por lo tanto ser accesible.

La discusión ponía también de manifiesto la ruptura de la estética modernista con los valores de utilidad social tan importantes para el pensamiento ilustrado y el romanticismo nacionalista.

### **III. 2. 3 El debate de 1897**

Con motivo de la publicación del poemario *Oro y negro* de Francisco Modesto de Olaguíbel, Victoriano Salado Álvarez inicia el que será el más comentado de los debates modernistas. Para este momento, el movimiento modernista había ganado una posición central, ya que algunos de sus representantes participaban asiduamente en las secciones culturales de los periódicos<sup>75</sup> y “en 1897, de acuerdo con un reportero del periódico *El Universal*, cinco de los diez libros de creación editados en la ciudad de México pertenecieron a autores del grupo”.<sup>76</sup>

La crítica de Victoriano Salado Álvarez, basada nuevamente en las teorías de Hippolyte Taine y en los *Estudios de psicología contemporánea* de Pablo Bourget, se avoca a criticar los errados “procedimientos literarios” del autor, esto es en imitar una escuela nacida en París, completamente ajena al medio mexicano. Al mismo tiempo, ensalza la calidad del autor y encuentra benéfica la experimentación en la forma que el movimiento modernista ha llevado a cabo pues “mucho ha de servir para enriquecer el acervo común de la lengua”.<sup>77</sup>

---

<sup>75</sup> B. Clark de Lara y L. Zavala, “Introducción” a *La construcción del modernismo*, p. XXXIV.

<sup>76</sup> Un Reporter *apud*, B. Clark de Lara y Zavala, “Introducción” a *La construcción del modernismo*, (nota 36), p. XXXV.

<sup>77</sup> Victoriano Salado Álvarez, “Los modernistas mexicanos. *Oro y negro*”, en B. Clark de Lara y L. Zavala, *antólas.*, *op. cit.*, pp. 203-212.

Amado Nervo responde que “la literatura, podrá elevar la intelectualidad del medio; mas nunca el medio creará la literatura”.<sup>78</sup> Y que más allá de la cuestión de si la escuela modernista es adecuada o no al país, se halla el valor mismo de ésta. El cual trasciende “el trabajo de pulimentación y la riqueza del léxico” y se encuentra en los fines a los que se dirige “el símbolo y la relación”.

Al responder a Nervo, Salado Álvarez insiste en que “el artista es un producto” y que las escuelas literarias no pueden adaptarse a un medio que difiere en la forma de pensar y sentir de aquel en el que nacieron. Respecto a la búsqueda del simbolismo opina que hay pueblos con “tendencia al símbolo” como otros poseen “imaginación lozana” y otros “profundidad de intelecto”.<sup>79</sup>

José Juan Tablada se suma a la polémica, e insiste en la independencia de ciertas manifestaciones artísticas del medio donde surgen: “Hay literaturas y hay artes que no resultan de ningún estado social y que, sin embargo, son inmortales”.<sup>80</sup>

Por supuesta petición de José Juan Tablada, Jesús E. Valenzuela hace su aparición en el debate a través de una larga carta en la que resume la discusión desde su inicio y sobre todo, donde consigue dar respuesta a las incompatibles visiones de los querellantes. Valenzuela opta por explicar por qué el medio intelectual mexicano de su tiempo es “puramente francés” y por qué es totalmente legítimo su sentimiento modernista, puesto que es resultado de la difusión de las ciencias y la filosofía positiva en las aulas preparatorias:

La difusión de las ideas positivistas hecha más tarde por los discípulos de Barreda, la lectura de materialistas, pesimistas (Büchner, Schopenhauer) y otros desconsoladores, y la de los poetas franceses Baudelaire, Mallarmé, Verlaine, en una atmósfera no sólo saturada por la duda y el desencanto, sino por el desprestigio de nuestras inocentes creencias seculares entre el pueblo mismo, fijaron definitivamente la dirección de la poética [...]<sup>81</sup>

En el mismo tono conciliador, Valenzuela argumenta la posibilidad de pensar y sentir de igual forma en sociedades alejadas, dado que “desde el descubrimiento de las fuerzas

---

<sup>78</sup> A. Nervo, “Los modernistas mexicanos. Réplica”, en B. Clark de Lara y L. Zavala, antólas., *op. cit.*, pp. 215-220.

<sup>79</sup> V. Salado Álvarez, “Los modernistas mexicanos. Réplica a Amado Nervo”, en Clark de Lara y Zavala, antólas., *op. cit.*, pp. 225-230.

<sup>80</sup> J. J. Tablada, “Los modernistas mexicanos y *monsieur* Prudhomme”, en Clark de Lara y Zavala, *op. cit.*, p. 232.

<sup>81</sup> Jesús E. Valenzuela, “El modernismo en México”, en B. Clark de Lara y L. Zavala, antólas., *op. cit.*, pp. 239-240.

físicas, podemos observar que de la mano somos conducidos a la unidad de la civilización y del pensamiento”.<sup>82</sup>

La continuación de las réplicas sirve a Nervo para redefinir en el camino preceptos sobre el movimiento literario. En el texto “Los modernistas mexicanos. Réplica a Victoriano Salado Álvarez” declara:

Empiezo por decir que el decadentismo ha muerto.

Queda, como una palabra anodina, en los labios de quienes jamás lo entendieron, como una palabra tan impenetrable cual la antigua Kábala, como una palabra que fue símbolo de revolución, bandera de rebeldes y espantajo de ingenios rectilíneos y normales. [...] El decadentismo no fue una escuela, fue un grito [...]<sup>83</sup>

Así pone Nervo fin a la filiación con la escuela decadentista, y todavía más, concluye que no constituyen escuela alguna. Acepta que incurren en la imitación del procedimiento artístico pero “en cuanto a la idea, vuela ampliamente”. Y en el mismo tono de libertad creativa y sin ataduras, y con el fin de clausurar el tema de las influencias dice que si bien “no queremos ser poetas autóctonos y aborígenes”, “tampoco tenemos padres intelectuales: nos engendramos a nosotros mismos, desde el principio”. Nervo ve en el símbolo un proceso estético que sustenta todas las grandes obras, por lo que la estética que persiguen los modernistas está justificada y es deseable.

La respuesta de Salado Álvarez expone dos cuestionamientos que resultan lógicos en la discusión modernista. El primero tiene relación con la exposición que hizo Jesús E. Valenzuela sobre la gestación del espíritu modernista a partir del estudio de las teorías positivistas. “¿Cómo [...] atribuir a la evolución científica esta algarada anticientífica?”<sup>84</sup> se pregunta Salado Álvarez. Y el segundo en relación con el contexto, donde “[la sociedad mexicana] lejos de encontrarse hastiada de civilización y ahíta de adelanto, quiere que le den uno y otro a manos llenas”.<sup>85</sup>

---

<sup>82</sup> *Ibidem*, p. 245.

<sup>83</sup> A. Nervo, “Los modernistas mexicanos. Réplica a Victoriano Salado Álvarez”, en B. Clark de Lara y L. Zavala, antólas., *op. cit.*, p. 250.

<sup>84</sup> V. Salado Álvarez, “Los modernistas mexicanos. Réplica al señor don Jesús E. Valenzuela”, en B. Clark de Lara y L. Zavala, antólas., *op. cit.*, p. 278.

<sup>85</sup> *Ibidem*, p. 282.

### III. 2. 4 El debate de 1907

La prolongada polémica modernista ve su fin el año de 1907, al generarse un último enfrentamiento con motivo de la reaparición de la *Revista Azul*, a cargo de Manuel Caballero, quien en un último aliento declara la “¡Guerra al decadentismo!”, al que compara con el “lirio acuático de Chapala” y de sus poesías opina: “Son anémicas flores, desteñidas y paliduchas, con un desesperado parecido de todas entre sí”. Y pugna por “la obra de arte, vigorosa, masculina y fuerte”.<sup>86</sup>

Hay que notar en el comentario de Caballero la aparición de un lenguaje supuestamente relacionado con la masculinidad que se repetirá con frecuencia más adelante en las críticas a los Contemporáneos. Vemos en estos comentarios la temprana gestación de una retórica sexista aplicada a la literatura.

Quienes responden a Caballero, sorprendentemente, no son en primer lugar los ya conocidos modernistas, sino otros jóvenes, quienes se declaran modernistas “en la amplia aceptación de ese vocablo, esto es: constantes evolucionarios, enemigos del estancamiento, amantes de todo lo bello, viejo o nuevo, y en una palabra, hijos de nuestra época y nuestro siglo”.<sup>87</sup> La nueva generación declara el modernismo acabado y toma en sus manos el porvenir.

Estos jóvenes interpretaban como una traición a Gutiérrez Nájera la empresa de Caballero, pues calificaban de “antimodernista” su programa. Veían en esta actitud el intento de revivir una literatura conservadora y caduca. En la explicación de Jorge von Ziegler, la traición observada por la joven generación era infundada y producto del mismo ambiente de contradicciones que había representado la larga construcción del modernismo.<sup>88</sup>

Gutiérrez Nájera había expresado en su ensayo “El arte y el materialismo”<sup>89</sup> su rechazo a “las desconsoladoras teorías del realismo, y del asqueroso y repugnante positivismo”;

---

<sup>86</sup> Manuel Caballero, “¡Guerra al decadentismo! Resurrección de la *Revista Azul...*”, en Clark de Lara y Zavala, antólas., *op. cit.*, pp. 325-331.

<sup>87</sup> “Protesta de los modernistas”, en B. Clark de Lara y L. Zavala, antólas., *op. cit.*, p. 336.

<sup>88</sup> Jorge von Ziegler, “Las revistas azules”, en B. Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra, edas., *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*. Vol. II Publicaciones periódicas y otros impresos, pp. 220-222.

<sup>89</sup> M. Gutiérrez Nájera, “El arte y el materialismo”, en B. Clark de Lara y L. Zavala, antólas., *op. cit.*, pp. 3-36.

había señalado, como sus mayores, que el arte se constituye de “lo verdadero, lo bueno y lo bello”, y declarado que eran los poetas de su especie los merecedores de “las palmas de la patria”, “los defensores del amor y la familia, de la sociedad y la patria, los mantenedores denodados de la belleza”. En conclusión, la poética del Duque Job estaba, ciertamente, compuesta de las ideas modernas de libertad creativa, cruzamiento de literaturas, búsqueda de la belleza, idealismo, pero también de valores románticos.

Estos jóvenes eran quienes serían más tarde conocidos como los ateneístas. Habían crecido en la paz porfiriana y habían sido educados en el positivismo de la Escuela Nacional Preparatoria, y helo aquí, el resultado del proceso que había explicado Jesús E. Valenzuela acerca de cómo el positivismo engendró su propio rechazo.

Los noveles escritores que encabezaron la protesta literaria ponían en claro su interpretación del movimiento modernista: “nosotros no defendemos el modernismo como escuela, puesto que a estas horas ya ha pasado, dejando todo lo bueno que debía dejar, y ya ocupa el lugar que corresponde en las historias de la literatura contemporánea; lo defendemos como principio de libertad, de universalidad, de eclecticismo, de odio a la vulgaridad y la rutina”.<sup>90</sup> De esta forma estaban poniendo fin, no sólo a la polémica sino a la vigencia de la escuela modernista, al tiempo que se apropiaban del futuro: “¡Momias a vuestro sepulcros! ¡Abrid el paso! ¡Vamos hacia el porvenir!”.<sup>91</sup>

### *Conclusiones*

La lectura de los diferentes debates de esta polémica nos permite observar que el modernismo como un movimiento estético coherente fue una construcción. El término modernismo permitió la conciliación de lo que al principio fueron, al menos, dos estéticas diferentes. Los temas que se discutieron dan cuenta de que la nueva estética proponía una ruptura importante con el precepto de unir lo bello y lo útil. Que entraña, al mismo tiempo, un divorcio social, pues el escritor deja de concebir su obra y concebirse a sí mismo con una tarea moral o pedagogizante. Cabría matizar, con base en lo expresado por Nervo en el debate de 1896, que la idea de utilidad era distinta. Afirma el escritor que no era su tarea la de “amamantar inteligencias” sino “enseñarles el secreto de lo bello y lo bueno”. Es decir, para Nervo, el escritor sí cumple una función, la de instruir en el gusto estético. Lo cual

---

<sup>90</sup> “Protesta de los modernistas”, *op. cit.*, p. 336.

<sup>91</sup> *Ibidem*, p. 337.



también se confirma cuando argumenta que el gobierno debe patrocinar el libro y la obra de arte, como hacen los gobiernos cultos, pero que en México se les sigue viendo como “cosa de adorno, inútiles por completo”. De lo anterior también se desprende que, muy lejos de la imagen de los poetas bohemios, existía en escritores como Nervo el deseo de ser reconocidos tanto en lo social como en lo monetario.

Habría que señalar, además, que la idea de instruir en el gusto estético no era completamente nueva, pues había sido argüida también por Mociño, Alzate y Lacunza.

El divorcio social se manifestaba entonces en la teoría estética; se declaraba la independencia de la obra de arte; independencia respecto al público, los motivos, el medio, el lenguaje... En conclusión, una libertad creativa que se interpretaba como desapego, incluso desprecio, de la realidad social. El tema quiso discutirse de forma más teórica, con la inserción de las categorías de análisis social en la polémica de 1897, sin embargo, en lo esencial, los discursos se mantuvieron sin modificación. Ese espíritu de libertad fue una herencia para las nuevas generaciones, como se puede leer en el debate de 1907.

Finalmente, quisiera reflexionar sobre dos aspectos que se relacionan con la perspectiva metodológica con la que estos debates han sido estudiados, es decir, como la progresión del movimiento modernista. Por un lado, cabe señalar que en estas discusiones vemos también la subsistencia de otra tradición, la nacionalista, la cual se vivifica en el siglo XX. Por otro lado, habría que preguntarnos de qué manera dicha perspectiva metodológica afecta la lectura de estos autores en épocas posteriores. En mi opinión, el ambiente polémico en el que estos escritores desarrollaron su obra es condicionante de la forma en que se les lee todavía en la actualidad. No podemos omitirlo, pues es parte del contexto. Sin embargo, adentrarnos en estas discusiones nos lleva, necesariamente, a la constatación de opiniones teóricas y estéticas divergentes entre los mismos escritores denominados modernistas. Es decir, que el estudio de estas querellas debería servir para ampliar el panorama, y no únicamente para construir una idea de continuidad.

## CAPÍTULO IV. EL SIGLO XX

En los albores del siglo un nuevo grupo generacional se apoderaba de la escena cultural. Eran esos estudiantes que en 1907 advertían que iban por el porvenir. La generación del Centenario, luego conocida como el Ateneo de la Juventud: “una generación de ensayistas, filósofos y humanistas autodidactos”<sup>1</sup> que se proponían la renovación de las ideas, de la filosofía y la estética, pero también del orden social. Para ello utilizarían las armas de la cultura. Sus empresas comienzan en el ámbito de lo literario pero a medida que avanzan inciden cada vez más en el espacio social. Su primer proyecto, la revista *Savia Moderna* (1906), tiene corta duración pero señala un deseo temprano de diferenciarse de sus antecesores modernistas. Un año después realizan la protesta literaria, que vuelve del orden público el tema literario. El mismo año fundan la Sociedad de Conferencias “para tener trato directo con los públicos, para hablar con ellos”.<sup>2</sup> En los discursos que Bernardo Reyes y Diódoro Batalla pronuncian durante el homenaje a Gabino Barreda en 1908, Alfonso Reyes observa “la primera señal patente de una conciencia pública emancipada del régimen”.<sup>3</sup> En 1909 se constituye el Ateneo de la Juventud y en 1912 la Universidad Popular Mexicana para que en ella se formaran las clases populares que únicamente podían acceder a la educación primaria.<sup>4</sup> De esta forma, los ateneístas estaban llevando a cabo una “campaña cultural”, al tiempo que en el país emergía el movimiento armado. Con excepción de José Vasconcelos, estos intelectuales no se involucran activamente en la lucha pero son absorbidos con rapidez por los gobiernos posrevolucionarios para dirigir la educación y la cultura.

En el movimiento revolucionario de 1910 confluyeron actores de los más diversos estratos sociales, con motivaciones muy diferentes también.<sup>5</sup> Todos coincidían en detener la dictadura pero cada sector tenía en mente un plan prioritario. Madero representaba a una parte de la burguesía preocupada por la restitución de los principios democráticos de la

---

<sup>1</sup> Alfonso Reyes, *Pasado inmediato*, p. 66.

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 72.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 73.

<sup>4</sup> A. Reyes, “Universidad Popular Mexicana y sus primeras labores”, en Fernando Curiel Defossé, antól., *Anejo Documental*, pp. 371-372.

<sup>5</sup> Para esta descripción del movimiento revolucionario y el contexto político posrevolucionario me baso en Enrique Semo, *México: del antiguo régimen a la modernidad. Reforma y Revolución*.

República; los grupos militares de Zapata y Villa, de origen campesino y popular, buscaban, el primero, la repartición inmediata de las tierras agrícolas y, el segundo, sin un plan determinado, hacer justicia y realizar expropiaciones por mano propia. Los obreros y también parte de la burguesía apoyaron a Carranza por su programa constitucionalista. Dicha heterogeneidad, así como la incidencia del caudillismo —la lealtad al líder y no a un programa— propició en los primeros años “la incapacidad de formar un gobierno nacional con autoridad política”. Con la Carta Magna de 1917 quedaban saldadas algunas de las demandas principales del movimiento revolucionario, no obstante, la lucha de clases continuará de manera visible hasta 1940.<sup>6</sup>

La Revolución Mexicana constituye un parteaguas tanto en lo social como en lo ideológico: “La Revolución de 1910 ayudó a abrir tres brechas en la conciencia de México: la del nacionalismo, la de la educación y la del pensamiento crítico”.<sup>7</sup>

A pesar de que el nacionalismo fue un tema prioritario para los escritores románticos, éste adquiere significaciones distintas a principios del nuevo siglo, influido por la ideología socialista. El nacionalismo de los románticos consistía en lograr la emancipación cultural, la cual se habría de manifestar en la originalidad literaria, en tanto que el nacionalismo posrevolucionario se convierte en una ética que debe responder a los ideales revolucionarios. Los críticos de este período nos hacen ver que el término revolución se inviste de significaciones diversas y complejas, y sobre todo, se convierte en un instrumento político con el que se busca cohesionar, homogeneizar y promover actitudes y acciones que sostengan el nuevo régimen.<sup>8</sup> En el movimiento revolucionario habían convergido diversos impulsos ideológicos: “agraristas, nacionalistas, antirracistas y democráticos”.<sup>9</sup> Podemos decir que la retórica de los gobiernos posrevolucionarios absorbió estos impulsos y fraguó con ellos una ideología única.

Desde mediados del siglo XIX, la ideología socialista tuvo presencia en México a través de periódicos y en diferentes sociedades mutualistas, como el Gran Círculo de

---

<sup>6</sup> *Ibidem*, pp. 535-545.

<sup>7</sup> Jorge Ruffinelli, “La crítica literaria en México: ausencias, proyectos y querellas”, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, p. 153.

<sup>8</sup> *Vid.* Guillermo Sheridan, estudio introductorio a *México en 1932: La polémica nacionalista*, pp. 27-36 y Adriana Sandoval, “Reseña a *Querrela por la cultura revolucionaria (1925)*”, en *Literatura Mexicana* [en línea], pp. 258-261. [Consulta: 5 de febrero, 2017]

<sup>9</sup> E. Semo, *op. cit.*, p. 536.

Obreros. Sin embargo, estas asociaciones no evolucionaron en organizaciones políticas, fueron reprimidas y diluidas.<sup>10</sup> El Partido Liberal Mexicano, liderado por Ricardo Flores Magón, constituyó uno de los primeros intentos firmes de organización política socialista, la cual se definió como anarco-comunista. El marxismo florece en México entre 1910 y 1930, difundido por la ola de revoluciones. En este lapso se crean los partidos Socialista y Comunista Mexicano.<sup>11</sup> A pesar de su vitalidad en las primeras décadas del siglo XX, el movimiento socialista mexicano no pudo consolidarse como una fuerza de oposición efectiva. Esto pudo deberse a la falta de cohesión entre las diversas corrientes en su interior; al hecho de que el partido oficial había integrado el socialismo a su discurso nacionalista y en la práctica se apropiaba de las clientelas sindicales; además de las fuerzas reaccionarias (oligarquía y clero) siempre atentas a la defensa de sus intereses, entre otras.<sup>12</sup>

Para nuestro trabajo es relevante señalar que muchos artistas e intelectuales hallaron en este movimiento un nicho ideológico. No es difícil imaginar el entusiasmo vivido ante una corriente de cambio y esperanza. Algunos se proponen hacer de su obra artística una herramienta de transformación social, tal como se lo habían propuesto los escritores románticos. Por otro lado, los gobiernos posrevolucionarios fomentaron un arte que respondiera a las necesidades de la nueva política cultural. El arte debía tener como público a las masas, expresar la realidad inmediata y promover los valores de la revolución.

Para sobrevivir, el nuevo régimen recurrió, con enorme éxito, a una estrategia de amalgamamiento en los más diversos aspectos. En lo político, fusionó gobierno y partido, y como señalamos antes, cohesionó diversas corrientes ideológicas evitando así la oposición. Pensemos que la idea del mestizaje que propusieron filósofos de ese período es otro intento por integrar la diversidad.

Después de institucionalizada la revolución, el país transita hacia un modelo de crecimiento a toda costa —desarrollismo—. Coincide con la industrialización, la diversificación de las actividades económicas, las grandes migraciones del campo a la ciudad, la explosión demográfica, el desarrollo urbano y la emergencia de las clases medias. Entre 1930 y 1970 se crea el México moderno a través de instituciones,

---

<sup>10</sup> *Ibidem*, pp. 437, 546-547.

<sup>11</sup> *Ibidem*, pp. 551-552.

<sup>12</sup> *Ibidem*, pp. 547, 543-544.

infraestructura, empresas culturales y educativas y por medio de la incidencia del estado en la economía. Sin embargo, a este relato optimista se contraponen la represión a las protestas de los trabajadores y los estudiantes, los presos políticos, la inexistencia de democracia verdadera, las concesiones a los hombres de negocios, la corrupción y la deuda externa.

Al término de la Segunda Guerra el mundo queda a merced de las grandes potencias, en una guerra que para nuestro continente no fue fría sino tórrida y marcada por continuos episodios de violencia. Mientras en todo el continente surgen movimientos revolucionarios de índole socialista, el nuevo liberalismo se filtra en las cúpulas políticas y económicas. Las dictaduras militares —y su sombra, el intervencionismo norteamericano— ensombrecen los ímpetus revolucionarios. A la persecución y desaparición de militantes de izquierda se reacciona con episodios de terrorismo.

Con el fin del siglo, el ocaso del socialismo real llega, no sólo justificado por la derecha democrática, sino por los detractores de los regímenes socialistas. Sin embargo, el sistema económico e ideológico imperante, el neoliberalismo, está lejos de llevarnos a un estado de bienestar. El neoliberalismo ha encumbrado los poderes fácticos de forma tal que las divisiones sociales no sólo siguen presentes, revelan la catastrófica inercia a la división, marginación y explotación de una cúpula contra las mayorías. Ante ello, el socialismo como teoría sigue representando una esperanza.

El último movimiento armado en nuestro país, el del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en 1994, dio cuenta, una vez más, de nuestra tendencia histórica a ignorar la diversidad de las realidades.

#### **IV. 1 La polémica nacionalista de 1932**

Para estudiar esta polémica seguimos la compilación realizada por Guillermo Sheridan y respetamos el nombre que éste le ha asignado. Como hemos advertido en varias ocasiones a lo largo de este trabajo, la tarea de compilar conlleva en sí una perspectiva teórica y metodológica. En su propuesta hemerográfica, Sheridan va más allá de los textos publicados en *El Universal* y se adentra en el terreno de lo personal, a través de diarios y escritos epistolares.

La polémica de 1932 tuvo como principales protagonistas, por un lado, a los escritores llamados Contemporáneos, y por el otro a los escritores Ermilio Abreu Gómez y Héctor Pérez Martínez, que escribían por aquellos años en la revista *Crisol*, de corte marxista y

revolucionario.<sup>13</sup> A manera de árbitro, se incita a participar a Alfonso Reyes. A esta polémica la anteceden una serie de eventos que propiciaron un ambiente de hostilidad entre los artistas que se identifican con el discurso de la revolución en el arte y los que continúan la línea de la libertad artística con autonomía respecto de los proyectos políticos.

José Vasconcelos, al mando de la Secretaría de Educación Pública, convoca en 1923 al Congreso de Escritores y Artistas para conminarlos a la creación de un arte acorde con la realidad nacional. Como explica Sheridan, Vasconcelos se erige como árbitro de lo nacional y enuncia unas líneas directivas para la literatura. Surge “una ética de lo literaturizable como del literato: el escritor mexicano deber ser viril, y en su literatura deben percibirse gestos narrativos, temáticos o expresivos que pongan de manifiesto «lo que somos de verdad»”.<sup>14</sup>

La consecuencia a este llamado fue una polarización del ambiente cultural. Entre noviembre de 1924 y febrero de 1925 se desata una polémica en el *Universal Ilustrado* entre Julio Jiménez Rueda y Francisco Monterde, a partir de la encuesta dirigida a varios escritores a quienes se les preguntaba si existía una literatura mexicana moderna. Durante este debate se generó una retórica sexista donde lo viril estaba asociado con una literatura nacionalista y lo afeminado con una literatura no comprometida. Julio Jiménez Rueda escribió en el artículo “El afeminamiento en la literatura mexicana” que los escritores de otras épocas poseían

chispazos de genio, pasiones turbulentas, aciertos indudables y frecuentes y ponían en la obra un no sé qué, comprensión de la naturaleza circundante, amor, elegancia, pensamiento original, que la distinguía del modelo que la imitaba... Pero hoy... hasta el tipo de hombre que piensa ha degenerado. Ya no somos gallardos, altivos, toscos... es que ahora suele encontrarse el éxito, más que en los punto de la pluma, en las complicadas artes del tocador.<sup>15</sup>

En la polémica se presentan dos opiniones sobre la producción literaria: por un lado, los que opinan que existe una disociación entre lo que el momento histórico llama a producir, esto es una literatura revolucionaria, y, por el otro, los que apropiándose del mismo lenguaje llaman literatura viril a una obra que consideran de calidad, la cual no se conoce por las condiciones adversas de siempre: por falta de editoriales, por falta de

---

<sup>13</sup> Armando Pereira, *et al.* “Crisol. Revista de crítica” en *Enciclopedia de la Literatura en México* [en línea] [Consulta: 29 de julio, 2019]

<sup>14</sup> G. Sheridan, *op. cit.*, p. 45.

<sup>15</sup> Julio Jiménez Rueda, “El afeminamiento en la literatura”, apud Luis Mario Schneider, *Ruptura y continuidad. La literatura mexicana en polémica*, p. 162.

críticos, por falta de patrocinios. La polémica de 1925 adelanta dos temas que serán centrales en la dinámica cultural de todo el siglo: la oposición nacional-universal y la relación entre el artista y el estado.

La historiografía literaria coincide en destacar la conferencia “La poesía de los jóvenes en México” de Xavier Villaurrutia, el 29 de mayo de 1924, como “*el lugar de la irrupción de los Contemporáneos en la historia literaria del país*”.<sup>16</sup> Se trata del primer intento por presentarse como distintos al medio y parecidos entre sí en su concepción estética. En dicha conferencia, Villaurrutia reconocía a los poetas mayores de la poesía mexicana: Enrique González Martínez, Ramón López Velarde y José Juan Tablada, pero también a una nueva generación de poetas a los que había que “apartar en un grupo sin grupo” “por la seriedad y conciencia artística de su labor, porque sintetizan, en su proporción máxima, las realizaciones de un tiempo nuevo”. Se trataba de Jaime Torres Bodet, Carlos Pellicer, Ortiz de Montellano, Salvador Novo, Enrique González Rojo, José Gorostiza e Ignacio Bajaras Lozano. También hacía “un pequeño juicio al estridentismo”, pues no se podía negar que “consiguió rizar las superficie adormecida de nuestros lentos procesos poéticos”. Los comentarios que hacía a continuación calificaban al movimiento estridentista como poco original, unificado y carente de libertad, “una inconsciencia poética colectiva”.<sup>17</sup>

Otro de los desencuentros había sido provocado por la publicación de la *Antología de la poesía mexicana moderna* en 1928, editada por Jorge Cuesta, que muchos vieron como un dechado de arrogancia, pues en palabras de Evodio Escalante, la antología pretendía “convertirse en la piedra de toque” para distinguir “entre las figuras representativas de la tradición y los emisarios de la emergente renovación estética”.<sup>18</sup> En la antología, además, se incluían poemas de Manuel Maples Arce precedidos por una nota que podría haber redactado Jaime Torres Bodet,<sup>19</sup> donde se atribuía su popularidad no a los valores de su obra, sino al “marco de socialismo político en que ha sabido situarse”.<sup>20</sup>

Podemos observar que hasta 1932, el ambiente de confrontación había sido alimentado por las críticas que los escritores del “grupo sin grupo” habían expresado contra Manuel

---

<sup>16</sup> Evodio Escalante, *Elevación y caída del estridentismo*, p. 25. [subrayado en el original]

<sup>17</sup> Javier Villaurrutia, “La poesía de los jóvenes en México”, *apud* E. Escalante, *op.cit.*, pp. 26-27.

<sup>18</sup> E. Escalante, *op. cit.*, p. 11.

<sup>19</sup> Esta propuesta la habría hecho Guillermo Tovar y de Teresa en “Hallazgo en torno a los Contemporáneos *apud* E. Escalante, *op. cit.*, p. 28.

<sup>20</sup> *Antología de la poesía mexicana moderna*, *apud* E. Escalante, *op. cit.*, p. 26.

Maples Arce y el movimiento estridentista, las cuales no se limitaban a lo exclusivamente literario, insinuaban también el desacuerdo con el contexto ideológico. Sin embargo, habría que aclarar que el episodio polémico de 1932 no tiene como protagonista ni a Maples Arce ni a otros estridentistas, es decir que la divergencia estética ejemplificada con las opiniones anteriores es sólo una arista entre los diversos aspectos que creaban tensiones en el ambiente cultural.

La historiografía<sup>21</sup> nos permite advertir que a lo largo de una década los escritores que dieron origen a la revista *Contemporáneos* (1928-1931) trabajaron en diversas empresas culturales como las revistas *Falange* (1922), *Antena* (1924) y *Ulises* (1927-1928) (que paradójicamente expresaron en sendos programas no ser la revista de ninguna tendencia o grupo), así como la configuración del grupo *Ulises* que reunía las distintas manifestaciones artísticas —literatura, teatro, música y pintura— bajo el auspicio de Antonieta Rivas Mercado. Además de las obras que cada autor estaba produciendo y entre las cuales hubo (en algunos casos) complicidad de espejo. La revista que les dio nombre fue, como puede verse, la fase final y no el inicio de su trabajo conjunto. Pretendían crear una revista seria que fuera portal entre las literaturas extranjeras contemporáneas y la literatura americana. Tenían como modelos a la *Revista de Occidente* y la *Nouvelle Revue Française*.

Mientras tanto, los artistas y escritores que buscan una revolución cultural también se organizan y crean sus espacios de enunciación. Algunos estudios recientes señalan que es posible observar que el movimiento estridentista, que nació como un movimiento de experimentación formal y antinacionalista, se transformó en declaradamente revolucionario.<sup>22</sup> Maples Arce y Germán List Arzubide participan en 1928 con el gobernador de Veracruz, el general Heriberto Jara. A iniciativa de éste se crea la revista *Horizonte*, comandada por el grupo de los estridentistas. Ésta tiene el carácter de revista oficialista, defensora de la Revolución Mexicana, dirigida a un público amplio, no especializado y que además de los temas político-ideológicos y artísticos incorporó la

---

<sup>21</sup> Para este panorama me baso en Tayde Acosta Gamas, “El viaje del grupo Contemporáneos por las revistas...”, en Rose Corral, Anthony Stanton, James Valender, eds., *Laboratorios de lo nuevo. Revistas literarias y culturales de México, España y el Río de la Plata en la década de 1920*, pp. 205-221.

<sup>22</sup> E. Escalante, “Irradiador en su contexto” y Regina Crespo “¿Cosmopolitas o nacionalistas? La corta pero intensa trayectoria de las revistas *Forma*, *Ulises* y *Horizonte* (1926-1928)”, ambos en Corral, Stanton y Valender, *op. cit.*



difusión de la técnica.<sup>23</sup> Como se puede constatar, la publicación coincidía con una idea ampliada de la cultura, la cual debía servir para afrontar los problemas de la realidad inmediata.

De personalidad similar fue la revista *Crisol* (1926-1938)<sup>24</sup> en la que colaboraron Héctor Pérez Martínez y Ermilo Abreu Gómez, protagonistas de la polémica de 1932, los conocidos estridentistas, entre otros políticos y artistas. Esta revista, órgano del Bloque de Obreros Intelectuales, tenía como objeto “difundir y esclarecer la ideología de la Revolución Mexicana”, como anunciaba el primer punto de su programa. Es notable la voluntad de organización colectiva y de presentarse como intelectuales alejados del concepto aristocratizante, al considerarse “obreros”. En el segundo punto declaraban su interés por “discutir y señalar los temas de interés nacional e internacional” y por lo tanto, como establecía el tercer punto, dar preferencia “a los estudios sociales, políticos y económicos” por encima de los científicos y éstos antes que los artísticos y literarios. En el cuarto y quinto manifestaban el reconocimiento a los colaboradores como dueños de su trabajo y merecedores de retribución.

#### *Desarrollo de la polémica*

Podríamos hablar de dos momentos bien diferenciados en la polémica. Una primera parte donde los escritores llamados Contemporáneos responden a la encuesta —“¿Está en crisis la generación de vanguardia?”— del *Universal*. Y una segunda parte donde Héctor Pérez Martínez y Ermilo Abreu Gómez piden la intervención de Alfonso Reyes.

La encuesta del periodista Núñez Alonso tiene un efecto catártico en el grupo, quien a partir de este momento comienza un ejercicio de autoreflexión. Algunos encuestados aprovechan para abjurar del grupo (José Gorostiza y Samuel Ramos) y otros para afianzarse, como Villaurrutia. Aprovechan, además, el momento para manifestarse sobre tres tópicos que definirán su estética: la tradición, la originalidad y el universalismo.

---

<sup>23</sup> R. Crespo, “¿Cosmopolitas o nacionalistas?...”, *op. cit.*, pp. 353-359.

<sup>24</sup> Para esta descripción me baso en Gabriela Espinosa, “Intelectuales orgánicos y Revolución Mexicana. *Crisol* (1929-1934)”, en *Revista Iberoamericana*, pp. 795-810.

Hay que observar que la polémica es iniciada por un medio externo a ambos grupos, y que se trataba de una estrategia frecuentemente utilizada en aquel momento por este diario para crear controversia.<sup>25</sup>

El siempre comentado tópico de su inexistencia como grupo sale a la luz en la polémica, sobre todo porque hubo durante su desarrollo manifestaciones de “deslinde” por parte de algunos de los participantes.

Xavier Villaurrutia resalta durante la polémica por su liderazgo y por el interés en proyectar el trabajo trascendente del grupo:

Hubo un tiempo en que los escritores nos agrupamos con afinidades conscientes o inconscientes. Fundamos revistas. Escribimos libros que tienen, a veces, cierto aire de familia. Pensamos juntos. Decimos juntos lo que pensamos. Una vez que hayamos dicho todo lo que tenemos que decir juntos, nos separaremos, porque es necesario que así sea, para que cada uno diga lo más suyo, lo más secreto.<sup>26</sup>

Aunque una crítica niegue totalmente la existencia de los Contemporáneos como ente colectivo,<sup>27</sup> me parece que no existe mayor problema en aceptar que las metáforas que ellos mismos acuñaron para describirse expresan en alguna medida lo que fueron: “archipiélago de soledades”, “grupo sin grupo”, “grupo de soledades”. Es decir, un conjunto de subjetividades o individualidades que coinciden en el tiempo. Observemos, también, que estas metáforas coinciden en poner de relieve su lugar liminar entre la pertenencia y la no pertenencia. Durante el desarrollo de la polémica, este primer cuestionamiento conduce a otro respecto a las relaciones entre sus obras y finalmente si las revistas en las que participaron, sobre todo la que les dio nombre, fueron una visión de conjunto y si llegaron a expresarlos.

La desaparición de la revista *Contemporáneos* fue uno de los pretextos para decir que el grupo estaba en crisis, por lo tanto, Núñez Alonso insiste en su encuesta con las preguntas: “¿Cómo explican la poca duración de *Ulises*? [...] ¿Cómo en cuatro años de existencia de *Contemporáneos*, esta revista no logró formar verdadero núcleo, una

---

<sup>25</sup> Vid. Yanna Hadatty Mora, “*El Universal Ilustrado* en los años veinte: El posicionamiento en el campo cultural”, en Corral, Stanton, Valender, eds., *op. cit.*, p. 248.

<sup>26</sup> Xavier Villaurrutia, *apud* Gregorio Ortega, “Conversaciones en un escritorio con Xavier Villaurrutia”, en G. Sheridan, comp., *op. cit.*, p. 151.

<sup>27</sup> Manuel Fernández Perera, “Los años treinta”, en Manuel Fernández Perera, coord., *La literatura mexicana del siglo XX*, p. 130.

verdadera falange de escritores homogéneos e idóneos en una actitud?”<sup>28</sup> Tales interrogantes llevaron a aclaraciones, desacuerdos y matizaciones: Villaurrutia deja a Bernardo Ortiz de Montellano la responsabilidad de asumir el fracaso de *Contemporáneos*.<sup>29</sup> Éste no tiene problema en aceptar la responsabilidad que su dirección tuvo en el curso de la publicación, y de señalar la importancia que otorga a su legado.<sup>30</sup>

El crítico Manuel Fernández Perera, basado en los comentarios de Guillermo Sheridan, afirma que “ni la misma revista [*Contemporáneos*] fue la cohesiva y lograda empresa que la leyenda posterior quiso forjar”.<sup>31</sup>

De la presentación de la encuesta por Núñez Alonso podemos destacar que dibuja un supuesto panorama de crisis: falta de publicaciones, cierre de revistas, cierto halo de dispersión en el archipiélago... Atrás de las preguntas puntuales del periodista parece existir un reclamo: *¿Dónde está pues su promesa?*

Ya no los escritores identificados como estridentistas, sino nuevos replicantes (principalmente Ermilo Abreu Gómez y Héctor Pérez Martínez, y los simpatizantes de la revista *Crisol*)<sup>32</sup> continúan en su rechazo de esta faceta de la vanguardia literaria y presentando la suya con apego de la vanguardia política. Éstos entienden la vanguardia como literatura reactiva y socializante, lo cual en el contexto mexicano equivalía a hablar del recién acontecido acomodo social. Se trataba de una construcción ideal de nación recién nacida, de una esperanza depositada en el futuro. Contradictoriamente, esta idealización, que tanto pregona asirse en la historia, apuesta al futuro. Mientras que los *Contemporáneos* defienden su creencia en la perennidad de los valores universales, en la honestidad del escritor, el cual no debe quedar sujeto a ningún particularismo o ideología. Éstos hacían suya la tradición universalista en tanto que Abreu y sus partidarios entendieron como tradición aquello que hiciera referencia al pasado originario.

Dice Abreu de la vanguardia referida a los *Contemporáneos*:

---

<sup>28</sup> Alejandro Núñez Alonso, “Una encuesta sensacional. ¿Está en crisis la generación de vanguardia?” en G. Sheridan, comp. *op. cit.*, p. 109.

<sup>29</sup> X. Villaurrutia, *apud* A. Núñez Alonso, *op. cit.*, pp. 110-111.

<sup>30</sup> *Cf.* Bernardo Ortiz de Montellano, *apud* A. Núñez Alonso, *op. cit.*, p. 114.

<sup>31</sup> M. Fernández Perera, *op. cit.*, p.132.

<sup>32</sup> La revista *Crisol*, órgano del Bloque de Obreros Intelectuales, era financiada por los callistas del PNR. El comité de redacción estaba conformado por Narciso Bassols, Gerardo Murillo, Antonio Castro Leal, Daniel Cosío Villegas, Manuel Maples Arce, Diego Rivera y Héctor Pérez Martínez.

La vanguardia mexicana no corresponde a ninguna literatura nuestra. Por este vicio de formación, como ya he advertido, hemos creado literatos, pero no hemos fraguado ninguna literatura. La vanguardia mexicana no ha surgido para mejorar ni para empeorar ningún camino trazado o esbozado por nuestra sensibilidad, por nuestra mentalidad, por nuestro dolor, por nuestra angustia. Es ésta una vanguardia descastada que ha vuelto la espalda, impúdica, a la sangre de nuestro solar y se ha hecho sorda al latido de la angustia de nuestra raza. No es ésta una vanguardia con relación a nosotros. Es tan sólo una muestra, muestra inferior, muestra endeble, de la vanguardia extranjera.<sup>33</sup>

En su análisis de la polémica, Sheridan da cuenta del proceso de “representación selectiva” que se lleva a cabo en la construcción de esa cultura “auténticamente nuestra”. Ésta no puede ser sino excluyente, representativa y contrastiva.<sup>34</sup>

Una diferencia entre el programa nacionalista de Altamirano y el de 1932 radica en que el primero señalaba acciones concretas en tanto que el segundo, al menos en un principio, es sumamente abstracto. Al principio Abreu lo define por negación: la literatura mexicana tiene que ser como una literatura que no se ha hecho, posteriormente integra elementos como la obligación de representar a todos los miembros de la sociedad mexicana, utilizar el lenguaje popular o expresar el dolor de los mexicanos, al final, la cristaliza en la ideología del mestizaje.

Jorge Cuesta se convierte en el más entusiasta replicante de Abreu. Los textos de Cuesta destacan por dar un giro a los conceptos, sugiriendo suspicaces interpretaciones. Al término crisis Jorge Cuesta le da un giro y lo encumbra a un valor para su generación:

Casi todos [los Contemporáneos], si no puede decirse que son críticos, han adoptado una actitud crítica. Su virtud común ha sido la desconfianza, la incredulidad. Lo primero que se negaron fue la fácil solución de un programa, de un ídolo, de una falsa tradición. Nacieron en crisis y han encontrado su destino en esa crisis: una crisis crítica.<sup>35</sup>

Mientras que sobre la tradición concluye: “La tradición es tradición porque no muere, porque vive sin que la conserve nadie”.<sup>36</sup> La afirmación de Cuesta recuerda a otra de Gutiérrez Nájera: “Las literaturas no se forman al antojo de nadie”<sup>37</sup>, y a una que pronunciará muchos años más tarde Antonio Alatorre: “las lenguas se defienden solas”.<sup>38</sup>

---

<sup>33</sup> Ermilo Abreu Gómez, “¿Existe una crisis en nuestra literatura de vanguardia?”, en G. Sheridan, comp., *op. cit.*, p. 166.

<sup>34</sup> G. Sheridan, *op. cit.*, p.101.

<sup>35</sup> Jorge Cuesta, “Un artículo” en G. Sheridan, comp., *op. cit.*, p. 155.

<sup>36</sup> J. Cuesta, “La literatura y el nacionalismo” en G. Sheridan, comp., p. 216.

<sup>37</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, “Literatura propia y literatura nacional”, en Clark de Lara y Zavala Díaz, antólas, *La construcción del modernismo*, p. 86.

<sup>38</sup> Antonio Alatorre, “Segundo Intermezzo”, en *Ensayos sobre crítica literaria*, p. 112.

Lo que tienen en común estas afirmaciones es la constatación de la imposibilidad de la voluntad humana en el control de los fenómenos culturales.

Uno de los tópicos implícitos y explícitos en la polémica es el lugar del artista y el intelectual en la política. Lo que para los escritores decimonónicos era deseable (la subvención del Estado en la literatura y el arte) para los escritores posrevolucionarios representa una disyuntiva. Gozar de un puesto en la burocracia mexicana o en el servicio exterior se convierte para los escritores en una beca o en un reconocimiento, en tiempos en los que todavía no se estilaban ni becas ni reconocimientos. En muchas ocasiones se reclama “al grupo sin grupo” el haberse apropiado de un lugar de poder y de una protección gubernamental. Se les acusa de ser “una mafia”. Por otro lado, los escritores y artistas que simpatizan con las ideas de una revolución cultural colaboran en los proyectos del Estado no sin enfrentarse a censuras y conflictos ideológicos.

La segunda parte de la polémica puede considerarse a partir de la intervención de Alfonso Reyes, quien es especialmente llamado a fungir —dotado de “autoridad literaria y moral”— como censor. Hay un reproche que ya desde 1924 se le viene haciendo: desvincularse de los temas de actualidad en la literatura mexicana, que más bien es la exigencia de tomar partido por uno de los grupos de vanguardia. No obstante, se le reconoce como “la figura mejor lograda en las letras mexicanas”, y con este halago —al mismo tiempo— se le obliga a participar. Ermilo Abreu Gómez, a través de una carta destinada a Reyes y a Genaro Estrada, solicita su participación, y Héctor Pérez Martínez en su sección *Escaparate* del periódico *El Nacional* le hace una serie de recriminaciones: lo acusa de desvincularse voluntariamente de México y de los temas literarios actuales; de guardarse para experiencias ocasionales “nuestros panoramas y nuestras verdades”. También califica de inútil su gaceta *Monterrey* y hasta pone en duda el lugar del escritor regiomontano como miembro del Ateneo.

En respuesta a Héctor Pérez Martínez, Reyes hace su balance de la controversia en el texto *A vuelta de correo*. En el cual, como de costumbre, mantiene su tono conciliador y mesurado (aunque no deja de expresar su enojo con Pérez Martínez que “se ha saltado las trancas”) y analiza la situación con el criterio amplio que emana de su cultura. En *A vuelta de correo*, Reyes defiende su labor como crítico y difusor de la literatura mexicana desde el extranjero. Deja claro que en su visión de la literatura no cabe el desinterés en las

literaturas extranjeras (“nada puede sernos ajeno sino lo que ignoramos”; “*universal* nunca se confunde con *descastado*” —dice) y, aunque entre paréntesis, recomienda a “sus compañeros, como una práctica saludable, el dejar siempre, en el gabinete de las musas, una ventana a la calle; el ir con frecuencia al periódico y explicarse allí con el gran público.”<sup>39</sup> Insiste en la calidad literaria como el parámetro más importante al valorar las obras.<sup>40</sup>

Sobre el problema de lo nacional dice se trata de un proceso que no se debe forzar: “Interrogados los años, nos dirán que lo nacional se abre paso a pesar nuestro [...]”. Está de acuerdo en formar a los jóvenes haciéndoles conocer la literatura nacional pero a los escritores consumados hay que dejarlos trabajar en libertad, pues: “La realidad de lo nacional reside en una intimidad psicológica, involuntaria e indefinible [...]”. Explica que está abierto al análisis de las muy diversas teorías estéticas y enuncia las que para él son las únicas leyes: “la seriedad del trabajo, la sinceridad frente a sí mismo (no confundirla con la mala educación para los demás), y —digan lo que quieran las modas— una secreta, pudorosa, incesante preocupación del bien, en lo público y en lo privado”. Señala que comprende la inclinación a la deshumanización del arte pero tampoco la aplaude. Y explica que “cuando la poesía se desencariña de las realidades circundantes, puede decirse que vive gestándose a sí misma y así va afinando sus instrumentos en una atmósfera de pura retórica”. Entonces sobreviene una crisis que urge la necesidad de contenidos. Luego resulta “que sólo la buena forma es capaz de captar el buen contenido [...]”. Concluye que no hay más qué hacer que ponerse a escribir y ya el tiempo dirá quiénes son los buenos escritores. Y que si algunas tradiciones no los inspiran, las dejen de lado. Los insta al respeto y finalmente habla de la tarea en ciernes de alcanzar la madurez como nación.

El joven Héctor Pérez Martínez parece conformarse con lo expresado por Reyes. En la carta que le dirige posteriormente dice: “Hoy digo que acepto carta, amistad y reprimenda

---

<sup>39</sup> *A vuelta de correo*, en G. Sheridan, comp., *op. cit.*, p. 274. En éste, como en otros comentarios, Alfonso Reyes sugiere que el rechazo hacia los Contemporáneos y sus obras nace de su actitud. Reproduzco aquí la cita completa: “Hoy por hoy, los jóvenes poetas hacen a veces figura de parias y apestados en medio al concierto de la opinión, porque no se preocuparon de frecuentar a la gente. Y estos desdenes o estas timideces siempre se pagan. A lo mejor sale en la literatura una buena causa, y no encuentra nadie que la defienda. Hay que saber tomar el aire: lo cortés no quita lo valiente.” (*Ibidem*, pp. 274-275.)

<sup>40</sup> *Ibidem*, p. 277.

como tres enseñanzas”.<sup>41</sup> Y en efecto, Pérez Martínez cambia el tono de su discurso, en el cual expresa con sinceridad motivaciones de clase, emocionales y psicológicas que lo mueven a reclamar una literatura revolucionaria. La ideología nacionalista de Pérez Martínez se funda en componentes raciales, los cuales tendrían un correlato psicológico en “un pensamiento aborígen, indomable e indomado”. También acusa directamente a la psicología aristocrática que prefiere siempre lo extranjero por encima de lo local.

Los amigos de Reyes entran a la controversia en su defensa, y de paso, hasta Xavier Icaza da a conocer su *Panchito Chapopote*. Monterde defiende el mexicanismo de Reyes;<sup>42</sup> Antonio Castro Leal lo exhorta a participar porque “no hay gente de suficiente autoridad” que dé dirección a la campaña necesaria en favor de ciertos valores espirituales que requiere el país en el momento;<sup>43</sup> Abreu lo ensalza, lo coloca entre los buenos literatos (“su vida no descansa sobre la bruma de una acción fingida. Su vida tiene un signo de confianza: discurre con orden y sentido trascendente”);<sup>44</sup> José de Jesús Núñez y Domínguez lo encumbra tan alto que rápidamente se le califica de provinciano y cursi.

Héctor Pérez Martínez acepta públicamente la lección dada por Alfonso Reyes. Ermilo Abreu, al ver que ni Reyes ni Genaro Estrada darán su ponderado fallo a favor de la literatura que busque el alma nacional, regresa decidido a explicar su teoría. La discusión se desborda del tema literario a las responsabilidades morales (que en gran parte de eso se trata), hasta tocar el conflicto de clases. Entre el torbellino de declaraciones, nos enteramos de la consignación de la revista *Examen* en una carta del Abate González de Mendoza a Alfonso Reyes, incluso del conato de remoción de su cargo como embajador en Brasil.<sup>45</sup>

Abreu insiste en presentar su teoría del mestizaje como salvación de la literatura de México, porque al mismo tiempo pretende resolver los problemas sociales, espirituales y

---

<sup>41</sup> Héctor Pérez Martínez, “Una carta de Héctor Pérez Martínez”, en G. Sheridan, comp., *op. cit.*, pp. 334-338

<sup>42</sup> Vid. Francisco Monterde, “Notas sobre Alfonso Reyes: Su Mexicanismo” en G. Sheridan, comp., *op. cit.*, pp. 263-264.

<sup>43</sup> Vid. Antonio Castro Leal, “Una carta de Antonio Castro Leal”, en G. Sheridan, comp., *op. cit.*, p. 305. Entre las muchas cartas públicas y privadas que conocemos a través de la compilación de Guillermo Sheridan, la carta de Antonio Castro Leal llama la atención por su descripción de la situación política, en la cual observa actitudes incoherentes de la vanguardia política, al mismo tiempo que justifica la urgencia del nacionalismo mexicano el cual “quiere ir por el camino más corto”. (p. 307.)

<sup>44</sup> Cf. E. Abreu Gómez, “Alfonso Reyes íntimo”, en G. Sheridan, comp., *op. cit.*, p. 321.

<sup>45</sup> Cf. José María González de Mendoza [Abate de Mendoza], “Una carta del Abate Mendoza”, en G. Sheridan, comp., *op. cit.*, p. 411-414.

artísticos del país. El siguiente fragmento de un texto dirigido a Jorge Cuesta ejemplifica la simbiosis pretendida entre compromiso social y valores literarios:

Quando se trabaja en una nación como la nuestra, transida de dolor, en donde los hombres humildes no comen, en donde los hombres luchan desesperadamente por alcanzar incorporarse a las normas posibles de la cultura de Occidente, no puede volverse la espalda impunemente al dolor de los demás. La medida de la categoría de una literatura, no debemos medirla —usted no debe medirla— por sólo su calidad. Es necesario que atendamos su espíritu, su concurrencia con el ideal de la nación en que se desarrolla. No puede estar ciego ante la cuestión que le presento. La literatura de índole preciosista no tiene sino la indiferencia, no tiene sino el menosprecio de la sociedad.<sup>46</sup>

Durante los últimos meses de la polémica es Abreu quien insiste en difundir su elaboración de la doctrina nacionalista. Jorge Cuesta se halla ocupado en la redacción de la revista *Examen*, de modo que Abreu pierde a su más grande replicante.

Al final de la polémica el “grupo sin grupo” no solo está desperdigado, también expulsado de la burocracia, aunque sus opositores insisten en repetir que hacen y deshacen a sus anchas. Al cierre de la revista *Examen* parecen cumplirse los vaticinios de Villaurrutia respecto al fin de sus labores conjuntas.

Los artistas nacionalistas continuaron sus esfuerzos por “limitar” a los Contemporáneos. Luis Cardoza y Aragón narra en sus memorias *El Río* cómo un “grupo de intelectuales morales” pide al Comité de Salud Pública que “limpie la administración pública de individuos de moralidad dudosa que están detentando puestos oficiales y los que, con sus actos afeminados [...] crean una atmósfera de corrupción que llega al extremo de impedir el arraigo de las virtudes viriles en la juventud”.<sup>47</sup> La polémica no terminaba, como observamos, en la textualidad, representaba una pugna por espacios reales en la administración. La homosexualidad de varios de los Contemporáneos alimentaba el discurso sexista y machista que asimilaba masculinidad y nacionalismo.

### *Conclusiones*

Al principio de este apartado señalamos que habíamos decidido respetar el título que Guillermo Sheridan le da a esta polémica, así como seguir su compilación, sin embargo, después de haberla analizado, me parece pertinente preguntar si se trata realmente de una polémica nacionalista. En mi opinión, esta perspectiva pone toda la atención en un solo

---

<sup>46</sup> E. Abreu Gómez, “Gaceta literaria”, en G. Sheridan, comp., *op. cit.*, p. 324.

<sup>47</sup> Luis Cardoza y Aragón, *El río. Novelas de caballería*, pp. 411-412.



aspecto y presupone que éste es el tema de la polémica. Sin embargo, podemos constatar que para el “grupo sin grupo” la polémica de 1932, sobre todo la encuesta de Núñez Alonso, representó un ejercicio de autocrítica, en el que no se estableció un verdadero diálogo con los escritores nacionalistas. La excepción fue la irrupción de Jorge Cuesta, quien se propone, este sí, a confrontar sus ideas con las de Abreu Gómez.

También es pertinente señalar que la postura “antinacionalista” de los Contemporáneos es una interpretación de sus coetáneos antagonistas que identificaron el ser nacionalista con una estética y una ética específicas. A excepción de Cuesta —como señalamos— éstos no se expresan directamente contra una ideología nacionalista, sino que expresan en numerosas ocasiones su predilección por una estética que describen como vanguardista y universal. Es decir, que su negación se da a través de la afirmación implícita que significa su obra.

Hay que señalar que en este análisis hemos dado preferencia a algunos participantes y a los temas que consideramos más relevantes, no obstante, en la compilación de Sheridan, tienen lugar una treintena de participantes aproximadamente. En esta polémica, como en la modernista, se presenta la dificultad inicial de definir quiénes son los grupos antagonistas, pues existen opiniones divergentes, incluso, entre los personajes que se identifican en el mismo bando. Por lo tanto, más que grupos, es pertinente hablar de discursos en disputa.

Es necesario destacar el papel de Alfonso Reyes como árbitro en la contienda, también de párroco porque no le queda más que prepararse a escuchar las confesiones de unos y otros. Su intervención dio lugar a un texto —*A vuelta de correo*— en el que dejó testimonio de las ideas estéticas modernas que Gutiérrez Nájera había prefigurado: la idea de la literatura nacional como la suma de las obras de los escritores del país, así como la crítica de la obra por sus valores exclusivamente literarios. Su discurso constituye, además, un ejemplo —escaso ciertamente en nuestra literatura de ideas— de la ecuanimidad y civilidad para dirimir.

Los escritores nacionalistas tenían razón en denunciar una situación social que requería de la solidaridad civil —también de los escritores—, así como en señalar las fracturas que el colonialismo, el racismo y la desigualdad social y económica habían generado. Un arte que pretendiera ser una herramienta de transformación social era tan coherente como el ideal de literatura que tuvieron los escritores nacionalistas decimonónicos, sin embargo, lo

que estos últimos plantearon siempre como un deseo, en el discurso posrevolucionario se vuelve una obligación, quiero decir que había un componente autoritario, el cual se sostenía en la fuerza política. El episodio francamente desafortunado de la consignación judicial de la revista *Examen* mostró los excesos a los que podía llegar la intolerancia ideológica. Por otro lado, los escritores del “archipiélago de soledades” cometían el error de la arrogancia intelectual que ayudó, también, a crear el ambiente de hostilidad.

En esta polémica se utilizó en numerosas ocasiones el argumento de la tradición para justificar uno y otro discurso, lo cual nos permite observar la necesidad de cada movimiento y cada escritor por *elegir* la tradición que lo explica.

#### **IV. 2 La polémica Paz-Monsiváis (1977-1978)**

El componente ideológico nunca ha dejado de estar presente en las polémicas literarias mexicanas, de hecho, en gran parte de ellas hemos concluido que los temas literarios y lingüísticos se anteponen para encubrir los desacuerdos ideológicos. Lo que se observa es que al cambiar los paradigmas teóricos y críticos respecto a la obra literaria en el transcurso del siglo, las polémicas dejaron de lado la literatura para volverse únicamente políticas. Esta separación, de hecho, se observó como una conquista de los estudios literarios, pues la postura de congruencia política que demandaba el medio intelectual a escritores y artistas se radicalizó en el periodo de la posguerra. Ya no era la producción del artista la señalada, sino el hombre mismo. En la década de 1955 a 1965 —por ejemplo— la *Revista Mexicana de Literatura* se pronunció sistemáticamente por el análisis de la literatura con independencia de ideologías y haciendo uso de herramientas puramente literarias.<sup>48</sup> En las últimas décadas del siglo podemos observar dos fenómenos interesantes: por un lado, las voces “comprometidas” radicalizan su lugar de acción (trascienden la escritura y el arte) y acusan de “escapista” a todo aquel que no exprese su preferencia por la izquierda o la derecha, por el otro, el escritor académico se separa de todo lo político para centrarse en lo que considera el estudio científico. Este divorcio también respondió al afán de especialización y científicismo en todas las áreas del conocimiento. De tal forma que el prejuicio se invierte, se busca entonces la pureza del quehacer académico, el cual debe

---

<sup>48</sup> Vid Armando Pereira, “La polémica entre nacionalismo y universalismo en la *Revista Mexicana de Literatura*”, en *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* [edición electrónica], p. 329. [Consulta: 13 de julio, 2017]

evitar el mercado, la política y los medios. Separados así, el intelectual y el académico, a cada uno se le asigna su lugar de intervención.

El año de 1972, el medio intelectual mexicano protagonizó un episodio de debate público respecto a la situación política del país y el lugar que los escritores debían jugar en la coyuntura. Lo que motivó al debate fueron unas declaraciones de Carlos Fuentes, las cuales aparecieron en la prensa con el encabezado: “Dejar aislado a LE [Luis Echeverría], crimen histórico de intelectuales”.<sup>49</sup> La revista *Plural* y el suplemento *La Cultura en México* respondieron a las afirmaciones de Fuentes, la primera con un debate que tituló “Los escritores y la política”, y el segundo con una serie de artículos dedicados a discutir el “liberalismo mexicano de los setentas”, que era la ideología que consideraban abanderaban los intelectuales alineados con el estado.<sup>50</sup>

A grandes rasgos, los querellantes de *Plural*<sup>51</sup> estuvieron de acuerdo en la crisis del sistema político y en el lugar liminar del intelectual. Los filósofos Héctor Manjarrez y Carlos Pereyra del suplemento *La Cultura en México*<sup>52</sup> proponían que si el intelectual aceptaba el papel de conciencia crítica, aceptaba insertarse en el sistema liberal y con esto validaba al Estado. La mayoría concluyó también que los dos sistemas políticos modernos eran insostenibles, y en varias ocasiones se propuso al socialismo democrático como alternativa. El único en expresar una acción política concreta fue Octavio Paz<sup>53</sup> y el único en decantarse abiertamente por el socialismo fue Monsiváis, precisamente los protagonistas de la polémica que nos atañe.

Para la historia cultural, la polémica fija dos categorías en disputa: el intelectual de izquierda y el intelectual liberal. Desde la perspectiva de Héctor Aguilar Camín, entusiasta cronista del período, la reacción de Octavio Paz frente a los artículos publicados en *La Cultura en México*, se trató de una lectura mal hecha que sería recordada en “la pequeña

---

<sup>49</sup> Vid. John King, “Octavio Paz: pasión crítica”, *Letras Libres* [en línea], parr. 5. [Consulta: 25 de octubre, 2017]

<sup>50</sup> “México en 1972. Los escritores y la política”, *Plural* y “En torno al liberalismo mexicano de los setentas”, *La cultura en México*, supl. de *Siempre!*

<sup>51</sup> Los convidados a discutir fueron Carlos Fuentes, Juan García Ponce, Jaime García Terrés, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Octavio Paz, Tomás Segovia, Luis Villoro y Gabriel Zaid.

<sup>52</sup> Además de Carlos Pereyra y Héctor Manjarrez, participaron en ese número Héctor Aguilar Camín, Enrique Krauze y Carlos Monsiváis.

<sup>53</sup> Paz proponía la creación de un “movimiento popular independiente y democrático que agrupe a todos los oprimidos y disidentes de México en un programa mínimo común”, “México en 1972. Los escritores y la política”, *Plural*, p. 22.

historia de la vida intelectual mexicana” como “el intento dogmático de la izquierda de expulsar a los liberales del *discurso público*.”<sup>54</sup> Mientras que las declaraciones de Fuentes trascienden como la criminalización de los intelectuales.

Una consecuencia importante de este evento fue “la desintegración de los 400 cultos” como llamó Monsiváis a la fragmentación que la intelectualidad —antes aparentemente unida— había sufrido.

Tiene un grado de simbolismo el que la tribuna donde se desarrolló este debate haya sido la revista *Proceso*. Es decir, un espacio intermedio entre *La Cultura en México* y *Vuelta*. Cabe recordar que el gobierno de Echeverría promovió el despido del director Julio Scherer del periódico *Excelsior* en 1976 a través de “un golpe injerencista en la cooperativa del diario”,<sup>55</sup> en razón de lo cual Scherer y sus colaboradores abandonan el diario y crean la revista *Proceso*. Paralelamente, Octavio Paz renuncia a la dirección de la revista *Plural*, en solidaridad con Julio Scherer y funda la revista *Vuelta*.

### *Los polemistas*

Si un hombre destaca a lo largo del siglo por mantener la tarea de discutir los acontecimientos políticos es Octavio Paz —el ícono del intelectual—. En el año de la polémica (1976), éste era ya uno de los escritores dioses de la literatura mexicana, sin embargo no era todavía el personaje temido y respetado, ni el acosado que creyó ser en las últimas décadas de su vida.

Monsiváis era en ese momento el director de *La Cultura en México*, que fue un órgano de avanzada en la difusión del arte y el pensamiento contemporáneos, de carácter irreverente —por convicción del mismo Monsiváis— ante las formas conservadoras de hacer cultura.

### *Desarrollo de la polémica*

Digno ejemplo del género, la polémica entre Octavio Paz y Carlos Monsiváis tuvo lugar en la revista *Proceso* de diciembre de 1977 a enero de 1978. Aunque es recordada por la discusión sobre la crisis del socialismo, en realidad exhibe varios tópicos interesantes de la

---

<sup>54</sup> Héctor Aguilar Camín, “Octavio Paz: Recuento personal”, en José Antonio Aguilar Rivera, coord., *Aire en libertad. Octavio Paz y la crítica*, p. 71. [subrayado en el original]

<sup>55</sup>[s. fma.] “Historia de lo que somos”, *Proceso* [en línea] [Consulta: 7 de agosto, 2019]

política y la cultura. Con motivo del recién otorgado Premio Nacional de las Letras 1977 a Octavio Paz, Julio Scherer le realiza una nutrida entrevista donde hizo repaso de los temas políticos del momento. De cierta forma, este episodio es continuación de la discusión iniciada en 1972. En términos generales, Paz mantiene la visión desencantada del panorama político nacional y mundial. Monsiváis pretende con su respuesta “consignar [sus] desacuerdos fundamentales con una línea interpretativa de la realidad mexicana, trazada, sustentada y legislada por Octavio Paz en dicha entrevista y a lo largo de los años recientes”.<sup>56</sup>

Esta polémica ejemplifica, además, que una escritura (su contenido y su estilo) no puede separarse de los hábitos mentales, las creencias y las visiones de sus autores. Monsiváis le señala constantemente a Paz su retórica autoritaria, acompañada de los recursos de la anulación, la caricaturización, la desmemoria y la descontextualización. Por su parte, Paz le reclama a Monsiváis su estilo ocurrente, “chiclosa”, su tendencia a la ejemplificación. Además de las diferencias ideológicas y culturales entre los personajes, convendría agregar, la explicación de las diferencias como un problema de la teoría del conocimiento. Mientras Paz exhibe una filosofía totalizadora que utiliza las categorizaciones absolutas, Monsiváis recurre a una filosofía relativista que se basa en los hechos concretos.

Es interesante observar que las opiniones vertidas cuatro años antes se siguen interpretando en 1976. Paz vuelve a los artículos —o al recuerdo que tiene de ellos— publicados en *Siempre!* A la pregunta de Scherer: “¿Cómo juzgas o cómo explicas o justificas a tus amigos intelectuales que se comprometieron de pies a cabeza con Echeverría?” Paz responde en primera instancia con un juicio templado: Ni los justifica ni los condena, pero defiende las “actitudes valerosas” de Fuentes y Benítez mostradas en tantas ocasiones. Aunque aclara que “en *Plural* se publicaron algunos artículos más bien severos sobre su posición”.<sup>57</sup> A continuación —y esto es lo controversial de su análisis— compara dos polos de la crítica: la que apareció en *Plural* y la del suplemento *La cultura en México*:

---

<sup>56</sup> Carlos Monsiváis, “Respuesta a Octavio Paz”, *Proceso*, p. 39.

<sup>57</sup> Octavio Paz *apud*, Julio Scherer García, “Veo una ausencia de proyectos” (Entrevista Parte II), *Proceso*, p. 8.

[...] hay cierta diferencia entre la crítica de un Zaid, por ejemplo, inflexible y cortés, y los ladridos y aullidos de tantos perros y chacales que merodean por las afueras de la literatura. Un episodio del género chico: un grupo de jóvenes radicales, no desprovistos de talento, dedicaron un número del suplemento cultural de *Siempre!* a denunciar la posición de los *intelectuales liberales*. Utilizando el método de la amalgama —bien probado por inquisidores y fiscales— hicieron una mezcla con mi posición y las de Fuentes y Benítez para de esta manera, más fácilmente, arrojarnos al mismo infierno histórico: Desterrados del Edén / penan en el arrabal / y de todos dicen mal / pero de ellos piensan bien.<sup>58</sup>

Monsiváis le contesta en el número 59 de *Proceso* que contrariamente a sus palabras, en aquel suplemento “lo que hay es el intento de situar en lo político y lo cultural, la función dentro del Estado y la Sociedad de los Intelectuales”.<sup>59</sup> Y consigna el fragmento de Carlos Pereyra al que parece referirse Paz para probar sus afirmaciones. Conviene citarlo aquí porque sucede que Paz se siente claramente aludido cuando se nombran a “esos intelectuales liberales” cuyas sentencias son “totalizadoras” tal como Monsiváis se da por aludido cuando Paz califica a la izquierda mexicana de “murmuradora y retobona”. Finaliza con este párrafo el texto de Pereyra: “En la medida en que se va configurando un auténtico discurso político, en oposición a la ideología dominante, esos intelectuales liberales quedan cada vez más aislados y no expresan sino su propia ausencia de la realidad nacional. Lo totalizador de sus sentencias no les da ya presencia alguna”.<sup>60</sup>

Aunque Monsiváis afirme que: “nadie condenó a Paz a infierno histórico alguno” y que “él es, por el contrario, quien destierra del Edén [...] (de la alta cultura) a los ‘desfachatados’ que ‘merodean por las afueras de la literatura’, los ‘perros y chacales’ como dice en otra de sus gastadas y tediosas comparaciones zoológicas”,<sup>61</sup> no puede negarse que efectivamente en aquel párrafo hay una acción descalificadora.

Además de esta anécdota recordada por “la pequeña historia de la vida intelectual mexicana”<sup>62</sup> —como dice Aguilar Camín—, la discusión se desarrolla en torno a la crítica a los regímenes socialistas y la función del intelectual, así como a seis puntos sobre el contexto social y político mexicanos, enumerados por Monsiváis como ejemplo de lo que considera “el sistema de generalizaciones contundentes” que llevan a Paz a “una serie de vigorosas inexactitudes”.<sup>63</sup> Estos son: la relación entre la existencia del PRI y la falta de

---

<sup>58</sup> *Idem*. [subrayado en el original]

<sup>59</sup> C. Monsiváis, *op. cit.*, p. 39.

<sup>60</sup> C. Pereyra, “La crisis ideológica” en *La Cultura en México*, p. III.

<sup>61</sup> C. Monsiváis, *op. cit.*, p. 40.

<sup>62</sup> H. Aguilar Camín, *op. cit.*, p. 71

<sup>63</sup> C. Monsiváis, *op. cit.*, p. 40.

partidos políticos; la parálisis intelectual de la izquierda; la falta de proyecto de la derecha mexicana; el tradicionalismo; los dos Méxicos y la condición marginal del escritor.

Mientras Paz se pregunta “¿por qué no hay en México partidos políticos de oposición?” y da ejemplos de otros países donde no obstante haber vivido bajo regímenes autoritarios y dictaduras existen partidos de oposición fuertes, Monsiváis afirma que “seguir preguntándose eso [...] es negarse a comprender una función esencial del PRI-Gobierno.”<sup>64</sup> Explica Monsiváis cómo a través de diversos mecanismos, el PRI corrompe, asimila y reprime todo intento democrático.<sup>65</sup> Paz, después de algunos enmiendos, insiste en que “la debilidad de los partidos políticos mexicanos de oposición no [puede] explicarse únicamente por el monopolio del PRI”.<sup>66</sup>

Respecto a la izquierda política, Paz insiste en señalar una crisis, “un letargo intelectual” que se manifiesta en la falta de propuestas. La acusa de “murmuradora y retobona”,<sup>67</sup> pero Monsiváis le reclama su falta de conocimiento en la materia y le objeta uno de los párrafos más recordados de la polémica: “El problema de O. P. es su ilusión de totalidad, su capacidad de reducirlo todo para mejor entenderlo. Las derrotas de la izquierda no lo remiten nunca a la posibilidad de incluir entre sus causas la fuerza del aparato represivo. Son siempre la estupidez y la insuficiencia los motivos categóricos.”<sup>68</sup>

En lo esencial, la divergencia sobre el tema de la ausencia de proyectos tanto de la izquierda como de la derecha se basa en que Paz habla de proyectos con mayúscula: grandes programas de acción de naturaleza trascendente, cita por ejemplo la Declaración de los Derechos Universales. Monsiváis argumenta que derecha e izquierda se organizan y luchan activamente sin necesidad de tales programas. La derecha tiene, por ejemplo, un proyecto bien definido: la sobrevivencia de su clase y la dominación sobre el resto.

Con relación al tradicionalismo, Paz lo interpreta como un sistema de creencias vivo que resiste los embates ideológicos del capitalismo de forma más exitosa que el socialismo porque “las creencias, en general, duran más que las ideologías”.<sup>69</sup> En interpretación de

---

<sup>64</sup> C. Monsiváis, “Rectificaciones y relecturas: y sin embargo lo dijo”, *Proceso*, p. 31.

<sup>65</sup> *Idem*.

<sup>66</sup> O. Paz, “Repaso y despedida”, *Proceso*, p. 31.

<sup>67</sup> O. Paz, *apud* Julio Scherer, en “Veo una ausencia de proyectos” (Entrevista parte II), en *Proceso*, p. 9. Retobón: rezongón, necio, alegador.

<sup>68</sup> C. Monsiváis, “Respuesta a Octavio Paz”, *op. cit.*, p. 41.

<sup>69</sup> O. Paz, “Aclaraciones y reiteraciones”, *op. cit.*, p. 29.

Monsiváis, Paz ensalza el tradicionalismo al tiempo que desecha las ideologías. En estrecha relación se halla el tema de los dos Méxicos, uno moderno y otro tradicional. Paz habla de la coexistencia de dos realidades contrastantes; Monsiváis de la relación entre las condiciones de unos (marginados) en favor de los otros (privilegiados). Como en 1972, Paz insiste en la misión moral del escritor, a la que opone “el realismo y la eficacia”. Paz no proscribiera el apoliticismo, por el contrario afirma que la verdadera misión política del escritor es “la crítica del poder y de los poderosos”.

En la entrevista realizada por Scherer expone el camino intelectual hacia el concepto de conciencia. Paz recurre a la definición que Breton le transmitió: “La conciencia [...] es aquello que, ‘ocurra lo que ocurra, nos lleva a oponernos a todo lo que atente contra la dignidad de la vida’. La conciencia es lo contrario de la razón de Estado”.<sup>70</sup> A esta definición de conciencia hay que añadir la posición marginal del escritor frente al Estado: “La eficacia política de la crítica del escritor reside en su carácter marginal, no comprometido con un partido, una ideología o un gobierno”.<sup>71</sup>

Monsiváis critica el carácter vago y subjetivo del término conciencia; argumenta la imposibilidad de desvinculación del escritor con una ideología, así como la preponderancia que se le da al Estado (olvidando a la iniciativa privada o las mayorías). A pesar de las concesiones y las especificaciones, hay un desacuerdo fundamental, más que con el término conciencia, con la autoridad que Paz se confiere para determinar cuáles deben ser los compromisos del escritor: el primero, el lenguaje, el segundo, su conciencia. Monsiváis le recrimina: “Generalizar es también dictaminar”.<sup>72</sup>

En cuanto al tema de la crisis del socialismo, nuevamente afloran diferencias profundas en la forma en que cada uno analiza la realidad. Mientras que a Paz le interesa hacer una reflexión sobre “la verdadera naturaleza” de los regímenes llamados socialistas, determinar si “es una nueva forma de dominación y explotación de los hombres” a Monsiváis le interesa, señalar hechos de la realidad concreta, como los logros sociales de estos regímenes. Es en este sentido que Monsiváis critica a Paz en el siguiente párrafo:

---

<sup>70</sup> O. Paz *apud*, Julio Scherer, “La conciencia es lo contrario de la razón de Estado” (Entrevista Parte I), *op. cit.*, p. 10.

<sup>71</sup> O. Paz *apud*, Julio Scherer, “Veo una ausencia de proyectos” (Entrevista Parte II), *op. cit.*, p. 8.

<sup>72</sup> C. Monsiváis, “Respuesta a Octavio Paz”, *op. cit.*, p. 41.



Como siempre le sucede, a Paz le urge desechar el valor social de las ideologías y, a partir de allí, le subyuga la redondez de la frase: lo que allí no queda, deséchese. La razón que muchas veces le asiste se diluye o pierde por su manía generalizadora. Por lo mismo, su crítica contra la corrupción y deformación del socialismo, justa y valedera en sus inicios, se ha transformado en un programa de verdades a medias.<sup>73</sup>

Tanto Paz como Monsiváis están de acuerdo en que los regímenes socialistas existentes se alejan del socialismo teórico. Paz ha admitido antes que “el socialismo es, quizá, la única salida racional a la crisis de Occidente”. Y aclara en el mismo párrafo: “Me niego a confundir al socialismo con las ideocracias que gobiernan en su nombre en la URSS y en otros países. [...] El socialismo verdadero es inseparable de las libertades individuales, del pluralismo democrático y del respeto a las minorías y a los disidentes”.<sup>74</sup>

Monsiváis asiente tanto en este punto como en la denuncia del estado burocrático totalitario. Sin embargo, nuevamente, lo que podemos observar —insistimos— es una diferencia radical en la forma de interpretar la realidad, pues a pesar de los conciertos, el análisis de Paz se lleva a cabo al nivel de la teoría. Para él los fallos de los regímenes socialistas anulan la idea del socialismo real. Se pregunta el escritor lo siguiente después de haber citado a Monsiváis en acuerdo con él sobre sus denuncias:

¿En qué consiste, pues, su desacuerdo conmigo? En que no se atreve a decir que, si es cierto todo lo que dice, no hay socialismo verdadero en los llamados países socialistas. Se refugia en las verdades a medias, habla de las “conquistas irrenunciables” y, cuando se trata de especificarlas, se vuelve lírico: “esfuerzos épicos, heroísmos sin nombre, suma de significados”. Me acusa de autoritario en el mismo párrafo en que se atreve a imponer como condición de la crítica al socialismo burocrático “el reconocimiento de sus grandes logros”. ¿Se ha preguntado si esos “grandes logros” se inscriben en la historia de la liberación de los hombres o en el de la opresión? Desde los procesos de Moscú —y aun antes— un número cada vez mayor de *conciencias* se pregunta cómo y por qué una empresa generosa y heroica, que se proponía cambiar a la sociedad humana y liberar a los hombres, ha parado en lo que ha parado. El análisis y la denuncia de las nuevas formas de dominación —lo mismo en los países capitalistas que en los “socialistas” y en el mundo subdesarrollado—es la tarea más urgente del pensamiento contemporáneo, no la defensa de los “grandes logros” de los imperios totalitarios.<sup>75</sup>

Podemos observar en este fragmento que el interés de Paz es en primer lugar analítico, y en segundo lugar moral.

Finalmente, uno de los temas más interesantes de esta polémica es el de la multiplicación de los espacios de discusión, en estrecha relación con la diversificación de interpretaciones de la realidad. Monsiváis argumenta desde el principio que su interés es el

---

<sup>73</sup> *Ibidem*, p. 60.

<sup>74</sup> O. Paz, *apud* J. Scherer, “Veo una ausencia de proyectos” (Entrevista Parte II), *Proceso*, p. 7.

<sup>75</sup> O. Paz, “Aclaraciones y reiteraciones”, *Proceso*, p. 30. [subrayado en el original]

de ampliar el espacio interpretativo frente al “monopolio de la discrepancia”. Por un lado, las opiniones de Paz construyen un espacio de discusión, por el otro, queda claro que los medios escritos son observados como espacios donde se construye la memoria cultural de un país. Paz recurre en varias ocasiones durante su argumentación al enunciado “en *Vuelta...*” como si la revista y su opinión comprendieran el mismo espacio. No es extraño por tanto que la opinión pública comenzara a amalgamar el contenido de *Vuelta* con la opinión del director. En consecuencia, la diversificación de los espacios de discusión en la década de 1970 constituyó uno de los aspectos más trascendentes en materia cultural para el país. Precisamente, una de las reflexiones constantes de Monsiváis durante la polémica tiene que ver con la monopolización de la realidad. Continuamente le reclama a Paz el apropiarse del espacio de la reflexión al imponer su interpretación de la realidad como única. En su último texto, Monsiváis habla del proceso de “democratización cultural” el cual tiene relación con la redefinición del escritor en el mundo moderno y que es visto “como un trabajador más”. A este proceso le llama la “desmitificación del Escritor”: “Pasó ya la época de los poetas y escritores Torres de Dios y Pararrayos celestes y al término de los mandarinatos intelectuales y el monopolio de la Conciencia Crítica, procede la democratización cultural”.<sup>76</sup> Monsiváis vislumbra las consecuencias presentes como parte de un proceso histórico.

Uno de los análisis más completos de esta polémica se publicó en la revista *Nexos* en febrero de 1978 firmado por la redacción. En aquel momento la publicación estaba dirigida por Enrique Florescano y tenía como jefe de redacción a Héctor Aguilar Camín. Aunque en el diagnóstico se le califica más bien de decepcionante, pone de relieve elementos muy interesantes como la relación asimétrica entre los participantes; los mecanismos de argumentación y la deducción de la diferencia que subyace entre ellos: “una diferencia básica de intención y de proyecto cultural”.<sup>77</sup>

El analista observa el devenir fallido de la polémica como un error en las estrategias de los participantes. Sin embargo, la comparación con otras polémicas analizadas en este trabajo nos permite sugerir que el desgaste de ideas, la repetición y el desinterés son consecuencias típicas de la discusión. Muy a menudo queda también en los lectores la

---

<sup>76</sup> C. Monsiváis, “Recapitulación y conclusiones a cargo del lector”, *Proceso*, p. 32.

<sup>77</sup> [s. fma.] “Paz / Monsiváis: Polémica”, *Nexos* [en línea], párr. 2 [Consulta: 5 de diciembre, 2017.]

sensación de “no haber llegado a nada”. Al respecto, cabe recordar algunas de las propuestas del teórico Moreno Villareal: “Se puede discutir sobre cualquier asunto, eso no hace polémica; lo que la hace es que la discusión trascienda, y por eso su desenlace convencional no consiste en arribar a un acuerdo sino en darla por terminada: la polémica no es una discusión que se resuelva sino una discusión que se disuelve, que se libera a lo social”.<sup>78</sup>

El análisis de la redacción de *Nexos* aporta también información valiosa sobre la recepción inmediata que tuvo la polémica y la interpretación muy difundida de que “las diferencias entre ambos eran de matiz” y enseguida la explicación de la polémica como “la lucha por el poder cultural”. Sin embargo, el analista rechaza ambos juicios, argumentando que sus diferencias eran mucho más profundas.<sup>79</sup> En el siguiente párrafo nos ofrece la descripción nunca mejor lograda de éstas:

Lo menos que puede decirse es que en el trasfondo de las diferencias de Paz y Monsiváis hay una diferencia básica de *intención y de proyecto cultural* (sin mayúsculas). Las oscilaciones son notorias: de los refinamientos de la Alta Cultura a los grotocidades de la cultura de masas de los temas universales de la cultura moderna y la nítida resonancia internacional de una obra a la radicación geográfica, temática y lingüística de la otra; del Edén poético a los “basureros” del periodismo mexicano; de la crítica moral e histórica de la vanguardia a la crónica demorada de Agustín Lara o las mitologías televisivas. De la Historia como escenario de las ideas encarnadas a la historia crónica de particularidades tangibles. Del conservadurismo político a la solidaridad expresa —anarquizante y sentimental— con las luchas populares. Del escritor como conciencia lúcida y no comprometida de su tiempo al escritor como testigo multidisciplinario de su sociedad y su hora. De *El laberinto de la Soledad* a *Amor Perdido*. En fin, de la percepción de la cultura como suma de prestigios y jerarquías, con un Oráculo Mayor en la cima, a una percepción de la cultura como documentación y registro precarios de lo que un Olfato sin Programa Explícito juzga revelador y estimulante.<sup>80</sup>

Para finalizar, el analista lamenta que la discusión se haya centrado en los temas políticos tratados y no en la explicación de sus diferencias culturales. No obstante el comentario testimonia el deseo del medio cultural por hablar menos de política y más de cultura. Precisamente lo que no sucedió en esa época.

### *Conclusiones*

Esta polémica constituye, en primer lugar, una metareflexión sobre el valor social de la discusión. Como expresó Monsiváis, existía una “urgencia por diversificar y ahondar en el

---

<sup>78</sup> Jaime Moreno Villareal, “Polémica y posteridad”, en *Vuelta*, p. 33.

<sup>79</sup> [s. fma.] “Paz / Monsiváis: Polémica”, *op. cit.*, párr. 2; líns. 11-20.

<sup>80</sup> *Ibidem*, párr. 4. [subrayado en el original]

debate de ideas”, en un país que vivía una crisis, en parte por la carencia de la sociedad en la vida pública. Este propósito motivó durante la década de los setenta la creación de publicaciones donde fuera posible expresar puntos de vista divergentes.

Es interesante observar cómo se conjugan en esta discusión los contextos políticos nacional e internacional y procesos históricos del desarrollo moderno, tales como la transformación de la figura del intelectual y la democratización del conocimiento.

La introducción del análisis político en las publicaciones culturales fue una tendencia durante la década resultado de la necesidad del análisis crítico, al mismo tiempo que el espacio se abrió para “los ensayos de actualidad —sustentados en disciplinas históricas y sociales—”.<sup>81</sup>

Los desacuerdos entre estos escritores fueron ideológicos, culturales e incluso de hábitos mentales. Debemos a estas diferencias las teorizaciones estéticas de Paz y las crónicas culturales de Monsiváis, y en general una obra prolífica y disímil, la cual agradecemos los lectores contemporáneos.

A pesar del diagnóstico de la redacción de *Nexos* como una polémica fallida, a mi juicio, se trata de una de las polémicas más relevantes de la segunda mitad del siglo XX. Ésta permitió la, tantas veces señalada, posibilidad de la disensión con una sola interpretación de la realidad. También fue importante para exponer dos formas de entender la cultura, o para extender su espectro. Hoy en día podemos observar que Monsiváis estaba abriendo brecha para el estudio y el acercamiento a la cultura popular urbana y los fenómenos de la contracultura. Con esta querrela se inaugura también una serie de eventos polémicos que tendrán lugar en la vida cultural del país en las últimas décadas del siglo XX, donde, a grandes rasgos, se manifiestan dos discursos intelectuales, uno de ellos abanderado por Octavio Paz y la revista *Vuelta*, y el otro por la revista *Nexos* y sus colaboradores.

---

<sup>81</sup> Patricia Cabrera López, “Trascendencia del suplemento *La Cultura en México*” en *Impossibilia. Revista Internacional de Estudios Literarios* [en línea], p. 53. [Consulta: 8 de agosto, 2019]

## CONCLUSIONES

En razón de que se han señalado conclusiones específicas para cada polémica, quisiera en esta parte hacer conclusiones de carácter general, con relación al género y lo que las polémicas literarias de México nos revelan sobre la dinámica cultural, los hábitos intelectuales y nuestra literatura.

Las polémicas literarias que hemos estudiado nos muestran algunas de las creencias que han predominado en nuestra cultura. Éstas generan actitudes y conductas, por ejemplo el cosmopolitismo *versus* el nacionalismo. Periódicamente, un grupo (casi siempre joven) ve en lo extranjero “la salvación” espiritual-cultural del país.<sup>82</sup> Del otro lado están los que (periódicamente) recurren al nacionalismo, a las raíces, a lo nuestro. En mi opinión, la creencia que alimenta ambas conductas es la de una identidad inacabada, de allí la necesidad de estar en búsqueda. Esta creencia tiene su justificación en nuestra historia. En primer lugar, en la relación colonial, que como hemos señalado en este trabajo, conducía a la necesidad de ser reconocidos desde el exterior y para ello era necesario mostrar nuestras producciones culturales, tales como la literatura. Posteriormente, los episodios de la Independencia y la Revolución suponen la idea de la regeneración, es decir, que había que olvidar lo anterior y construir desde cero la nueva identidad.

Otra idea que vuelve una y otra vez a las polémicas literarias mexicanas es el enfrentamiento entre lo bello y lo útil. Ésta, más que partir de una creencia cultural, tiene que ver con la identidad misma del arte y cómo la teoría estética evoluciona. No obstante, se le integra a las polémicas para defender argumentos que tienen que ver con conflictos de clase o ideología; se presenta como un problema de gusto o de accesibilidad, en otras ocasiones de compromiso político.

Podemos afirmar que la gran mayoría de nuestras polémicas literarias tienen un fuerte componente ideológico. Hemos observado que una de las tareas más complejas al analizar cada una de estas discusiones ha sido la reconstrucción —al menos el intento— de estos horizontes de ideas. A menudo, la historiografía ha tendido a simplificarlos en pos de la comprensión. No obstante, podemos apreciar que nuestros escritores polemistas se han

---

<sup>82</sup> En esta afirmación parafraseo a Carlos Monsiváis, “Salvador Novo. Los que tenemos unas manos que no nos pertenecen”, en Federico Patán, coord., *Ensayo literario mexicano*, p. 291.

distinguido por su formación autodidacta, en la que han integrado muy diversas influencias. También es preciso señalar que en la medida en la que profundizamos en el conocimiento de estos personajes y en su contexto, nos vemos obligados a matizar lo que en principio parecen diferencias irreconciliables. Así como poner en duda el que hayan existido verdaderos grupos antagonistas. Más bien, lo que hemos podido comprobar es que estas polémicas están profundamente identificadas con discursos, los cuales han sido construidos a través de la interpretación de una diversidad de hechos, de los que hemos tratado de dar cuenta en este trabajo.

No podemos dejar de señalar que entre la diversidad de hechos que van generando estos discursos antagónicos se encuentra la lucha por los espacios de poder, que suelen ser una mezcla de simbolismo y facticidad, como los puestos burocráticos, políticos y diplomáticos o la creación y dirección de publicaciones.

Una de las constataciones más importantes que se derivan de esta investigación es comprobar que la historia literaria se escribe con independencia de quiénes sean los marginadores y marginados. La literatura tiene su propia dinámica, la que si bien no carece de motivaciones ideológicas —como hemos repetido muchas veces—, tiene sus propias reglas para la memoria y el olvido. Es por esto también que cada relectura de una polémica supone el redescubrimiento, a veces de un autor, una obra o incluso, una tradición.

La condición diacrónica en esta investigación nos ha permitido constatar que muchos temas enunciados en las polémicas se relacionan con procesos de modernización cultural, tales como la profesionalización del escritor, la transformación del intelectual y la especialización y democratización del conocimiento. En el transcurso de estos debates hemos observado el cambio en la concepción del ejercicio literario: desde los árcades que se oponían a la escritura como un medio de subsistencia, hasta la caracterización de los escritores como obreros, adoptada por los redactores de *Crisol*. En el medio de estas concepciones divergentes se halla el escritor más común, el que ha debido ejercer otra actividad —el periodismo, la burocracia, la política, la docencia— y relegar la literatura al tiempo libre. Durante el siglo XX, observamos que la escritura y los libros se incorporan plenamente al mercado, e incluso, se acuña el concepto de “capital cultural”, que explica cuál es el bien que acumulan e intercambian los intelectuales con la sociedad y el Estado. No obstante, en un país de pocos lectores, los incentivos gubernamentales siguen siendo

imprescindibles —en forma de becas, premios y reconocimientos— así como el ejercicio de otras actividades que permitan la subsistencia a la par de la escritura creativa.

Es necesario recordar que la relación del escritor con el Estado y con la sociedad tiene otras dimensiones simbólicas, y que en éstas también ha habido transformaciones. Recordemos cómo en el siglo XVIII intelectuales como Alzate se arrogaban la tarea de la difusión del conocimiento y el ejercicio de la crítica; en el siglo XIX, las asociaciones tomaron el papel de “guardianas” de los saberes y responsables de la formación moral del pueblo y en el siglo XX, el Estado asumió plenamente sus funciones educativas y culturales e integró a los intelectuales como empleados gubernamentales, no obstante, al paso del tiempo, estalló una crisis de conciencia que los llevó a reflexionar sobre sus relaciones con el poder y sobre su lugar en la sociedad.

Paralelamente, la modernización cultural estaba dando pie a la sustitución de los intelectuales por los especialistas. Al mismo tiempo, se asume que en la sociedad moderna, el conocimiento se ha democratizado, y, actualmente, diríamos que gracias a las nuevas formas de comunicación, la opinión se ha vuelto masiva. En la medida en que el conocimiento y la opinión se democratizan, la sociedad tiene menos necesidad del intelectual, quien en el pasado ejerció el papel de custodio del conocimiento y la cultura, y que, incluso, cuando manifestó sus intenciones de crear y divulgar para el pueblo, asumía una posición paternalista.

Los procesos que acabamos de enunciar, tal vez, expliquen la razón por la cual la polémica cultural y literaria sea hoy más efímera. El número de caracteres reduce los mensajes al mínimo y los discursos se construyen entre los millones de mensajes que se generan entre los usuarios de las redes. En conclusión, la polémica está cambiando de forma al modificarse los medios y con ellos los modos de interactuar.

Ahora bien, y con esto me gustaría finalizar estas reflexiones, el que hayan cambiado los medios no quiere decir que hayamos superado los hábitos culturales que nos dificultan debatir. En el camino de esta investigación han venido a mi mente algunas ideas sobre las posibles causas por las que somos un país poco acostumbrado a la discusión y por qué ésta suele tomar ciertos cauces. Por un lado, encuentro un componente que se observa en el

lenguaje, somos una cultura de la cortesía<sup>83</sup> y en consecuencia hacemos lo posible para no crear conflicto. Por otro lado, veo el hecho de ser una sociedad poscolonial, donde el racismo y clasismo nos dificulta discutir en igualdad de condiciones. Además de volvernos sumamente susceptibles a las críticas. Habría que agregar el que somos un país poco acostumbrado a la verdad, en consecuencia, proclive al “conspiracionismo”. Solo cuando hayamos subsanado las enormes desigualdades y cuando estemos acostumbrados a la verdad, tal vez, podamos tener una cultura de la discusión.

---

<sup>83</sup> Esta afirmación la hace la lingüista Concepción Company para explicar ciertos rasgos del español de México, en donde “nos importa mucho cuidar al otro con fórmulas de cortesía”. Esto explica la exuberancia para dar indicaciones, la poca incidencia de imperativos y la gran cantidad de posesivos y diminutivos. Cf. “El español de México exuberante y antieconómico. Aseveró Concepción Company. Investigadora emérita de la UNAM”, Boletín UNAM DGCS-702 [en línea] [fecha de consulta: 23 de octubre, 2019]; Concepción Company Company, “Lengua, cultura y visión del mundo. La identidad del español de México” [conferencia en línea] Descarga Cultura UNAM [fecha de consulta: 23 de agosto, 2019]



## BIBLIOHEMEROGRAFÍA

- ABREU GÓMEZ, Ermilo, “¿Existe una crisis en nuestra literatura de vanguardia?”, en Guillermo Sheridan, comp., *México en 1932: la polémica nacionalista*, [edición electrónica] México, Fondo de Cultura Económica, 2013, pp. 163-170.
- , “Alfonso Reyes íntimo”, en Guillermo Sheridan, comp., *México en 1932: la polémica nacionalista*, [edición electrónica]. México, Fondo de Cultura Económica, 2013, pp. 321-322.
- , “Gaceta literaria”, en Guillermo Sheridan, comp., *México en 1932: la polémica nacionalista*, [edición electrónica], México, Fondo de Cultura Económica, 2013, pp. 323-325.
- ACOSTA GAMAS, Tayde, “El viaje del grupo Contemporáneos por las revistas: *La Falange* (1922-1923), *Antena* (1924), *Ulises* (1927-1928) y *Contemporáneos* (1928-1931)”, en Rose Corral, Anthony Stanton, James Valender, eds., *Laboratorios de lo nuevo: revistas literarias y culturales de México, España y el Río de la Plata en la década de 1920*. Ciudad de México, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 2018, pp. 205-221.
- AGUILAR CAMÍN, Héctor, “Octavio Paz: Recuento personal”, en José Antonio Aguilar Rivera, coord., *Aire en libertad. Octavio Paz y la crítica*. México, Fondo de Cultura Económica, Centro de Investigaciones y Docencia Económicas, 2015, pp. 69-112.
- ALATORRE, Antonio, “Segundo Intermezzo”, en *Ensayos sobre crítica literaria*. México, Conaculta, 2001, pp. 109-130.
- ALTAMIRANO, Ignacio Manuel, “Revistas literarias de México”, en *La literatura nacional*, t. I. Ed. y prolog. de José Luis Martínez. México, Porrúa, 1949 (Escritores Mexicanos), pp. 58-76.
- , “Prólogo a Pasionarias de Manuel M. Ponce”, en *La literatura nacional*, t. III. Ed. y prolog. de José Luis Martínez. México, Porrúa, 1949 (Escritores Mexicanos), pp. 69-92.
- , “Generalización del idioma castellano”, en *Obras completas xv. Escritos sobre educación*, t. I. Ed., prolog., y notas Concepción Jiménez Alarcón. México, D. F., Conaculta, Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal, 2011, pp. 207-212.

- “Antonio Margil de Jesús (1657-1726)”, *Enciclopedia Franciscana* [en línea], < <http://www.franciscanos.org/enciclopediaamargil.html> > [fecha de consulta: 4 de abril, 2019]
- ASIAIN, Aurelio, “Polemizar”, en *Vuelta*, vol. 16, núm. 182. México, enero, 1992, pp. 20-22.
- BEUCHOT, Mauricio, “Hermenéutica, tradición y alteridad”, en *Inflexiones. Revista de ciencias sociales y humanidades* [edición electrónica], [S.l.], núm. 01, pp. 31-43, enero, 2018. < <http://inflexiones.unam.mx/ojs/index.php/inflexiones/article/view/25> > [Consulta: 7 de enero, 2019]
- BRAVO ARRIAGA, María Dolores, “La hagiografía en el siglo XVIII”, en Nancy Vogeley y Manuel Ramos Medina, coords., *Historia de la cultura mexicana 3. Cambios de reglas, mentalidades y recursos retóricos en la Nueva España del siglo XVIII*, México, D.F., Siglo XXI, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 2010, (Lingüística y teoría literaria), pp. 308-338.
- CABALLERO, Manuel, “¡Guerra al decadentismo! Resurrección de la *Revista Azul*. Dominical literario. Fundado por los señores Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo en 1894. Segunda Época. Con autorización del fundador que sobrevive”, en Clark de Lara y Zavala Díaz, antólas., *La construcción del modernismo*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2002 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 137), pp. 325-331.
- CABRERA LÓPEZ, Patricia, “Trascendencia del suplemento *La Cultura en México*”, en *Impossibilia. Revista Internacional de Estudios Literarios*, [en línea] no. 6, octubre, 2013, pp. 45-59. < <http://ojs.impossibilia.org/index.php/impossibilia/article/view/92> > [Consulta: 8 de agosto, 2019]
- CARDOZA Y ARAGÓN, Luis, *El río. Novelas de caballería*. México, Fondo de Cultura Económica, 1996, pp. 369-439.
- CASTAÑEDA, Carmen, “Periodismo en la Ciudad de México: Siglo XVIII”, en Nancy Vogeley y Manuel Ramos Medina, coords., *Historia de la cultura mexicana 3. Cambios de reglas, mentalidades y recursos retóricos en la Nueva España del siglo XVIII*, México, D.F., Siglo XXI, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 2010, (Lingüística y teoría literaria), pp. 128-149.

- CASTRO LEAL, Antonio, “Una carta de Antonio Castro Leal”, en Guillermo Sheridan, comp., *México en 1932: la polémica nacionalista* [edición electrónica]. México, Fondo de Cultura Económica, 2013, pp. 305-308.
- CHENCINSKY, Jacobo, “Estudio preliminar”, en José Joaquín Fernández de Lizardi, *Obras I - Poesías y fábulas*. Inv., rec., y ed. Jacobo Chencinsky y Luis Mario Schneider. México, UNAM, Centro de Estudios Literarios, 1963, pp. 32-38.
- CLARK DE LARA, Belem Y ZAVALA DÍAZ, Ana Laura, “Introducción” a *La construcción del modernismo*, antol., México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2002, XLV+364 pp. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 137)
- COMPANY COMPANY, Concepción, “Lengua, cultura y visión del mundo. La identidad del español de México”, [conferencia en línea] Descarga Cultura UNAM <<https://descargacultura.unam.mx/lengua-cultura-y-vision-del-mundo-la-identidad-del-espanol-de-mexico-6533185>> [fecha de consulta: 23 de agosto, 2019]
- CRESPO, Regina, “¿Cosmopolitas o nacionalistas? La corta pero intensa trayectoria de las revistas *Forma*, *Ulises* y *Horizonte* (1926-1928)”, en Rose Corral, Anthony Stanton, James Valender, eds., *Laboratorios de lo nuevo: revistas literarias y culturales de México, España y el Río de la Plata en la década de 1920*. Ciudad de México, México, El Colegio de México, 2018, pp. 351-369.
- CUESTA, Jorge, “Un artículo”, en Guillermo Sheridan, comp., *México en 1932: la polémica nacionalista*, [edición electrónica]. México, Fondo de Cultura Económica, 2013, pp. 154-157.
- , “La literatura y el nacionalismo”, en G. Sheridan, comp., *México en 1932: la polémica nacionalista*, [edición electrónica]. México, Fondo de Cultura Económica, 2013, pp. 215-219.
- DASCAL, Marcelo, “Epistemología, controversia y pragmática”, en *Isegoría: Revista de filosofía moral y política* [edición electrónica], núm. 12. Consejo Superior de Investigaciones Científicas [España], Instituto de Filosofía, 1995, pp. 8-43. <<http://isegoria.revistas.csic.es/index.php/isegoria/article/view/239/>>. [Consulta: 7 de febrero, 2016.]
- DE BUSTAMANTE, Carlos María [E. L. B.], “Aplaudo el mérito y la virtud donde la encuentro”, en José Joaquín Fernández de Lizardi, *Amigos, enemigos y comentaristas*.

- T. 1 (1810-1820). Rec., ed. y notas de Rosa Palazón *et al.* México, UNAM, 2006. (Nueva Biblioteca Mexicana, 163), pp. 17-25.
- DE OCHOA, Anastasio, “Palabritas al autor de la carta del número 2220”, en José Joaquín Fernández de Lizardi, *Amigos, enemigos y comentaristas*. T. 1 (1810-1820). Rec., ed. y notas de Rosa Palazón *et al.* México, UNAM, 2006. (Nueva Biblioteca Mexicana, 163), pp. 7-9.
- DOCTOR P. P. CH. [José Monroy], “A *Rip-Rip*. Nuestra Literatura”, en Clark de Lara y Zavala Díaz, antólas., *La construcción del modernismo*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2002 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 137), pp. 167-170.
- “El español de México exuberante y antieconómico. Aseveró Concepción Company. Investigadora emérita de la UNAM”, Boletín UNAM DGCS-702 [en línea] < [https://www.dgcs.unam.mx/boletin/bdboletin/2016\\_702.html](https://www.dgcs.unam.mx/boletin/bdboletin/2016_702.html) > [fecha de consulta: 23 de octubre, 2019]
- “El Liceo Hidalgo”, *El partido liberal*, jueves 16 de julio de 1885, T. I, núm. 120, *Hemeroteca Nacional Digital de México*.
- “En torno al liberalismo mexicano de los setentas”, varios autores, en *La Cultura en México*, supl. de *Siempre!* núm. 548. México, 9 de agosto, 1972, VII pp.
- “Esbozo histórico de la Academia de la Lengua”, [en línea] Academia Mexicana de la Lengua < <https://www.academia.org.mx/inicio/historia> > [Consulta: 24 de octubre, 2019]
- ESCALANTE, Evodio, “Irradiador en su contexto”, en Rose Corral, Anthony Stanton, James Valender, eds., *Laboratorios de lo nuevo: revistas literarias y culturales de México, España y el Río de la Plata en la década de 1920*. Ciudad de México, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 2018, pp. 135-148.
- , *Elevación y caída del estridentismo*. México, Ediciones Sin Nombre, Conaculta, 2002, 119 pp. (La centena. Ensayo)
- ESPINOSA, Gabriela, “Intelectuales orgánicos y Revolución Mexicana. *Crisol* (1929-1934)”, *Revista Iberoamericana*. vol. LXX, núms. 208-209, Ciudad de México, Universidad Iberoamericana, julio-diciembre, 2004, pp. 795-810 < <https://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/viewFile/5510/5661> >

- FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín, *No lo digo por usted lo digo por el señor*, en *Obras I – Poesías y fábulas*. Inv., rec., y ed., e Jacobo Chencinsky y Luis Mario Schneider. México, UNAM, Centro de Estudios Literarios, 1963, pp. 102-107.
- , *La verdad pelada*, en *Obras I – Poesías y fábulas*, pp. 123-128
- , *La abeja y el zángano* [fábula], en *Obras I – Poesías y fábulas*, p. 283.
- , “Respuesta a los números 2220 y 2251 del *Diario*” en *Obras XIV – Miscelánea, bibliohemerografía, listados e índices*. Rec. Rosa Palazón, Columba Galván y Esther Guzmán, ed. y not. Irma Fernández, Columba Galván y Rosa Palazón, índices de Esther Guzmán y prol. Rosa Palazón. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1997, pp. 147-152.
- , “Respuesta al número 2262”, en *Obras XIV – Miscelánea, bibliohemerografía, listados e índices*, pp. 153-154.
- , “Qualia dixeris, talia audies”, en *Obras XIV – Miscelánea, bibliohemerografía, listados e índices*, pp. 155-159.
- , “Respuesta a Juan María Lacunza” en *Obras XIV – Miscelánea, bibliohemerografía, listados e índices*, pp. 161-174.
- , *Quien llama al toro sufra la cornada*, en *Folletos*, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas. <<http://www.iifilologicas.unam.mx/obralizardi/>> [Consulta: abril, 2019]
- FERNÁNDEZ PERERA, Manuel, “Los años treinta”, en Manuel Fernández Perera, coord., *La literatura mexicana del siglo XX*. México, Fondo de Cultura Económica, Conaculta, Universidad Veracruzana, 2008. (Biblioteca Mexicana), pp. 119-202.
- FLORESCANO, Enrique y GIL Isabel, *1750-1808: La época de las reformas borbónicas y del crecimiento económico*, México, D. F., Instituto Nacional de Antropología e Historia. 1974, pp. 2-68, 163-178. < <https://mexicana.cultura.gob.mx> > [Consulta: marzo, 2019].
- GARZA CUARÓN, Beatriz, “Francisco Pimentel, precursor de las historias de la literatura mexicana”, en *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* (1989) [edición electrónica]. Alicante, Centro Virtual Miguel de Cervantes, 2016, pp. 617-626. <<http://www.cervantesvirtual.com/obra/francisco-pimentel-precursor-de-las-historias-de-la-literatura-mexicana-/>>. [Consulta: 10 de julio, 2016.]

- GIRÓN, Nicole, “Ignacio Manuel Altamirano”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra, edas., *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México Decimonónico*. Vol. III. México, D. F., UNAM, 2005, (Ida y regreso al siglo XIX), pp. 363-377.
- GONZÁLEZ, Aníbal, “La crítica literaria en Hispanoamérica”, en Roberto González Echeverría y Enrique Pupo Walker, eds., *Historia de la literatura hispanoamericana II. El siglo XX*. Madrid, Gredos, 2006, pp. 429-459.
- GONZÁLEZ DE MENDOZA, José María [Abate de Mendoza], “Una carta del Abate Mendoza”, en G. Sheridan, comp., *México en 1932: la polémica nacionalista* [edición electrónica]. México, Fondo de Cultura Económica, 2013, pp. 411-414.
- GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Enrique, “Colegios y universidades. La fábrica de los letrados”, en Nancy Vogeley y Manuel Ramos Medina, coords., *Historia de la cultura mexicana 3. Cambios de reglas, mentalidades y recursos retóricos en la Nueva España del siglo XVIII*, México, D. F., Siglo XXI, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 2010, (Lingüística y teoría literaria), pp. 104-127.
- GORDON, Samuel, “Modernidad y vanguardia en la literatura mexicana: Estridentistas y Contemporáneos”, en *Revista Iberoamericana* [en línea], vol. LV, núm. 148-149. Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, University Library System, University of Pittsburgh, julio-diciembre, 1989. pp. 1083-1098. <<https://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/view/4649>>. [Consulta: 28 de mayo, 2017.]
- GUEDEA, Virginia, “Las publicaciones periódicas durante el proceso de independencia (1808-1821)”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra, edas., *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México Decimonónico*. Vol. II. México, D. F., UNAM, 2005, (Ida y regreso al siglo XIX), pp. 29-42.
- GUTIÉRREZ NÁJERA, Manuel, [El Duque Job], “Crónica del domingo”, en *El Partido Liberal*, 2 de agosto de 1885, núm. 135, p. 1. *Hemeroteca Nacional Digital de México*. [Consulta: 30 de junio, 2019]
- , “Literatura propia y literatura nacional”, en Clark de Lara y Zavala Díaz, antólas., *La construcción del modernismo*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2002, (Biblioteca del Estudiante Universitario, 137), pp. 81-89.

- , “La Academia Mexicana III”, Clark de Lara y Zavala Díaz, antólas., *La construcción del modernismo*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2002, (Biblioteca del Estudiante Universitario, 137), pp. 63-80.
- , “La Academia Mexicana II”, en Clark de Lara y Zavala Díaz, antólas., *La construcción del modernismo*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2002, (Biblioteca del Estudiante Universitario, 137), pp. 49-52.
- , “La Academia Mexicana I”, en Clark de Lara y Zavala Díaz, antólas., *La construcción del modernismo*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2002, (Biblioteca del Estudiante Universitario, 137), pp. 37-40.
- , “El arte y el materialismo”, en Clark de Lara y Zavala Díaz, antólas., *La construcción del modernismo*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2002 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 137), pp. 3-36.
- GUZMÁN GUTIÉRREZ, María Esther, “Cronología” en José Joaquín Fernández de Lizardi, *El laberinto de la utopía. Una antología general*. Estudio introductorio María Rosa Palazón; selección de María Rosa Palazón y María Esther Guzmán. México, Fondo de Cultura Económica, Fundación para las letras Mexicanas, UNAM, 2006, pp. 352-393.
- HADATTY MORA, Yanna, “El Universal Ilustrado en los años veinte: El posicionamiento en el campo cultural”, en Rose Corral, Anthony Stanton, James Valender, eds., *Laboratorios de lo nuevo: revistas literarias y culturales de México, España y el Río de la Plata en la década de 1920*. Ciudad de México, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 2018, pp. 247-269.
- HAZLITT, William, “Del espíritu de controversia”, en *Vuelta*. Trad. De Aurelio Asiain, vol. 16, núm. 182. México, enero, 1992, pp. 23-25.
- “Historia de lo que somos”, *Proceso* [en línea] < <https://www.proceso.com.mx/historia> > [Consulta: 7 de agosto, 2019]
- HORTA, Aurelio, “Literatura para el pueblo”, en Clark de Lara y Zavala Díaz, antólas., *La construcción del modernismo*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2002 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 137), pp. 171-173.
- HUERTA, David, antól., “Prólogo” a *Cuentos Románticos*. México, UNAM, 1993, (Biblioteca del Estudiante Universitario), pp. v-XVII.

- INDOLENTE [seud.], “Un decadente. Su estilo”, en Clark de Lara y Zavala Díaz, antólas., *La construcción del modernismo*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2002 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 137), pp. 137-138.
- JAKOBSON, Roman, *Lingüística y poética*. Trad. de Ana María Gutiérrez Cabello. Madrid, Ediciones Cátedra, 1988, pp. 27-32.
- JASSO, Arturo Fernando, *La crítica literaria en México: De José G de la Cortina a José L. Martínez* [microfilm], Missouri, 1970. Tesis, University of Missouri, 1970, 238 pp.
- JEANBERNAT [seud.], “Decadentismo”, en Clark de Lara y Zavala Díaz, antólas., *La construcción del modernismo*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2002 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 137), pp. 151-157.
- KING, John, “Octavio Paz: pasión crítica”, en *Letras Libres* [en línea]. Trad. de Marianela Santoveña. México, 30 de abril, 2008. <<http://www.letraslibres.com/mexico-espana/octavio-paz-pasion-critica>>. [Consulta: 25 de octubre, 2017.]
- LACUNZA, Juan María, “Palo de ciego”, en José Joaquín Fernández de Lizardi, *Amigos, enemigos y comentaristas*. T. 1 (1810-1820). Rec., ed. y notas de Rosa Palazón *et al.* México, UNAM, 2006. (Nueva Biblioteca Mexicana, 163), pp. 3-6
- , [Respuesta a D. A. O.], en J.J.F.L., *Amigos, enemigos y comentaristas*. T. 1 (1810-1820), pp. 10-13.
- , [Críticas a las poesías de José Joaquín Fernández de Lizardi], en J.J.F.L., *Amigos, enemigos y comentaristas*. T. 1 (1810-1820), pp. 26-45.
- , [Décima. Producción de un zángano], en J.J.F.L., *Amigos, enemigos y comentaristas*. T. 1 (1810-1820), pp. 46-47.
- , [Contestación a Quien llama al toro sufra la cornada], en J.J.F.L., *Amigos, enemigos y comentaristas*. T. 1 (1810-1820), pp. 48-58.
- , [Fábula. El piojo y las hormigas], en J.J.F.L., *Amigos, enemigos y comentaristas*. T. 1 (1810-1820), pp. 65-67.
- LARRAÑAGA, Bruno Francisco, *Prospecto de una Eneida apostólica o epopeya que celebra la predicación del venerable apóstol del occidente padre fray Margil de Jesús, intitulada Margileida, escrita con puros versos de Publio Virgilio Maron, y traducida a verso castellano. La que se propone al público de esta América septentrional por subscripción, para que colectados anticipadamente los gastos necesarios, se proceda*



- inmediatamente a su impresión. Su autor Don Bruno Francisco Larrañaga*, [edición facsimilar] en María Isabel Terán Elizondo, *Orígenes de la crítica literaria en México. La polémica entre Alzate y Larrañaga*. Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán, Universidad Autónoma de Zacatecas, 2009, pp. 453-462.
- “Liceo Hidalgo”, *El Siglo Diez y Nueve*, 19 de noviembre de 1884, en *Hemeroteca Nacional Digital de México* [Consulta: 24 de junio, 2019]
- M. G., “Continúa la censura vindicada ayer”, en José Joaquín Fernández de Lizardi, *Amigos, enemigos y comentaristas*. T. 1 (1810-1820). Rec., ed. y notas de Rosa Palazón *et al.* México, UNAM, 2006. (Nueva Biblioteca Mexicana, 163), pp. 59-64
- MANJARREZ, Héctor, “Limitaciones y justificaciones”, en “La Cultura en México”, núm. 548, supl. de *Siempre!* México, 9 de agosto, 1971, p. IV.
- MANRIQUE, Jorge Alberto, “Del barroco a la ilustración”, en varios autores, *Historia general de México*, (versión 2000) [edición electrónica]. México, D. F., El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2008, pp. 431-488.
- MARTÍNEZ, José Luis, *La expresión nacional*. Prol., Christopher Domínguez Michael. Ciudad de México, Secretaría de Cultura, 2018, 543 pp.
- “Situación de la literatura mexicana contemporánea”, en *Problemas literarios*, México, Conaculta, 1997. pp. 116-144.
- MARTÍNEZ LUNA, Esther, *El debate literario en el Diario de México (1805-1812)*. México, D. F., UNAM, 2011, pp. 9- 108.
- , “*Diario de México: «ilustrar a la plebe»*”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra, eds., *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México Decimonónico*. Vol. II. México, D. F., UNAM, 2005, (Ida y regreso al siglo XIX), pp. 43-55.
- , “Una amistad arcádica: fray Manuel Martínez de Navarrete y Juan María Lacunza”, en *Revista de la Universidad de México*, núm. 576-577, UNAM, México, enero de 1999, pp. 58-61.
- “México en 1972. Los escritores y la política”, varios autores, *Plural*, núm. 13, México, octubre, 1972, pp. 21-28.
- MOCIÑO, José Mariano [Don José Velázquez] “Respuesta de D. José Velázquez a la Apología de D. Bruno Francisco Larrañaga sobre la *Margileida* y su prospecto” en

- José Antonio de Alzate, *Gacetas de Literatura* (Transcripción de la edición de 1831 por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla) (CD) Puebla, México, BUAP, 1999.
- MONSIVÁIS, Carlos, “Salvador Novo. Los que tenemos unas manos que no nos pertenecen”, en Federico Patán, coord., *Ensayo literario mexicano*, antól. México, UNAM, Universidad Veracruzana, Editorial Aldus, 2001. (Antologías Literarias del Siglo XX, 2), pp. 283-325.
- , “Octavio Paz y la izquierda”, en *Letras Libres* [edición electrónica]. México, abril, 1999, pp. 30-35. <<http://sgpwe.izt.uam.mx/files/users/uami/nivon/Monsivais.pdf>>. [Consulta: 20 de junio, 2016].
- , “Recapitulación y conclusiones a cargo del lector”, en *Proceso*, núm. 64. México, 21 de enero, 1978, pp. 31-32.
- , “Rectificaciones y relecturas: y sin embargo lo dijo”, en *Proceso*, núm. 62. México, 7 de enero, 1978, pp. 31-34.
- , “Respuesta a Octavio Paz”, en *Proceso*, núm. 59. México, 17 de diciembre, 1977, pp. 39-41.
- , “La posibilidad de la polémica”, en *La Cultura en México*, núm. 548, supl. de *Siempre!* México, 9 de agosto, 1972, pp. II.
- MONTERDE, Francisco, “Notas sobre Alfonso Reyes: Su Mexicanismo”, en Guillermo Sheridan, comp., *México en 1932: la polémica nacionalista* [edición electrónica]. México, Fondo de Cultura Económica, 2013, pp. 263-264.
- MORA, Pablo, “Introducción a *Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura mexicana*”, en Jorge Ruedas de la Serna, coord., *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*. México, D.F. UNAM, Coordinación de Humanidades, 2014 (Ida y regreso al siglo XIX), pp. 107-109.
- MORENO DE LOS ARCOS, Roberto, “Un eclesiástico criollo frente al estado Borbón”, en *José Antonio de Alzate. Memorias y ensayos*. Edición e introducción de Roberto Moreno de los Arcos, México, UNAM, 1985, (Biblioteca del Estudiante Universitario), pp. 1-29.
- MORENO VILLARREAL, Jaime, “Polémica y posteridad”, en *Vuelta*, vol. 16, núm. 182. México, enero, 1992, pp. 27-37.

- NERVO, Amado, “Las réplicas”, en *Fuegos fatuos. Obras completas I*. México, Porrúa, 1951 (Escritores mexicanos, 63), pp. 225-228.
- , “Los modernistas mexicanos. Réplica”, en Clark de Lara y Zavala Díaz, antólas., *La construcción del modernismo*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2002 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 137), pp. 215-220.
- , “Los modernistas mexicanos. Réplica a Victoriano Salado Álvarez”, en Clark de Lara y Zavala Díaz, antólas., *La construcción del modernismo*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2002 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 137), pp. 249-258.
- ,[Rip-Rip], “Fuegos fatuos. Nuestra literatura”, en Clark de Lara y Zavala Díaz, antólas., *La construcción del modernismo*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2002 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 137), pp. 163-165.
- ,[Rip-Rip], “Fuegos fatuos. La literatura y el pueblo”, en Clark de Lara y Zavala Díaz, antólas., *La construcción del modernismo*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2002 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 137), pp. 175-179.
- , “Al doctor P.P. (Ch.)”, en Clark de Lara y Zavala Díaz, antólas., *La construcción del modernismo*. México, UNAM, 2002 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 137), pp. 187-191.
- , “La última palabra”, en Clark de Lara y Zavala Díaz, antólas., *La construcción del modernismo*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2002 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 137), pp. 193-195.
- NÚÑEZ ALONSO, Alejandro, “¿Existe una crisis en nuestra literatura de vanguardia?”, en Guillermo Sheridan, comp., *México en 1932: la polémica nacionalista* [edición electrónica] México, Fondo de Cultura Económica, 2013, pp. 124-127.
- , “Una encuesta sensacional. ¿Está en crisis la generación de vanguardia?” en Guillermo Sheridan, comp., *México en 1932: la polémica nacionalista*. México, Fondo de Cultura Económica, 1999 [ed. electrónica, 2013]. pp. 108-116.
- ORTEGA, Gregorio, “Conversaciones en un escritorio con Xavier Villaurrutia”, en Guillermo Sheridan, comp., *México en 1932: la polémica nacionalista* [edición electrónica] México, Fondo de Cultura Económica, 2013, pp. 145-152.

- PALAZÓN MAYORAL, María Rosa, “Introducción sobre un grajo”, en José Joaquín Fernández de Lizardi, *Amigos enemigos y comentaristas*. T-1 (1810-1820). Recopilación, edición y notas de María Rosa Palazón *et al.* México, UNAM, 2006, (Nueva Biblioteca Mexicana, 163), pp. XV-LXVI.
- , “Una bella persona utópica”, en José Joaquín Fernández de Lizardi, *El laberinto de la utopía. Una antología general*. México, Fondo de Cultura Económica, Fundación para las Letras Mexicanas, UNAM, 2006. (Biblioteca Americana), pp. 15-49.
- PANI, Erika, “«Para difundir las doctrinas ortodoxas y vindicarlas de los errores dominantes»: los periódicos católicos y conservadores en el siglo XIX”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra, eds., *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México Decimonónico*. Vol. II. México, D. F., UNAM, 2005, (Ida y regreso al siglo XIX), pp. 119-130.
- “Paz / Monsiváis: Polémica”, en Nexos [en línea]. México, 1 de febrero, 1978. < <https://www.nexos.com.mx/?p=3040> > [Consulta: 5 de diciembre, 2017]
- PAZ, Octavio, “Repaso y despedida”, *Proceso*, núm. 63. México, 16 de enero, 1978, pp. 31-33.
- , “Aclaraciones y reiteraciones”, *Proceso*, núm.61. México, 31 de diciembre, 1977, pp. 29-31.
- , *et al.*, “México en 1972. Los escritores y la política”, en *Plural*, núm. 13. México, octubre, 1972, pp. 21-28.
- PERALES OJEDA, Alicia, *Las asociaciones literarias mexicanas en el siglo XIX*, pp. 7-77. < <http://letrasmexicanasdelsigloxix.blogspot.com/2014/08/las-asociaciones-literarias-mexicanas.html> >. [Consulta: 24 de noviembre, 2016.]
- , “El liceo Hidalgo”, en *Enciclopedia de la Literatura Mexicana* [en línea]. < <http://www.elem.mx/estgrp/datos/123> >
- PEREIRA, Armando, “La polémica entre nacionalismo y universalismo en la *Revista Mexicana de Literatura*”, en *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* (Madrid, 1998) [edición electrónica], tomo III. Ed. de Florencio Sevilla y Carlos Alvar. España, Asociación Internacional de Hispanistas, Castalia, Fundación Duques de Soria, 2000. < [https://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/13/aih\\_13\\_3\\_043.pdf](https://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/13/aih_13_3_043.pdf) > [Consulta: 13 de julio, 2017.]

- , *et al.*, “Crisol. Revista de crítica”, en *Enciclopedia de la Literatura en México* [en línea]. < <http://www.elem.mx/institucion/datos/1800> >
- PEREYRA, Carlos, “La crisis ideológica”, en *La Cultura en México*, núm. 548, supl. de *Siempre!* México, 9 de agosto de 1972, pp. III-IV.
- PÉREZ MARTÍNEZ, Héctor, “Una carta de Héctor Pérez Martínez”, en G. Sheridan, comp., *México en 1932: la polémica nacionalista* [edición electrónica]. México, Fondo de Cultura Económica, 2013, pp. 334-339.
- PIMENTEL, Francisco, *Historia crítica de la poesía en México* [edición facsimilar]. < <https://archive.org/details/historiacrticad03pimegoog/> >
- PÍLADES [José Primitivo Rivera Fuentes], “Borriones, I. Decadentismo”, en Clark de Lara y Zavala Díaz, antólas., *La construcción del modernismo*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2002 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 137), pp. 119-125.
- “Protesta de los modernistas”, varios autores, en Clark de Lara y Zavala Díaz, antólas., *La construcción del modernismo*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2002 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 137), pp. 333-337.
- REYES, Alfonso, “Universidad Popular Mexicana y sus primeras labores” en Fernando Curiel Defossé [selec. y prol.] *Anejo Documental*, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. Selec., prol. y notas de Juan Hernández Luna. 3ª ed. rev. y aumen. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2000 (Nueva Biblioteca Mexicana, 5), pp. 371-372.
- , “A vuelta de correo”, en Guillermo Sheridan, comp., *México en 1932: la polémica nacionalista* [edición electrónica]. México, Fondo de Cultura Económica, 2013, pp. 265-286.
- , *Pasado inmediato*, ed. y not. Adolfo Castañón. México, D. F., El Colegio de México, 2011, 95 pp.
- RODRÍGUEZ DEL CASTILLO, José Mariano [Mostaza], “Vaya ese latigazo”, en José Joaquín Fernández de Lizardi, *Amigos, enemigos y comentaristas*. T. 1 (1810-1820). Rec., ed. y notas de Rosa Palazón *et al.* México, UNAM, 2006. (Nueva Biblioteca Mexicana, 163), pp. 14-16.

- RUEDAS DE LA SERNA, Jorge, “Presentación” a *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*. México, D.F. UNAM, Coordinación de Humanidades, 2014 (Ida y regreso al siglo XIX), pp. 9-15.
- RUBIAL, Antonio, “Espejo de virtudes, sabrosa narración, emulación patriótica. La literatura hagiográfica sobre los venerables no canonizados de la Nueva España”, en José Pascual Buxó y Arnulfo Herrera, eds., *La literatura Novohispana. Revisión crítica y propuestas metodológicas*. México, UNAM, 1994, pp. 89-110.
- Y ESCANDÓN Patricia, “Las crónicas religiosas del siglo XVIII”, en Nancy Vogeley y Manuel Ramos Medina, coords., *Historia de la cultura mexicana 3. Cambios de reglas, mentalidades y recursos retóricos en la Nueva España del siglo XVIII*, México, D.F., Siglo XXI, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 2010, (Lingüística y teoría literaria), pp. 284-292.
- RUFINELLI, Jorge, “La crítica literaria en México: ausencias, proyectos y querellas”, en *Revista de crítica literaria latinoamericana*. Año XVI, núm. 31-32. Lima, 1990, pp. 153-169.
- SALADO ÁLVAREZ, Victoriano, “Los modernistas mexicanos. Oro y negro”, en Clark de Lara y Zavala Díaz, antólas., *La construcción del modernismo*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2002 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 137), pp. 203-212.
- , “Los modernistas mexicanos. Réplica a Amado Nervo”, en Clark de Lara y Zavala Díaz, antólas., *La construcción del modernismo*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2002 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 137), pp. 225-230.
- , “Los modernistas mexicanos. Réplica al señor don Jesús E. Valenzuela”, en Clark de Lara y Zavala Díaz, antólas., *La construcción del modernismo*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2002 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 137), pp. 275-283.
- SANDOVAL, Adriana, “Reseña a *Querrela por la cultura revolucionaria (1925)*”, en *Literatura Mexicana* [en línea]. Vol. 2, núm.1. México, UNAM, Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1991, pp. 258-261. <<https://revistas-filologicas.unam.mx/literatura-mexicana/index.php/lm/article/view/40>>. [Consulta: 5 de febrero, 2017.]

- SCHERER GARCÍA, Julio, “Entrevista a Octavio Paz: Veo una ausencia de proyectos” [entrevista Parte I], en *Proceso*, núm. 58. México, 12 de diciembre, 1977, pp. 6-10.
- , “Entrevista a Octavio Paz: La conciencia es lo contrario de la razón de Estado” [entrevista Parte II], en *Proceso*, núm. 57. México, 3 de diciembre, 1977, pp. 6-10.
- SCHNEIDER, Luis Mario, *Ruptura y continuidad. La literatura mexicana en polémica*. México, Fondo de Cultura Económica, 1975, 200 pp.
- SEMO, Enrique, *México: del antiguo régimen a la modernidad. Reforma y Revolución*. México, D.F., UNAM, 2016, 772 pp. (Colección Heterodoxos).
- SHERIDAN, Guillermo, *México en 1932: la polémica nacionalista*. Ed., Ana María Jaramillo Mejía. México, D. F., Ediciones Sin Nombre, Conaculta, 2004, 165 pp. (La Centena: Ensayo)
- , *México en 1932: la polémica nacionalista*, [edición electrónica]. México, Fondo de Cultura Económica, 2013, pp. 334-339.
- STAPLES, Anne, “Panorama educativo al comienzo de la vida independiente” en varios autores, *Ensayos sobre historia de la educación en México*, México, D. F., El Colegio de México, 1981, pp. 116-170.
- TABLADA, José Juan, “Cuestión literaria. Decadentismo”, en Clark de Lara y Zavala Díaz, antólas., *La construcción del modernismo*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2002 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 137), pp. 107-110.
- , “Los modernistas mexicanos y *monsieur Prudhomme*”, en Clark de Lara y Zavala Díaz, antólas., *La construcción del modernismo*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2002 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 137), pp. 231-234.
- TERÁN ELIZONDO, María Isabel, *Orígenes de la crítica literaria en México: la polémica entre Alzate y Larrañaga*. Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán, Universidad Autónoma de Zacatecas, 2009, 566 pp.
- THANCK DE ESTRADA, Dorothy “Tensión en la Torre de Marfil. La educación en la segunda mitad del siglo XVIII mexicano” en varios autores, *Ensayos sobre historia de la educación en México*, México, D. F., El Colegio de México, 1981, p. 24-113.
- URUETA, Jesús, “Hostia. A José Juan Tablada”, en Clark de Lara y Zavala Díaz antólas., *La construcción del modernismo*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2002 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 137), pp. 111-118.

- VALENZUELA, Jesús E. “El modernismo en México”, en Clark de Lara y Zavala Díaz antólas., *La construcción del modernismo*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2002 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 137), pp. 235-248.
- VIGIL, José María, “Algunas consideraciones sobre la literatura mexicana”, en Jorge Ruedas de la Serna, coord., *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*. México, D.F. UNAM, Coordinación de Humanidades, 2014 (Ida y regreso al siglo XIX), pp. 275-286.
- VILLORO, Luis, “La revolución de Independencia”, en varios autores, *Historia general de México* [versión 2000] [edición electrónica]. México, D. F., El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2008, pp. 489-516.
- , *El pensamiento moderno. Filosofía del Renacimiento*. México, Fondo de Cultura Económica, El Colegio Nacional, 1992, 171 pp. (Cenzontle)
- VON ZIEGLER, Jorge, “Las revistas azules”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra, edas., *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*. Vol. II. México, D. F., UNAM, 2005, (Ida y regreso al siglo XIX), pp. 209-222.
- ZARCO, Francisco, “Discurso sobre el objeto de la literatura”, en Jorge Ruedas de la Serna, coord., *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*. México, D.F. UNAM, Coordinación de Humanidades, 2014 (Ida y regreso al siglo XIX), pp. 165-176.